



**CENTRO DE INVESTIGACIONES Y
ESTUDIOS
SUPERIORES EN ANTROPOLOGÍA
SOCIAL**

**EXPLORADORES DE LA
AMÉRICA MEDIA, EL IMAGINARIO
OCCIDENTAL EN LA EXPLORACIÓN DE LOS
VESTIGIOS MAYAS, 1784 - 1841.**

T E S I S

QUE PARA OPTAR AL GRADO DE

MAESTRO EN HISTORIA

P R E S E N T A

LUIS GUILLERMO GÓMEZ CRUZ

DIRECTOR DE TESIS: DR. JESÚS JOSÉ LIZAMA QUIJANO

MEXICO, D. F. ABRIL DE 2024

©Luis Guillermo Gómez Cruz 2023

Todos los derechos reservados

Agradecimientos

Me gustaría agradecer al Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), por ofrecer posgrados que permiten una formación de calidad de antropólogos, lingüistas e historiadores, dándonos la oportunidad y las herramientas para mejorar en el ejercicio de nuestra profesión y un amplio bagaje de conocimientos que no solamente permiten lo anteriormente mencionado, sino, además, en el ámbito intelectual, mediante el estudio del ser humano, un grato enriquecimiento personal.

En este mismo tenor, también quiero agradecer los esfuerzos de la institución (CIESAS), a profesores, coordinación, colegio académico y secretaría técnica, por mantener la calidad en su enseñanza y en el conocimiento impartido durante las difíciles y tan extrañas condiciones que se vivieron entre 2020 y 2022, a consecuencia de la pandemia de Covid-19 que se extendió globalmente y que obligó a implementar medidas para cursar desde casa. Agradezco también en particular a CIESAS/Peninsular por impartir su Maestría en Historia, misma que cursé, aún con las condiciones que impuso la pandemia y a mi director de tesis por su ayuda y paciencia.

Finalmente, es también mi deseo agradecer al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACyT) por el financiamiento de estos excelentes posgrados y por la beca que recibí para la investigación y elaboración del trabajo de tesis que se presenta en estas páginas.

RESUMEN

Entre 1784 y 1841 se realizaron una serie de exploraciones en la América Media que buscaban arrojar luces sobre quienes habían podido construir ciertos vestigios materiales que comenzaron a llamar fuertemente la atención. Estos vestigios, ahora así lo sabemos, pertenecieron a la cultura maya prehispánica, pero desde fines del siglo XVIII y hasta mediados del siglo XIX, causaron gran revuelo al inspirar diversas teorías que pretendían darles explicación.

El estudio de estas exploraciones que se realizaron sobre los vestigios mayas prehispánicos entre 1784 y 1841, y el de las subsecuentes teorías que se elaboraron entorno a ellos, permite acercarnos a las ideas y conceptos con los cuales los protagonistas de las mismas contaban, debido tanto a sus diversos oficios o estudios académicos, así como también, al entorno socio-político en el que se desarrollaron y llevaron a cabo estas exploraciones.

En la información biográfica de los protagonistas de estas exploraciones, puede observarse el marcado interés que la exploración del pasado humano del Continente Americano iba despertando, pues con los ideales y conceptos constituidos en la modernidad, el pasado del ser humano se volvió un objeto de estudio cada vez más secular en el que cobraba una mayor relevancia la comprensión de civilizaciones antiguas como sustento de elementos ideológicos e identitarios. Igualmente, con una investigación historiográfica de las obras de estos exploradores, se busca conseguir el objetivo de vislumbrar cuales eran sus interpretaciones sobre la ahora conocida como cultura maya, sobre los pueblos del continente americano, y, sobre la cultura y/o civilización en general.

La presente tesis aborda el cómo las ideas y conceptos que eran parte del entorno de estos exploradores, moldearon las teorías que elaboraron durante sus exploraciones y estudios, permitiéndome plantear la hipótesis de que en muchas ocasiones estas exploraciones de los vestigios mayas prehispánicos fueron motivadas por ideologías y teorías político-culturales de origen europeo u occidental, llegando a la conclusión de que los exploradores e investigadores del pasado prehispánico maya entre 1784 y 1841 se encontraban interesados en éste, debido principalmente, a que con él elaboraban un discurso identitario y, puede decirse, hasta mítico fundacional, con el que buscaban diferenciarse de Europa.

INDICE

Resumen.....	4
Introducción.....	7
Presentación.....	18
1.- LAS PRIMERAS EXPLORACIONES, REENCONTRÁNDOSE EN EL “OTRO”	23
1.1.- La Monarquía Hispana se reencuentra con sus provincias americanas.....	23
1.2.- Exploradores Novohispanos, los primeros reportes.....	31
1.3.- Guillermo Dupaix.....	39
2.- NUEVAS IDENTIDADES Y ESTRUCTURAS DE PODER EN LA AMÉRICA HISPANA.....	50
2.1.- De nacionalismos y romanticismo en la América Media a mediados del XIX.....	50
2.2.- Irlandés y chovinista centroamericano, Juan Galindo.....	55
2.3.- Jean Frédéric Maximilien de Waldeck, una vida pintoresca.....	67
3.-JOHN LLOYD STEPHENS Y FREDERICK CATHERWOOD, IMÁGENES DE UNA ANTIGUA CIVILIZACIÓN AMERICANA... 83	
3.1.-John Lloyd Stephens, la voz americana de un occidente romántico... 83	
3.2.- Obra gráfica literaria.....	91

3.3.- Identidad norteamericana.....	95
3.4.- Viaje, impresiones y ¿construcción de identidades?.....	100
Conclusiones.....	114
Imágenes.....	120
Bibliografía.....	132

INTRODUCCIÓN

Al siglo XIX suele presentársele como la culminación de la época moderna y los albores de la era contemporánea, en la que construcciones socio-políticas que ya venían en desarrollo como la economía de libre mercado, una nueva globalización de mayor envergadura y la consolidación de las grandes instituciones políticas que llamamos Estados Nacionales comenzaron a dominar el panorama político, social y cultural en Europa y en el Occidente en general, mismo que aún veía a la cultura y a otros conceptos surgidos de estos mismos proceso, como, por ejemplo, los de progreso, civilización o arte, como fenómenos propios de Europa o, dependiendo del caso, de las civilizaciones clásicas o del cercano oriente y, por lo tanto, eran términos que denominaban fenómenos culturales a los que se les daba un origen europeo o, al menos, uno en el Viejo Mundo, del cual los Estados europeos igualmente se consideraban herederos y, desde donde supuestamente se habrían difundido estos fenómenos, por lo que se explicaban exclusivamente desde una epistemología occidental.

La consolidación de estos términos en la mentalidad del Occidente, a través de los procesos sociales que implicaron, trajo consigo nuevas formas de entender las realidades socio-políticas y, por lo tanto, nuevas formas de entender la condición humana.

Así, las nuevas formas de ser, humano, surgidas durante la era moderna y la ilustración, llevaron a las sociedades occidentales a interesarse con redoblado ahínco por “el otro” dentro de sus afanes por explorar, comprender y explotar nuevos rincones y recursos en el mundo. En el contacto con el otro, el occidente moderno buscó en muchas ocasiones la comprobación de sus propias teorías y conceptos, con los cuales tendió a definirse a sí mismo en contraposición con estos otros ejemplos de realidades sociales que encontraba y de los cuales, sin embargo, se mostró dependiente para su autodefinición.

En el entorno de exploraciones modernas e ilustradas de fines del siglo XVIII y principios del XIX, el Continente Americano se presentó como un campo fértil para el renovado interés por descubrir e investigar el mundo según los nuevos parámetros de conocimientos vigentes en la época.

En estas exploraciones destacaron las interesadas por elucidar el pasado humano del llamado Nuevo Continente,¹ debido a los vestigios arqueológicos que en él se encuentran y que sugerían una no tan nueva presencia del ser humano en el mismo. Consecuentemente, dentro de este proceso, la independencia de los reinos y posesiones americanas de la Monarquía Hispánica en los albores del siglo XIX, significó la apertura del Continente hacia una variedad aún mayor de exploradores y estudiosos interesados en las antiguas civilizaciones que habitaron las Américas, y con ellos, como parte de sus exploraciones y estudios, el surgimiento y resurgimiento de teorías que intentaron volver a comprender, desde otros ángulos, los fenómenos humanos en el Nuevo Continente.

Aunado a lo anterior, ya desde fines del siglo XVIII con el surgimiento de los romanticismos, occidente comenzó a buscar en el pasado de otras antiguas civilizaciones sus propias raíces, pues el pasado clásico de Europa ya había sido reclamado varias veces por diferentes Estados, quienes buscaban en la comprensión del pasado cultural humano una nueva identidad y formas de legitimidad. Al mismo tiempo en que el mundo occidental se abría a nuevas exploraciones alrededor del globo y a nuevas formas de organización socio-económica, a las cuales el nacionalismo moderno daba un sustento ideológico y consecuentemente jurídico.

With the burgeoning of Romanticism, a second, broader concept of antiquity emerged. Now it embraced not just classical Greece and Rome, but the whole ancient world: ancient Egypt and Mesopotamia, Persia and Anatolia. [...] and fed the Romantic quest for an idealized distant past of humanity and a growing interest in archaeological verisimilitude of the “first civilizations”.²

¹ Estas exploraciones son las de: José Antonio Calderón, Antonio Bernasconi, Antonio del Río y Guillermo Dupaix, entre los exploradores enviados por el gobierno Virreinal interesado por conocer el pasado de sus provincias; las subsecuentes de Juan Galindo y Frédéric Waldeck quienes se caracterizaron por explorar la región tras la disolución del Virreinato en búsqueda de la identidad del pasado americano y posteriormente John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood quienes igualmente buscaron en el pasado maya el pasado cultural de América, visto éste como un conjunto.

² Anthony D. Smith, “The Antiquity of Nations”, Polity Press, Cambridge, Great Britain, 2004, p. 214.

“For, while the absolute monarchs of several European states had already begun to homogenize their populations, it was only the Romantic ideals of will, action and diversity that generated a subjective yearning for broad national unity and deep fraternity, because only through unity and fraternity could the national will be expressed and national action be effective”, en *Ibíd.* p.249.

De esta suerte, puede observarse como el estudio de varias civilizaciones antiguas iba de la mano de las nuevas maneras de entender a las culturas y/o civilizaciones durante la época del colonialismo del siglo XIX, y al mismo tiempo, las teorías surgidas durante estos procesos investigativos construían la visión de occidente sobre estas antiguas culturas y, en contraposición, la visión sobre sí mismos y sobre los términos con los cuales se autodefinían.

Con los nacionalismos modernos, por ejemplo,³ se puede observar también cómo estos se insertan en las formas de organización política e incluso en los intereses económicos surgidos en la época, junto con otros ideales y teorías socio-políticas como el positivismo que muestra Waldeck o conceptos como el de raza que frecuentemente aparece en los textos de Stephens, mismos que los ayudan a asentarse socialmente y que terminaron por elaborar un entendimiento particular sobre los antiguos habitantes americanos, mismos que en esta nueva comprensión, fueron tomados como el pasado de las naciones modernas y de los Estados que las norman, acontecimiento que en la mayoría de las ocasiones nos habla más de este occidente moderno, romántico y nacionalista, que de las antiguas culturas que éste se propuso estudiar, para de esta forma comprenderlas e incorporarlas en sus conocimientos.⁴

En este sentido, algunas de las primeras teorías que explicaban a las antiguas civilizaciones americanas buscaban emparentarlas con el pasado de occidente y con los conocimientos que éste tenía sobre el mundo, por ejemplo, la teoría de que los pobladores de las américas descendían de las diez tribus perdidas de Israel, en concordancia con la tradición cristiana europea del siglo XVI, cuando se produjeron los

³ “Of course, the concept of the nation itself had been around for far longer. Indeed, it is possible to trace it back to the ancient Greeks and the Hebrew Bible. [...] But such ancient, or indeed later medieval nations, differed for many modern ones both in their extent and, more important, in their social depth [...] In contrast in the modern world, after the French and American revolutions, the majority of the population did become increasingly involved, though as active citizens in the twentieth century. (See Connor 1994:ch. 8; Smith 2000, ch. 2.)”, en *Ibíd.* p. 246. “La nación aparece así como un nuevo modelo de comunidad política, síntesis de diversos atributos ligados entre sí; como una combinatoria inédita de ideas, imaginarios, valores y, por ende, de comportamientos que conciernen a la naturaleza de la sociedad, la manera de concebir una colectividad humana: su estructura íntima, el vínculo social, el fundamento de la obligatoriedad política, su relación con la historia, sus derechos... Considerada bajo este prisma la nación moderna es una realidad nueva que irrumpe en la historia a partir de finales del siglo XVIII”, en Antonio Annino, François Xavier Guerra (coordinadores), “Inventando la Nación, Iberoamérica siglo XIX”, FCE, México, 2003, p. 8.

⁴ “Each of these civilizations could then be fitted into the familiar tripartite periodization of evolutionary social theory (ancient/medieval/modern) and thereby reflect the upward march of humanity towards the apex of civilization, the modern West”, en Anthony D. Smith, “The Antiquity of Nations”, Polity Press, Cambridge, Great Britain, 2004, p. 214.

primeros contactos,⁵ otras, con el paso del tiempo, explicarlas como la base de algunas de las grandes instituciones políticas de la modernidad, tales como los Estados Nacionales. Es así, que también por esta parte de las explicaciones nacionalistas y patrimonialistas, se construyeron ideas, ideales y mitos⁶ sobre las antiguas civilizaciones americanas, mismos que persisten hasta nuestros días.

En el continente americano, se puede observar que el surgimiento y, sobre todo, el asentamiento de estos ideales nacionalistas, como el desarrollo de la idea de un origen común o de un destino común entre sus pobladores, ocurre como la construcción de una contraposición, en paralelo, con respecto de las entidades e instituciones europeas que gobiernan estos territorios y a las cuales se les busca emular, como una manera de legitimar la lucha emprendida por muchos de los nacidos en las Américas por hacerse y/o establecer el gobierno y las instituciones que los norman.

De esta manera, el desarrollo de elementos identitarios en la población fue una prioridad para los gobiernos americanos en formación, pues incluso ya desde fines del siglo XVIII estaban buscando la manera de constituirse de forma independiente, o diferenciada de Europa, en un principio al menos desde lo ideológico, y, con el trascurso de los acontecimientos, posteriormente ya en lo fáctico, al construirse nuevas formas de interacción sociales y nuevas instituciones que buscaron responder a estos cambios y encaminarlos a legitimar y fortalecer socialmente a los nuevos Estados.⁷

⁵ Esta teoría, es formula y defendida por primera vez de manera expresa en un texto por Fray Diego Durán en el Tomo I de su “Historia general de las indias de Nueva España e islas de tierra firme”, en donde planteando “[...] que son los indios de estas Indias...” asevera que: “[...] ellos mismos ignoran su origen y principio, dado caso que siempre confiesen a ser venidos de tierras extrañas, y así lo he hallado pintado en sus antiguas pinturas, donde señalan grandes trabajos de hambre, sed y desnudez, con otras innumerables aflicciones que en él pasaron, hasta llegar á esta tierra y poblalla, con lo cual confirmo mi opinión y sospecha de que estos naturales sean de aquellas diez tribus de Israel, que Salmansar, Rey de los Asirios, cautivó y transmigró de Asiria en tiempos de Oseas, Rey de Israel, y en tiempo de Ezequías, Rey de Jerusalem, como se podrá ver en el *cuarto libro de los Reyes*, cap.17,...” en Fray Diego Durán, “Historia de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme”, Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, México, 1867, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, www.cervantesvirtual.com, p.2.

⁶ Sobre la historiografía que surge en occidente dentro de las instituciones y formas sociales de la edad moderna, y que buscan un alejamiento con la tradición historiográfica cristiana, Michelle de Certeau menciona que: “El ‘hacer historia’ se apoya en un poder político que crea un lugar propio (ciudad, nación, etc.) donde un *querer* puede y debe escribir (construir) un sistema (una razón que organiza prácticas). (...) Esta nueva historiografía toma la posición del sujeto de la acción –la posición del príncipe, y desde allí trata de hacer historia.” en Michelle de Certeau, “La escritura de la Historia”, Universidad Iberoamericana, México, 2006, p.p. 20-21.

⁷ “En espera de que la población se convierta en pueblo y que la nación exista como una pertenencia interiorizada por todos sus habitantes, a las élites correspondía encarnarlos y gobernar en su nombre, aun sí para ello fuera necesario utilizar mecanismos muy poco modernos, en la medida en que tenían que adaptarse a los vínculos y valores de la vieja sociedad.” en Antonio Annino, François Xavier Guerra (coordinadores), “Inventando la Nación, Iberoamérica siglo XIX”, FCE, México, 2003, p. 11.

Así los ideales románticos que ensalzaron en muchos casos los regionalismos en Europa permearon también, y fuertemente, en los habitantes americanos, a la vez que alimentaron ideas o concepciones nacionalistas recurrentes aún hasta nuestros días.

The quest for a national identity, which began in earnest in the late eighteenth century, was part and parcel of the wider Romantic yearning for *authenticity*, which became a key nationalist aspiration. The idea of “national identity” or character is predicated on the belief that there is a true self of some kind. [...] As far as *nature* is concerned, the quest for authenticity leads back to the soil of the *homeland*, the land of one’s family and ancestors, the land of one’s upbringing and occupation.⁸

América se constituyó de esta manera en un territorio con poblaciones y finalmente Estados, que desde finales del siglo XVIII buscaban encontrar en su propio territorio identidades y diferencias constitutivas que los separaran de Europa, para así definir una identidad nacional, sin dejar de ser por lo anterior constructos, en buena medida, de diversos procesos de colonización y expansionismo emprendidos por poblaciones del viejo continente desde el siglo XVI, y así, uno de los principales motivos que condujeron a las exploraciones de los vestigios arqueológicos en la América Media, los que arrojaron las primeras luces sobre quiénes habían sido la cultura maya, fue el de una apropiación identitaria que encontró en estos vestigios una base para integrar a sus propias tradiciones e historias, el conocimiento del origen de la civilización americana.

Lo anterior, se sumó a otro factor que actuó en paralelo, el espíritu ilustrado y explorador, con apetitos por comprender al mundo de una manera diferente, mismos que eran propios de una época con nuevos paradigmas, aunque con continuidades de una larga tradición religiosa, desde donde los seres humanos, al menos, los de tradición europea-occidental, se vieron a sí mismos con la libertad y deber de comprender, y en varios casos también, de cambiar al mundo.

El proyecto de modernidad formulado en el siglo XVIII por los filósofos de la Ilustración consistió en sus esfuerzos para desarrollar una ciencia objetiva, una moralidad y leyes universales y un arte autónomo acorde con su lógica interna (...) Los pensadores de la Ilustración con la mentalidad de un Condorcet aún tenían la extravagante expectativa de que

⁸ Anthony D. Smith, “The Antiquity of Nations”, Polity Press, Cambridge, Great Britain, 2004, p.247.

las artes y las ciencias no sólo promoverían el control de las fuerzas naturales, sino también la comprensión del mundo y del yo...⁹

Así, también entre los europeos que emprendieron expediciones con fines de estudio y/o artísticos en las zonas arqueológicas mayas, en particular tras la independencia de las provincias americanas de la Monarquía Hispánica, se puede observar un interés por comprender a otra cultura, aunque en muchos casos, la tendencia fue usualmente la de ubicar sus orígenes en sitios del viejo continente y en lugares comunes a la cultura occidental, más aún, cuando estos territorios se abrieron a un flujo mayor de visitantes de otras regiones del mundo, en particular de otras regiones europeas fuera de la influencia de la Corona.¹⁰

De esta suerte, también los europeos tras los movimientos independentistas latinoamericanos, buscando reafirmar sus conceptos y paradigmas de conocimiento, e interesados por los paisajes y posibles recursos naturales, mismos que condicionan el surgimiento de civilizaciones, se identificaron y apropiaron en sus teorías de las antiguas civilizaciones mesoamericanas, cuyos vestigios encontraron enclavados en una región que les parecía por demás exótica y que, por lo menos en el caso de la zona maya, se encontraba menos poblada y explorada que, por ejemplo, el centro de México.

Debido a lo anterior, pocos lugares en el mundo arrebataron tanto la imaginación de los exploradores del occidente moderno, y en específico decimonónico, como las zonas de los vestigios arqueológicos encontrados en las selvas de la América Media.¹¹

En estos vestigios mesoamericanos, como, por ejemplo, los de Palenque, que fueron los primeros en despertar grandes incógnitas y nuevos intereses académicos y políticos a partir de fines del siglo XVIII, los exploradores, estudiosos y artistas

⁹ Jürgen Habermas, Jean Baudrillard, Edward Said, Fredric Jameson et al., "La posmodernidad", Editorial Kairós, México, 2008, p.28.

¹⁰ "Fueron ellas revelación de lo que por mucho tiempo, con espeso telón, la Corona mantuvo oculto a la codicia extranjera. Paradójico resultó que Humboldt, a quien se recibió entonces en la Nueva España con simpatía y halagos, se convirtiera, en virtud de sus obras, en promotor formidable, sobre todo entre franceses, ingleses, italianos y alemanes, del interés y conveniencia muy grandes que podía tener – económica y culturalmente – establecer estrecho contacto con la nación recién emancipada." En Miguel León – Portilla, prólogo, Frédéric de Waldeck, "Viaje Pintoresco y Arqueológico a la provincia de Yucatán", Grupo Condumex, Fernández Cueto Editores, S.A. de C.V., México, 1997, p. 11.

¹¹ "Los arqueólogos profesionales del siglo XX rara vez han disfrutado de una emoción y exultación tales al encontrar vestigios físicos impresionantes", en Robert L. Brunhouse, "En busca de los mayas", FCE, México, D.F., 1989, p. 9.

occidentales tales como Antonio del Río, Guillermo Dupaix o, ya a principios del siglo XIX, Frédérick Waldeck, encontraron restos de asentamientos humanos sobre los cuales elucidar, o proyectar, sus teorías, creencias, prácticas y concepciones sobre el ser humano, representadas en conceptos como civilización, progreso y nación, que para el mundo occidental moderno se volvían cada vez más preponderantes como sustento de sus creencias e ideologías, y por lo tanto, de sus organizaciones políticas.

Con el paso del tiempo, las sociedades europeas iban consolidando sus prácticas políticas en torno a los nuevos paradigmas surgidos con la ilustración, y a las prácticas socio-económicas que estos plantearon.

Aquellos a los que llamamos pensadores de la Ilustración compartían un supuesto básico en torno al cual se articulaba todo el resto: veían a los seres humanos como seres dotados de razón y capaces de ser autónomos. La razón les permitía alcanzar la comprensión de los problemas a los que se enfrentaban y desarrollar los medios que les permitirían resolverlos. La autonomía les permitía elegir los medios adecuados para llevar a cabo las acciones apropiadas. (...) Esta conexión entre razón, autonomía y capacidad de aprendizaje es lo que crea las condiciones para el progreso histórico de la humanidad.¹²

Aunado de esta manera a otras exploraciones emprendidas por el globo durante este período, las exploraciones en el continente americano, en particular en el área de Mesoamérica, inauguraron a su vez una nueva época en los Estados y en la geopolítica al promover dentro de los territorios de los nacientes Estados Americanos, nuevas concepciones sobre las naciones y el fenómeno humano conocido como cultura que se desarrolló anteriormente en estos.

Una búsqueda criolla de independencia, identidad y religión.

Esta separación de Europa, inspirada por las ideas ilustradas y romántico-nacionalistas de origen europeo, que emprendieron los americanos en la mayor parte del continente desde fines del siglo XVIII, planteó el desarrollo de una reapropiación por

¹² Peter Wagner, “Progreso y modernidad: el problema con la autonomía”, Universidad de Murcia, Sociología Histórica, No. 7, diciembre de 2017, p.p. 98-99.

parte de los pobladores de las Américas de los cánones ideológicos y políticos de occidente, en la cual se hiciera patente una diferencia en el origen cultural/civilizatorio entre los pobladores americanos y los europeos, si bien, como puede apreciarse, los principales promotores de estas ideas fueron en la gran mayoría de los casos criollos, es decir, descendientes de europeos nacidos en América. Y este fenómeno se sucedió no únicamente en las posesiones americanas de la Monarquía Hispánica, sino también, por ejemplo, entre los colonos ingleses asentados en la América del Norte.

Even in an immigrant society like the United States, a vernacular American ancestralism grew up at the time of the Revolution, opposing itself to the interference and imposition of the “wicked stepmother”, Great Britain; and in subsequent epochs of their relatively short history, Americans have sought the “authentic American” in the age of Washington and Jefferson, or that of Lincoln, or in the Wild West.¹³

Esta reapropiación de las tradiciones de occidente, o de las europeas, hecha sobre elementos y motivos americanos, permeó profundamente en lo social y en la política, al punto en que los aspectos culturales y religiosos de las sociedades americanas se vieron también paulatinamente adaptados a estas nuevas identidades y concepciones, en donde el llamado Nuevo Continente y sus pobladores aparecen como protagonistas en narraciones que los ubican en las más centrales y atávicas narraciones, mitos y episodios culturales de occidente.

Un claro y llamativo ejemplo de lo anterior, sería el surgimiento de discursos e ideologías religiosas basadas en la tradición occidental, pero que colocaban a las Américas y a sus pobladores en una posición central dentro de sus relatos fundacionales y tradiciones, tal es el caso del neoyorkino Joseph Smith hijo, fundador de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, quien hace una defensa del origen autóctono del cristianismo entre los pobladores de América y de la independencia del surgimiento de sus modelos sociales y religiosos, cristianos cabe recalcar, con respecto a Europa.

However different their agendas may have been, Stephens and Smith were united in their effort to “turn the tables on the Old World” by

¹³ Anthony D. Smith, “The Antiquity of Nations”, Polity Press, Cambridge, Great Britain, 2004, p.248.

establishing the North American continent's cultural Independence from Europe. Although Smith's belief in the ancient colonization of the Americas contradicted Stephens' argument for the monuments' indigenous authorship, the Mormon leader nonetheless considered the development of Mesoamerican civilization, particularly its religious evolution, as a phenomenon distinct from Old World models. Furthermore, guided by the same sense of manifest destiny that had shaped Stephens' work, Smith sought to establish the United States as the principal heir to this archaeological legacy.¹⁴

En las posesiones americanas de la Monarquía Hispánica también surgieron a fines del siglo XVIII y principios del XIX algunos discursos y narraciones religiosas similares, con un fuerte trasfondo americanista. Posiblemente, uno de los más sonados fue el sermón guadalupano de Fray Servando Teresa de Mier, proferido en México el 12 de diciembre de 1794. En este sermón, el posteriormente célebre dominico, afirmó que la aparición de la Virgen en el continente americano en realidad databa de los primeros años de la cristiandad, en tiempos apostólicos, poco después de la resurrección de Jesús, y que la misma se le habría aparecido al apóstol Santo Tomás, quien justamente habría logrado llegar al continente americano para predicar el evangelio, y por lo cual, el apóstol sería conocido en suelo americano como Quetzalcóatl en la mitología teotihuacano-azteca: “[...] en tanto que la tilma (capa) del indio Juan Diego, donde se halla estampada la imagen santa, no sería una simple tilma indígena, sino la propia capa que usó el apóstol.”¹⁵

El episodio de San Juan Diego llegando con la imagen impresa en la tilma-capa ante Fray Juan de Zumárraga ya a comienzos del virreinato, no es descartado en el sermón servandino, pero es colocado más de un milenio después de la impresión de la imagen sacra en la tilma-capa, milagro que Fray Servando ubica de hecho mil setecientos cincuenta años antes de 1794, año en que profiere el sermón, y explica que ya desde esos tiempos, tras su aparición, la imagen de la Virgen era muy adorada por los indígenas, desde entonces ya cristianos, pero que la apostasía surgida tiempo después entre ellos hizo que intentaran maltratar la imagen sin que pudieran borrarla o hacerle algún daño,

¹⁴ R. Tripp Evans, “Romancing the Maya, Mexican antiquity in the American imagination, 1820 -1915”, University of Texas Press, Austin, 2004, p. 89.

¹⁵ Julio Mario Luqui Lagleyze, “Fray Servando de Mier y su sermón guadalupano de 1794. La búsqueda de una justificación teológica a la independencia de América” [en línea], *Temas de historia argentina y americana*, No. 15, 2009, p.p. 142 – 143. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar>

por lo que Santo Tomás la tomó y la escondió en un lugar cercano a donde ya de por sí era adorada, en la misma sierra de Tenayuca “[...] hasta que diez años después de la conquista apareció la reina de los cielos a Juan Diego pidiendo templo, y le entregó la última vez su antigua imagen para que la llevara a presencia del Sr. Zumárraga {el obispo de México}.”¹⁶

Las ideas expresadas en el sermón guadalupano de Fray Servando no son exclusivamente obra de su ingenio o deducciones personales, si bien, en el sermón él las elabora a su modo, estas ideas religiosas en las que se habla de una primigenia evangelización americana antes de la llegada de los europeos pueden rastrearse en los primeros años de la conquista, cuando los primeros frailes, doce franciscanos, llegaron a territorios americanos y comenzaron a predicar, incorporando en esta labor evangelizadora varias de las ideas de las que posteriormente abrevará el polémico sermón servandino.¹⁷

Este polémico sermón, que comparte características con varias de las ideas de los estudiosos e interesados por el pasado mesoamericano que abordaremos en los capítulos de la presente tesis, aunque tiene raíces en algunas de las teorías elaboradas por los primeros evangelizadores llegados al continente, adquiere nuevas formas y bríos con las ideas nacionalistas de la época, al igual que ocurrió con las teorías de los estudiosos y exploradores que trataremos, además, en ambos casos se pretende dotar de un trasfondo ideológico e incluso, consecuentemente, hasta religioso y jurídico a las ideas y movimientos independentistas en el continente americano.

Sin duda el sermón contiene muchas afirmaciones que hoy a la luz de las investigaciones históricas y arqueológicas —y quizás aún entonces—, son rayanas en el disparate; pero lo que en verdad hay de valioso en el sermón y los otros escritos del padre Mier al respecto, tiene que ver, creemos, con su intencionalidad final, esto es la búsqueda de “pruebas” de una evangelización anterior a la de los españoles, para justificar religiosa y hasta teológicamente los derechos de México a la independencia absoluta de la madre patria; al poner en duda los justos títulos de España fundados en la evangelización: “los criollos diremos que la religión en América no la llevasteis los españoles, sino nosotros, pues fue con nuestros padres.”¹⁸

¹⁶ *Ibíd.* p.148.

¹⁷ *Apud. Ibíd.* p. 143.

¹⁸ *Ídem.* Cabe señalarse al respecto que Fray Servando era parte de una familia con títulos de nobleza, y por ejemplo, era sobrino del Presidente del Tribunal de la Inquisición, Mier y Campillo, si bien, su familia pertenecía

Así, el presente trabajo de tesis pretende hacer una revisión de algunos de los primeros exploradores que se interesaron por el pasado mesoamericano, particularmente en el pasado de los vestigios arqueológicos mayas, debido a que estos últimos causaron un especial revuelo de intereses e ideas durante la época, a causa principalmente del relativo desconocimiento y abandono en el que se encontraban, lo que aumentó las expectativas y sensación de misterio en torno de estos. Consecuentemente, la presente tesis se trata sobre las primeras exploraciones e investigaciones que se realizaron a estas zonas arqueológicas de la América Media, prestando atención a las teorías, ideas e ideologías que animaron a estos exploradores/investigadores a estudiar los vestigios materiales del pasado indígena del continente, pues con estas se intentó explicar la existencia de la civilización maya precolombina y al mismo tiempo, en muchos casos desde un discurso ideológico/político, explicar también la identidad cultural de las Américas.

Estas teorías nos permiten ver las creencias, ideologías y, finalmente los mitos, bajo los cuales nuestros investigadores/exploradores pensaban al pasado maya, siendo recurrentes en la mayoría de los casos las teorías trasatlánticas, las ideas de un origen norafricano o asiático de los pueblos americanos, la creencia en una antigua evangelización o la existencia de un cristianismo precolombino en América y, muy ligada a esta última, la de la existencia de un sentir nacionalista en las antiguas poblaciones mesoamericanas, mismo que sí se construiría y encontraría continuidad en los nacientes Estados americanos.

ya a una nobleza criolla “[...] que consideraba a los funcionarios españoles del siglo XVIII como usurpadores de sus derechos; los derechos de los <<hijos de los conquistadores>>”, en *Ibíd.* p. 139.

De esta suerte, las ideas de una antigua misión apostólica o de una evangelización en América poco después de la crucifixión formaban parte del ideario nacionalista en varios lugares del continente, por ejemplo, la Nueva España, o, aunque con conceptos algo diversos, las recién independizadas colonias inglesas en Norteamérica. Cfr. R. Tripp Evans, “Romancing the Maya, Mexican antiquity in the American imagination, 1820 -1915”, University of Texas Press, Austin, 2004, p. 95.

PRESENTACIÓN

La presente tesis tiene por objetivo descubrir una parte de los sentidos ideológicos del imaginario cultural que elaboró occidente en torno a los habitantes originarios del Continente Americano, con los que ya había entrado en contacto desde el siglo XVI, pero frente a los cuales no dejó de elaborar construcciones teóricas para comprenderlos e integrarlos dentro de su comprensión del mundo, e incluso, como en el caso de muchas de las posesiones de la Monarquía Hispánica, integrarlos a la población de sus reinos.

Ya hacia finales del siglo XVIII, con la ilustración y el surgimiento de nuevos modelos económicos y de producción, se comienzan a elaborar paulatinamente nuevas corrientes de pensamiento y, con ellas, nuevos modelos teóricos que pretenden explicar el surgimiento del hombre en las Américas y, tal como se buscaba en la época, a desarrollar con esto diversas teorías y conceptos sobre cómo este fenómeno, el del hombre americano, se insertaba en el conjunto de la Historia del género humano.

Así, ya en los albores siglo XIX, la comprensión del pasado prehispánico en el Continente Americano pasa por diversas construcciones teóricas que se habían ido elaborando junto con el desarrollo de nuevas relaciones sociales que marcaron a la Época Moderna, mismas que sentaron las bases de la Época Contemporánea. De aquí que puntos de vista surgidos de ideologías tales como el romanticismo filtran la comprensión que se hizo de estas antiguas civilizaciones, siendo el surgimiento de los nacionalismos en América y los Estados que se desarrollaron a consecuencia de estos cambios parte sustancial de este proceso.

Por lo anterior, la presente tesis propone un acercamiento para comprender las visiones, teorías e ideologías que se desarrollaron entorno a los pueblos prehispánicos por parte de personajes con formación Europea u Occidental entre 1784 y 1841, período en el que se desarrolló un nuevo y gran interés por estudiar los vestigios prehispánicos, particularmente en las áreas en donde se desarrolló la civilización maya, pues estos vestigios se componían de edificaciones hasta el momento desconocidas, incluso para los que vivían en las cercanías, y se encontraban en lugares con características exóticas a los ojos de anticuarios, artistas, militares y políticos, entre

algunos otros interesados por explorar en el pasado del hombre americano y del ser humano en general.

Por otra parte, también se da a conocer de forma un tanto biográfica y anecdótica las vidas y circunstancias de estos exploradores y estudiosos interesados por los antiguos vestigios mayas entre 1784 y 1841, período caracterizado por el surgimiento de teorías sobre estos restos materiales muy marcadas por los acontecimientos sociales e ideologías políticas del momento, pero que sentó las bases de una arqueología contemporánea sobre los antiguos pueblos originarios americanos, principalmente por haber interesado a los gobiernos locales, así como también a instituciones tales como la Sociedad de Geografía de París y a exploradores tanto de Europa como de América por el estudio de las culturas precolombinas del llamado Nuevo Mundo.

Este trabajo aborda los relatos de estas exploraciones a través de las obras de los protagonistas de las mismas¹⁹ y de otras fuentes bibliográficas impresas, encontradas muchas de ellas en acervos digitales, tales como artículos periodísticos y académicos, estos últimos me sirvieron para ahondar en la comprensión de estas exploraciones y de sus protagonistas, tanto en cómo se acontecieron éstas, así como también, en elucidar y conocer aspectos sobre la parte teórica e ideológica que las motivaba y, asimismo, aunque sea de modo más somero, la parte teórico - ideológica que se desarrolló a partir de ellas.

¹⁹ El texto del informe de Antonio de Río, puede encontrarse traducido al inglés en la edición de Henry Berthoud de 1822 bajo el título de “Descript of the Ruins of an Ancient City” en books.google.com, este ejemplar digital está tomado del acervo electrónico de la Biblioteca de la Universidad de Michigan.

Sobre Guillermo Dupaix se pueden ver sus láminas y sobre todo las del dibujante oficial de la expedición José Luciano Castañeda en Guillaume Dupaix, “Antiquités mexicaines, relation des trois expéditions du capitene Dupaix, Atlas, Édition 1834, Hachette Livres, Bibliothèque nationale de France, 2013.

Además, igualmente estas láminas, junto con un manuscrito de Dupiax sobre su segundo viaje (1806) efectuado durante la Real Exploración Anticuaria, pueden revisarse en www.cervantesvirtual.com

El texto de Juan Galindo, titulado “A description of the ruins of Copan”, se encuentra editado en Sylvanus G. Morley, “The Inscriptions at Copan”, The Carnegie Institute of Washington, Washington, 1920, y puede encontrarse digitalizado en www.archive.org

El “Voyage pittoresque et archeologique dans la province d'Yucatan” de Frédéric Waldeck lo consulté en español, en la biblioteca del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, De Waldeck, Frédéric, “Viaje Pintoresco y Arqueológico a la provincia de Yucatán”, Grupo Condumex, Fernández Cueto Editores, S.A. de C.V., México, 1997.

Y los textos de John Lloyd Stephens, “Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan” e “Incidents of travel in Yucatan”, junto con su versión en español publicada por el Fondo de Cultura Económica “Viaje a Yucatán 1841-1842”, los encontré en la Biblioteca Samuel Ramos de la Facultad de Filosofía y Letras, UNAM y en la Biblioteca Central de la UNAM respectivamente.

El estudio de estas exploraciones, las primeras acaecidas en la América Media²⁰ con auspicios de Estados americanos y bajo paradigmas de conocimiento ilustrados y/o moderno-contemporáneos, como propone esta tesis, ahonda en la comprensión de las visiones que las sociedades occidentales y más concretamente, los Estados modernos, tanto americanos como europeos, fueron construyendo sobre las tierras americanas y sus culturas originarias, en buena medida a partir de los restos materiales prehispánicos que encontraban, siendo notorio durante este período el interés en el área maya.

Así, los exploradores y sus obras, que abordo a lo largo de este texto, tienen en común el ser los primeros en elaborar nuevas teorías, propias de los albores de la era contemporánea (aunque a veces retomando elementos de tradiciones anteriores), sobre los hasta entonces muy poco explorados vestigios de la cultura maya antigua. Además, la mayoría de ellos comparten la característica de ser los primeros en querer mostrar al público y a otros investigadores e instituciones académicas y/o de investigación estos vestigios, a través de dibujos, grabados y textos, algunos de los cuales comenzaron a ser ampliamente difundidos.

De esta manera, en el presente texto, al abordar estas exploraciones que se realizaron sobre los antiguos vestigios mayas y el entorno de sus protagonistas, se busca también sumar a la comprensión de los procesos identitarios que desarrollaron los Estados modernos y contemporáneos, particularmente los americanos, durante estas mismas, pues estas no se sucedieron únicamente por una intencionalidad académica, sino que, como frecuentemente ocurre, fueron igualmente motivadas por acontecimientos sociales, intereses ideológicos, incluso políticos y hasta económicos que sentaron las bases de los entornos que las propiciaron y, consecuentemente, influyeron en la preparación, perspectivas y labor de quienes las realizaron.

²⁰ El término de América Media hace referencia a una macroárea en el continente que comprende el sur de México, Centro América, e incluso la parte más septentrional de Sudamérica. Hace referencia a un “área cultural” en la que se desarrollaron diversos pueblos prehispánicos y tiene coincidencias con el término de Mesoamérica, acuñado por Paul Kirchoff en 1943. “En el tiempo de trabajo de esta delimitación y conformación de Mesoamérica, contó con la participación especial de un grupo de estudiosos de la antropología con conocimientos arqueológicos, históricos y lingüísticos (por ejemplo, Barbro Dahlgren y Jiménez Moreno), (...) El resultado que conocemos de esta incipiente investigación sería la definición de una macroárea que se denominaría Mesoamérica, término que adoptó Kirchoff por sugerencia directa de Jiménez Moreno para diferenciarla del término *Middle America* o América Media.” en Alejandro Tonatiuh Romero Contreras, “Mesoamérica: historia y reconsideración del concepto”, CIENCIA ergo-sum, Revista Científica Multidisciplinaria de Prospectiva [en línea], 1999, 6(3), [fecha de Consulta 16 de Febrero de 2024], p, 235.

A lo largo de la elaboración de la presente tesis, caí en cuenta de la importancia que puede tener para las ciencias sociales y humanidades, en particular para los interesados en la Historia de México el estudio de estas exploraciones, y no solamente el cómo se sucedieron, sino también, el estudio de los textos o materiales que a partir de ellas se produjeron y el ámbito en el que sus protagonistas las realizaron, pues esto nos permite ver cuáles eran las ideas, concepciones y expectativas, que se elaboraban entorno a las ideas que la cultura occidental, con sus variedades, elaboraba sobre el continente Americano y sobre quienes lo poblaron antes de los primeros contactos con los Europeos.

En este proceso se terminó constituyendo una parte muy importante de la identidad de las poblaciones americanas modernas y contemporáneas, mismas que surgen de un proceso histórico en el que convergieron numerosas y diversas culturas, aunque, por regla general, los Estados que gobernaron sobre estos territorios hayan sido cada vez más preponderantemente productos de occidente y de sus conceptos e ideologías.

Así, la presente tesis al investigar sobre como en estas exploraciones había en curso muy marcados procesos identitarios para los gobiernos y poblaciones de corte occidental en América, es más un trabajo sobre la identidad de occidente que sobre los antiguos mayas prehispánicos y, por lo tanto, sobre las identidades de los Estados americanos moderno-contemporáneos y sobre cómo estas fueron vistas por otros Estados y poblaciones en el mundo, particularmente en el occidente.

Al mismo tiempo, intento dar una perspectiva somera sobre como ocurrió el desarrollo de la arqueología en América, al hablar sobre algunos de los primeros anticuarios, la exhibición de piezas como, por ejemplo, la Piedra del Sol y el interés por las culturas prehispánicas, mismo que pasó de la curiosidad de los pobladores y sus gobernantes locales por los vestigios arqueológicos, a llamar la atención de la Corona a partir de 1784, o de los Estados en turno que gobernaron posteriormente la región, atrayendo así a artistas, anticuarios y personajes con una formación muy variada.

Y en cuanto a las teorías que estas expediciones plantearon sobre quienes habían sido los constructores de estos vestigios mayas, estas nos permiten observar el desarrollo de una pretendida laicidad en las mismas, en donde se va notando que, aún con sus asegunes, conforme avanza el siglo XIX, más que la tradición cristiana cómo fuente

histórica e ideológica, conceptos como los de nación, raza²¹ y cultura o civilización se fueron volviendo cada vez más relevantes como bases, incluso de carácter epistemológico, para estas elaboraciones teóricas, y en buena medida se fueron constituyendo como conceptos que formaron un corpus identitario en el que las características de cada uno de estos elementos ideológicos se van entendiendo como relacionadas entre sí y, usualmente, en progresión, raza, nación y finalmente civilización.

²¹ Ya hacia fines del siglo XIX, aunque el interés por los vestigios prehispánicos del continente americano había menguado entre los Estados que demarcaban este territorio, en especial en los Estados Unidos de América, en general estos nuevos conceptos y prejuicios tomaron fuerza en las teorías que posteriormente se desarrollaron y propusieron en la disciplina arqueológica, misma que se encontraba en ciernes. Por ejemplo, en trabajos de la segunda mitad del siglo XIX de Désiré Charnay. “The technological sophistication of Charnay’s surveys, combined with the racial bias of his theoretical perspective, forms a vital link between Stephen’s interpretation of the ancient “American” past and the later institutionalization of this vision at the 1893 World’s Columbian Exposition in Chicago” en R. Tripp Evans, “Romancing the Maya, Mexican antiquity in the American imagination, 1820 -1915”, University of Texas Press, Austin, 2004, p. 103.

1.- LAS PRIMERAS EXPLORACIONES, REENCONTRÁNDOSE EN EL “OTRO”

1.1.- La Monarquía Hispana se reencuentra con sus provincias americanas

A fines del siglo XVIII surge en el Virreinato Novohispano un relativamente nuevo tipo de interés por conocer el pasado prehispánico de sus territorios. Impulsada por ideas ilustradas y con un interés por construirse una identidad bien asentada en el pasado, la Monarquía Hispana comenzó, durante las tres últimas décadas de existencia del virreinato, a interesarse por el estudio y la reconstrucción de un discurso que tomara en cuenta el pasado de sus territorios, a los que se les veía poblados desde la antigüedad por grandes reinos e imperios.

Hasta cierto punto, la inusitada atracción por las culturas que habitaron el Nuevo Mundo antes de la Conquista se debió al impulso dado por Carlos III y Carlos IV de España a las ciencias y, en particular, a la arqueología. Como es bien sabido, ambos monarcas promovieron exploraciones arqueológicas pioneras en el Reino de Nápoles y particularmente en los sitios de Herculano, Pompeya y Estabia. [...] Tales actividades se enmarcaban en una astuta estrategia de propaganda política en la que los gobiernos de estos déspotas ilustrados se equiparaban ante propios y extraños con los del glorioso pasado imperial de Roma.²²

Así, paradójicamente, durante sus tres últimas décadas el virreinato novohispano y, en general la Monarquía Hispana, vivió desde fines del siglo XVIII un momento de importante desarrollo intelectual y cultural. La educación llevaba ya un tiempo secularizándose y los intereses de la población que tenía accesos a ella, o de un nivel social alto en general, comenzaban a ser otros, imbuidos estos por las ideas ilustradas de la época y por los nuevos métodos “científicos” de investigación, con los cuales apropiarse de la realidad y elaborar incluso discursos y concepciones identitarias.

²² Leonardo López Luján, “El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794”, Ediciones del Museo Nacional de Antropología – Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015, p. 26.

Estas nuevas ideas para entender la realidad y “reencontrarse” con el entorno, pueden verse como un proceso histórico surgido a partir de los cambios en la estructura de las sociedades, que comenzaron a verse a partir de la modernidad, cuando el descubrimiento de nuevas tierras, principalmente el continente Americano, y las nuevas relaciones económicas que gracias a estas exploraciones se facilitaban (y viceversa), propiciaron un cambio en las concepciones que se tenían sobre el mundo, el ser humano y la vida cotidiana, incluso se ha propuesto que estas nuevas ideas “ilustradas”²³ muestran un conflicto existente ya de antaño entre ciertos grupos sociales y el control que el cristianismo ejercía en la política y en la sociedad.

Paul Hazard, en *La crisis de la conciencia europea y el pensamiento europeo del siglo XVIII*, define la ilustración como la época en la que explota el gran conflicto larvado durante mucho tiempo en contra del dominio total del cristianismo. Así, abre un conflictivo proceso de ruptura descristianizadora, secularizadora y desacralizadora presidida por la emancipación de la razón humana.²⁴

De esta suerte, estas nuevas concepciones de la realidad, productos de los diversos encontrones que la Europa cristiana se había ya dado con ella, priorizaban la elaboración y la unidad de métodos, o de un nuevo método, para investigar o intentar comprender diversos fenómenos, en vez de circunscribirlos a principios metafísicos indemostrables, basados estos en un canon tradicional y/o religioso.²⁵

De esta manera, las formas de pensamiento y de percepción que comienzan a surgir en la modernidad y que en el siglo XVIII conforme se continúan construyendo comenzarán a ser llamadas “ilustradas” y conforman una marca cultural indeleble de Occidente junto con el cristianismo, de cuyas doctrinas pretendían alejarse promoviendo otras más acordes a las dinámicas sociales y productivas que ya se venían gestando. “Con su razón instrumental y su voluntad de hacer al hombre amo del mundo, la Ilustración es el vector clave de Occidente y, por lo tanto, no han acabado aún sus

²³ “Hay que remarcar que las ideas y la sociedad ilustrada no aparece en todas partes igual y en el mismo momento. Los contextos sociales, culturales, económicos y políticos son muy diversos, y son la causa de que tengamos que hablar de una multiplicidad de ilustraciones”, en Gonçal Mayos, “La Ilustración”, Editorial UOC, Barcelona, 2007, p.18.

²⁴ Gonçal Mayos, “La Ilustración”, Editorial UOC, Barcelona, 2007, p.12.

²⁵ Apud. *Ibíd.* p. 11.

profundas consecuencias ambivalentes (al mismo tiempo emancipadoras y peligrosamente totalitarias)”.²⁶

Debido a los nuevos idearios educativos se fundaron nuevas instituciones dedicadas al desarrollo de las ciencias y artes, al tiempo en que gracias al mayor uso y aprovechamiento de la imprenta, las ideas ilustradas y los desarrollos técnicos de otras partes del mundo alcanzaron mayor difusión. “Estas últimas encontraron suelo fértil en la Nueva España, al ser reinterpretadas y diseminadas por los criollos, insuflándose con ellas un creciente espíritu independentista.”²⁷

De esta suerte, ya a fines del siglo XVIII se vivía un ambiente de cambios más acelerados en las ideas, paradigmas y doctrinas en la población, es decir, la educación y el tipo de conocimiento al que tenían acceso los sectores poblacionales de peninsulares y criollos medios y/o acomodados iba cambiando, y los descubrimientos de vestigios prehispánicos que fueron realizados durante este período, serían abordados con nuevos tipos de intereses y métodos.²⁸

En este sentido la humanidad, así como la naturaleza en general ya no se presentaba como algo inamovible y bien definido por leyes y planteamientos religiosos, con aristas bien enmarcadas dentro de la tradición cristiana y de los planteamientos filosóficos que se desarrollaron desde la antigüedad y el período clásico del viejo mundo,²⁹ sino como un objeto de estudios que se presentaba ya como diverso y por descubrir, mismo que seguramente sigue leyes pero éstas no eran ya consabidas por la tradición, sino que ahora habría que descubrirlas, pues son seculares y contingentes, y por lo tanto diversas, pero aun así accesibles mediante la razón y el pensamiento, como

²⁶ *Ibíd.* p.13.

²⁷ Leonardo López Luján, “El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794”, Ediciones del Museo Nacional de Antropología – Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015, p.25.

²⁸ “En el contexto de efervescencia cultural, el pasado prehispánico no tardó en hacerse presente. Por primera ocasión fue revaluado de manera positiva por criollos y peninsulares, quienes perseguían con su renovada apreciación muy diversos fines, tanto de índole académica como política”, en *Ídem.*

²⁹ Algunos ejemplos tocantes al Nuevo Mundo del pensamiento europeo previo a la ilustración, aunque sí ya de época moderna y muy instruidos, sobre la naturaleza y el ser humano, se pueden ver en las ordenanzas que se enviaban para poblar y organizar las tierras americanas, en concreto para ejemplificar, se pueden ver las ordenanzas de Felipe II del 13 de julio de 1573, en donde se trasluce la idea de que el mejor orden de las cosas tiende a ser inamovible y busca evitar contingencias, planteamiento cristiano influido en buena medida por los postulados aristotélicos sobre la virtud y “el punto medio”, así se puede observar en el capítulo 34 de las ordenanzas la disposición de que se busque en los lugares a poblar: “[...] el cielo claro y benigno el ayre y suave sin impedimentos ni alteraciones, y de buen temple, sin exceso de calor o frío; y habiendo de declinar, es mejor que sea frío.” Véase. “Ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación de las Indias dadas por Felipe II, el 13 de julio de 1573, en el bosque de Segovia, Capítulo 34.

se pretendía con el resto de la naturaleza. “Pero el hombre como ser social comienza a ser considerado al igual que una realidad física que el pensamiento ahora comienza a conocer.”³⁰

Los gobiernos de las monarquías europeas desde mediados del siglo XVII, incorporaron las ideas ilustradas en sus regímenes, pues ahora la nobleza y la posesión de la tierra ya no ocupaba el lugar central en las dinámicas económicas, que antes eran predominantemente agrarias, sino que cada vez más el comercio y las manufacturas fueron encontrando suelo firme en economías más monetarias, en donde la burguesía comenzó a tener preponderancia, por lo que las dinámicas, costumbres y paradigmas sociales comenzaron a inclinarse hacia estos nuevos modelos de producción y administración de la riqueza, mismos que si bien convivían con usos y concepciones anteriores fueron desplazándolos. Las monarquías se adaptaron a esta situación y supieron obtener beneficios de ella.

También en 1710 Jonathan Swift intuyó (como dice el *Examiner*) que los nuevos hombres verdaderamente influyentes y poderosos de su época eran “muy diferentes de todos los que conocimos antes de la revolución (de 1688), ya que son aquellos cuya fortuna entera reside en fondos y acciones; de tal manera que el poder, que solía acompañar a la tierra, se ha trasladado ahora al dinero.”³¹

En el caso de la Monarquía Hispánica, estas transformaciones en las formas de producción y en las concepciones sobre el ser humano y el mundo en general propias de la modernidad, se habían ido dando paulatinamente y de la mano del establecimiento desde la Baja Edad Media de una burguesía fuerte, lo que promovió la posterior consolidación de una monarquía con características de Estado Nacional,³² aunque no sería hasta el establecimiento de la dinastía Borbón a partir del 1700, que las políticas

³⁰ Carlos Helver Barrera Martínez, “La Ilustración: impacto sobre América Latina”, *Heurística, Revista Digital de Historia de la Educación, Enero – Diciembre 2016*, No. 19, p. 184.

³¹ Gonçal Mayos, “La Ilustración”, Editorial UOC, Barcelona, 2007, p. 30.

³² “En esas condiciones, el Estado encontró su base de sustentación, cada vez más ancha y recia, en el poderío de la burguesía naciente, la cual fue extendiendo su dominio a medida que las conquistas logradas a costa de los reinos árabes hicieron posible el desarrollo de nuevas ciudades o villas, o la ocupación de las ya existentes que entonces quedaron dotadas de constituciones libres.” Eli de Gortari, “La ciencia en la historia de México”, FCE, México, 2016, p. 164.

centralizadoras e ilustradas de la Monarquía se impulsarían con fuerza en los territorios del Nuevo Mundo.

De esta manera, durante el período que va de 1780 a 1808, diversas exploraciones fueron mandadas y financiadas por la Monarquía Hispánica de los borbones, por ejemplo, una de las más sonadas e importantes de la época fue la expedición encabezada por el capitán Alejandro Malaspina y por José de Bustamante y Guerra (1789 – 1794), la que buscaba hacer estudios y recolectar muestras de ámbitos tan variados del conocimiento como botánica, historia natural, etnografía, astronomía y cartografía. A esta expedición, el intelectual y polígrafo novohispano José Antonio Alzate y Ramírez obsequió con su informe sobre las ruinas de Xochicalco, que había hecho tras su visita a estas en 1777.

Malaspina no solamente recibió el informe de Alzate con gran interés, sino que señaló a Antonio Pineda que mantuviera contactos frecuentes con el polígrafo novohispano, tratando de cumplir a cabalidad con el encargo hecho a la expedición por parte del Cosmógrafo de Indias, Juan Bautista Muñoz, de recopilar toda la información posible sobre los antiguos pobladores de México.³³

Otro factor que impulsó las investigaciones sobre el pasado prehispánico de los territorios novohispanos hacia finales del siglo XVIII fue la llegada del nuevo virrey, Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla y Horcasitas, segundo conde de Revillagigedo. “Esto aconteció en el año 1789, cuando nuestra ciudad había alcanzado los 200 mil habitantes y se erigía como la capital más populosa del hemisferio occidental.”³⁴

El nuevo virrey era criollo, pues nació en La Habana en 1738 y vivió una parte de su infancia en la Nueva España durante el mandato de su padre como virrey (1746 – 1755), posteriormente vivió en Madrid, en donde con mucha probabilidad se vio fuertemente influenciado por “el renacimiento urbano de Madrid”, planificado por el arquitecto siciliano Francesco Sabatini bajo las órdenes de Carlos III.³⁵

³³ Antonio E. de Pedro Robles, “La Real Expedición Anticuaria de México (1805 – 1808), y la representación del imaginario indianista en el siglo XIX”, en *Anales del Museo de América*, volumen XVII (2009), p. 44.

³⁴ Leonardo López Luján, “El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794”, Ediciones del Museo Nacional de Antropología – Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015, p. 30.

³⁵ Cfr. Ídem.

De esta manera, al año de recibir el nombramiento como virrey de la Nueva España, se propuso hacer obras urbanas en la capital novohispana, las que permitirían mejoras en la salubridad de la misma y en hacerla más transitable.

Para concretar sus anhelos, el insigne virrey se valió de los servicios del arquitecto y urbanista novohispano Ignacio de Castera, quien muy pronto comenzó las obras. La traza ortogonal se realizó por medio de la apertura, ampliación y alineamiento de numerosas arterias viales. Se construyeron nuevos paseos y puentes.³⁶

Durante estas obras urbanas mandadas por el Virrey, Segundo Conde de Revillagigedo, fueron encontradas diversas piezas prehispánicas, entre 1790 y 1794 principalmente, entre las que destacan las esculturas de la Coatlicue, la Piedra del Sol, y la piedra de Tízoc. Estos descubrimientos avivaron el interés de varios intelectuales de la época por el pasado indígena de los territorios virreinales, quienes comenzaban a ver sus vestigios con un interés más académico y de conservación de un pasado que comienza a revestirse con tintes identitarios, y ya no simplemente como curiosidades y objetos elaborado por los gentiles.

Éste es el caso del polígrafo novohispano José Antonio de Alzate y Ramírez, quien asienta sin ambages: “La conservación de las antigüedades es una máxima en todo gobierno en q̄ florecen las ciencias, los caudales q̄ se erogaron, y advitrios, q̄ se plantearon para extraer y conservar las de Herculano en el tiempo q̄ nuestro Soberano {Carlos III} reynó en Napoles comprueban esta verdad”.³⁷

Ciertamente, algunos pensadores y literatos novohispanos ya se habían interesado anteriormente por el estudio y colección de piezas procedentes del pasado indígena del virreinato, como es el caso de Carlos de Sigüenza y Góngora, quien además reunió una importante colección de manuscritos prehispánicos y llegó a considerar en una de sus varias excursiones en el valle de México el taladrar la Pirámide de la Luna en

³⁶ *Ibíd.* p. 31.

³⁷ *Ibíd.* p.p. 27 – 29. La cita de Alzate fue tomada de su “Descripción de Xochicalco Antigüedad Mexicana Registrada el 12 de Noviembre 1777”, 1777 – 1778, Harvard University, Tozzer Library.

Teotihuacán, pues consideraba que podía estar hueca, y que de esa forma podría averiguar algo de su pasado, al que consideraba casi “Diluviano”.³⁸

La diferencia es que estas exploraciones y estudios, anteriores a la segunda mitad del siglo XVIII, eran realizadas por “particulares”, algunos pensadores y literatos que emprendían por su cuenta e interés propio estas investigaciones,³⁹ muchos más bien con fines de coleccionismo, y sí bien hicieron aportaciones sobre el conocimiento de los antiguos indígenas, no había el clima de interés arqueológico que surgió durante las últimas décadas del virreinato.

De esta suerte, el interés por el pasado prehispánico era palpable en el entorno social e incluso político a finales del siglo XVIII, y esto se manifestaba no solamente en el trabajo de algunos entusiastas “particulares”, sino que comenzó a ser una política de la Monarquía el buscar conocer sobre el pasado de sus posesiones, y esta política encaminada a descubrir (o reinterpretar) el pasado prehispánico tenía ya cierta influencia en la población criolla, al menos entre varios intelectuales y figuras públicas de cierta relevancia, así, por ejemplo, incluso Fray Servando Teresa de Mier comienza señalando, o reivindicando, en su Sermón Guadalupano, el interés de la Monarquía por el pasado de las tierras americanas, y así señala que el mismo Carlos III ya desde el 22 de diciembre de 1790 había ordenado, aunque sin mucho éxito en los resultados a juicio de Fray Servando, “[...] a instancia de la Real Academia de la Historia, se solicitasen sujetos peritos que averiguasen la verdadera de este reino”.⁴⁰

³⁸ “[...] Sigüenza y Góngora la creía antiquísima, casi poco posterior al Diluvio, y consideraba que podía estar hueca del mismo modo que las pirámides egipcias. Todo ello respondía a un intento, por parte de este criollo novohispano, de periodizar el pasado indígena prehispánico con unos criterios universales que las propias crónicas parecían desmentir” en Antonio E. de Pedro Robles, “La Real Expedición Anticuaria de México (1805 – 1808), y la representación del imaginario indianista en el siglo XIX”, en *Anales del Museo de América*, volumen XVII (2009), p.43.

³⁹ Para Daniel Schávelzon, Sigüenza y Góngora fue probablemente el único en el siglo XVII en América, que hizo una excursión con fines netamente académicos y sin fines de lucro, con su famosa excavación en la Pirámide de la Luna. Cfr. Daniel Schávelzon, “La primera excavación arqueológica de América, Teotihuacán en 1676”, *Anales de Antropología*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, Volumen 20, No. 1 (1983), p.122.

⁴⁰ Fray Servando Teresa de Mier, “Sermón Guadalupano”, remitido en, “Causa formada al Dr. Fray Servando Teresa de Mier, por el sermón que predicó en la Colegiata de Guadalupe el 12 de diciembre de 1794”, en Juan E. Hernández y Dávalos, “Colección de documentos para la Historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821”, edición facsimilar, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, volumen 3, México, 1985. p.7. Es interesante señalar que para Fray Servando, los reportes o informes que se habían hecho hasta el momento sobre la historia indígena estaban errados, pues no contaban con una interpretación correcta de las “alegorías” que contenían. “[...] porque debiendo aquélla deducirse de las tradiciones disfrazadas en fábulas alegóricas y jeroglíficos nacionales, Torquemada, que recogió todas aquellas, copiadas de los primeros misioneros, las refiere literalmente sin acertar a descifrarlas, como él mismo confiesa, y Boturini se engañó muchas veces con todo su exquisito museo de indios caracteres” en Ídem.

Así, generalmente, antes del régimen ilustrado de los borbones y, en particular, antes de la segunda mitad del siglo XVIII probablemente estos descubrimientos hubieran sido destruidos o utilizados como material para alguna otra construcción. “Pero, contrario a lo que siempre había sucedido, las antigüedades recién descubiertas ya no fueron destruidas, pues ahora se veía en ellas un rico contenido histórico y, dependiendo del caso, cierto valor artístico.”⁴¹

De esta manera, comenzaba a haber una revalorización del pasado indígena, sobre el que varios sectores de la población novohispana comenzaron a sentir gran interés, y otros incluso, a sentir cierta identificación con este, pues los descubrimientos recién hechos quedaron a la vista, o en exhibición, como la Piedra del Sol a un costado de la catedral, llamando la atención del público en general, el cual, si bien era súbdito de una monarquía que llevaba ya un tiempo comparándose con la antigua Roma, tenía además en su territorio y aún en su misma ciudad, vestigios de civilizaciones que podían comparársele.⁴²

De esta suerte, los criollos y habitantes de la Nueva España comenzaron a construir una identificación con un “pasado arqueológico”, se puede decir que, con la idea de que habían existido grandes reinos y civilizaciones en la tierra y aún en las mismas ciudades que ellos habitaban, un pasado indígena que podía representar una civilización americana propia, que no había dependido en el pasado de Europa para establecerse y florecer.

Unos años antes, en 1785, ya había iniciado Alzate su particular cruzada en defensa de los “indios viejos”, publicando en la mencionada Gaceta de Literatura otra de sus visitas a las ruinas prehispánicas: en este caso, las ruinas de Tajín y Xochicalco, se convirtieron, con posterioridad, en un referente fundamental de la “conciencia cultural criolla” y en claros precedentes de la arqueología mexicana.⁴³

⁴¹ Leonardo López Luján, “El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794”, Ediciones del Museo Nacional de Antropología – Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015, p.35 – 36.

⁴² “En el siglo XVIII se renovó y alcanzó nuevos bríos ese interés criollo por las antigüedades indígenas; pero ahora estaba pasando del puro interés erudito y coleccionista a convertirse en un instrumento de sus propuestas reivindicativas de identidad cultural.” en Antonio E. de Pedro Robles, “La Real Expedición Anticuaria de México (1805 – 1808), y la representación del imaginario indianista en el siglo XIX”, en Anales del Museo de América, volumen XVII (2009), p. 43.

⁴³ *Ibíd.* p. 44.

Cabe señalar que las primeras publicaciones sobre arqueología que se hicieron en México se hicieron en 1748 y 1749, y fueron producto del interés ilustrado borbónico por las culturas antiguas, sin embargo, estas publicaciones versaban “[...] acerca de los descubrimientos de Herculano y no sobre las culturas prehispánicas”, en Leonardo

Así, el interés que mostraba la monarquía borbónica por las civilizaciones antiguas era propio del período ilustrado y respondía en buena medida a inquietudes académicas y/o científicas, sin embargo, también había un uso político e ideológico en las investigaciones de las mismas, por ejemplo, con su particular apropiación del pasado Romano. Este es probablemente el origen de uno de los primeros usos ideológicos de un pasado arqueológico en México, el que comenzaron a hacer los monarcas borbones con sus descubrimientos del pasado clásico en Europa. En la Nueva España, como ya he mencionado, la Monarquía también se interesó por la arqueología de las indias, y este interés general por el pasado prehispánico fue elaborando un símil ideológico con el que se comenzaban a identificar los americanos.

Siempre he tenido el pensamiento de que en la plaza principal de esta ciudad {de México}, y en el barrio de Santiago Tlatelolco se habían de hallar muchos preciosos monumentos de la Antigüedad Mexicana {...} Si se hicieran excavaciones como se han hecho de propósito en la Italia para hallar estatuas y fragmentos que recuerden la memoria de la antigua Roma {...}, ¿cuantos monumentos históricos no se encontrarían de la Antigüedad Indiana? {...} ¿Y cuantos tesoros no se descubrirían? ⁴⁴

1.2.- Exploradores Novohispanos, los primeros reportes

Insertas en este ambiente de interés por el pasado indígena y por la arqueología en general, las primeras exploraciones arqueológicas mandadas por la Corona en territorios americanos, o al menos por una Real Audiencia, en específico la de Guatemala, en concordancia con los intereses arqueológicos de la Monarquía, fueron las llevadas a cabo en las ruinas de Palenque, sitio que causaba una gran intriga entre los pobladores y que ya era objeto de rumores producto de algunas breves incursiones. “A mediados del siglo XVIII, hacia 1745, cuando el padre Antonio de Solís fue cura de la

López Luján, “El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794”, Ediciones del Museo Nacional de Antropología – Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015, p. 26.

⁴⁴ Antonio León y Gama, “Descripción histórica y cronológica de las dos piedras que con ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México, se hallaron en ella el año de 1790”, México, 1792, Imprenta de don Felipe de Zúñiga y Ontiveros. en Leonardo López Luján, “El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794”, Ediciones del Museo Nacional de Antropología – Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015, p. 29.

cercana Tumbalá, sus familiares exploraron los alrededores y regresaron con noticias de unas extrañas <<casas de calicanto>> que habían encontrado.”⁴⁵

Estos vestigios materiales eran ideales para las exploraciones de la época enfocadas en encontrar grandes estructuras de antiguas civilizaciones, pues claramente había sido lugar de un gran asentamiento con importantes edificaciones en piedra. Desafortunadamente, Solís murió antes de poder llevar a cabo alguna investigación del sitio, pero la historia del sitio se propagó en las localidades cercanas.

Quien envía investigadores por primera vez de forma oficial, a este sitio arqueológico, en el año de 1773, fue el cura de Ciudad Real, hoy San Cristóbal de las Casas en Chiapas, Ramón Ordóñez y Aguiar, quien en su infancia había escuchado los relatos sobre el lugar, que se contaban entre sus compañeros de escuela.⁴⁶ Ordóñez se mostró desde entonces sumamente entusiasta con respecto a los vestigios encontrados en Palenque, además, cabe mencionar que Ramón Ordóñez era sobrino nieto de Antonio Solís, y por lo tanto estaba emparentado con los primeros descubridores del sitio arqueológico, incluyendo a su compañero de estudios José de la Fuente Coronado, quien avivaría el interés y la imaginación del joven Ordóñez sobre el tema con su relato.⁴⁷

Alrededor de diez años después, Ordóñez le habló de las estructuras a Josef de Estachería, quien era el presidente de la Real Audiencia de Guatemala. “Estachería era hombre de espíritu abierto y las noticias despertaron su curiosidad. Así fue como en 1784 comisionó a José Antonio Calderón, quien era teniente de alcalde mayor en Palenque, la población más cercana al sitio, para que hiciera un informe sobre las ruinas.”⁴⁸

La exploración de este sitio arqueológico se encuadró muy bien con el espíritu ilustrado y académico de la época, avivando el interés e incluso la imaginación de los exploradores, quienes lejos de ambientes urbanos y ahora adentrados en la selva,

⁴⁵ Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.13.

⁴⁶ “Años después, José de la Fuente Coronado, al parecer nieto de Antonio de Solís, comunicó en un aula escolar aquel acontecimiento a Ramón Ordoñez y Aguiar, quien tan sólo tenía siete años de edad”, en Roberto Romero Sandoval, “Una rara edición del *informe* de Antonio del Río sobre las ruinas de Palenque”, Estudios Mesoamericanos, Nueva época, No. 8, enero – junio 2010, p. 104.

⁴⁷ Cfr. Víctor Manuel Esponda Jimeno, “El primer informe oficial de los monumentos de la ciudad arruinada de Palenque presentado Joseph Antonio Calderón en 1784”, Revista LiminaR Estudios sociales y Humanístico, año 9, volumen IX, número 1, junio de 2011, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México, p.p. 177.

⁴⁸ Roberto Romero Sandoval, “Una rara edición del informe de Antonio del Río sobre las ruinas de Palenque”, Estudios Mesoamericanos, Nueva época, No. 8, enero – junio 2010, p. 104.

comenzaron a preguntarse por quiénes habían podido construir dichas estructuras, en un ambiente que les parecía más exótico que, por ejemplo, el subsuelo de la Ciudad de México.

Cabe mencionarse que ya antes de 1784, antes de las primeras exploraciones oficiales a Palenque encargadas por la Real Audiencia de Guatemala, el interés por dichos vestigios que sentía el entusiasta Ramón Ordoñez, había propiciado una breve exploración no oficial promovida por él mismo, y aunque no tuvo la oportunidad de encabezarla, así como tampoco lideró la exploración de 1784, en marzo de 1773 motivó a su hermano José, al alcalde mayor don Fernando Gómez de Andrade y al capitán de milicias en retiro Nicolás de Velasco y Unquera a que fueran al sitio, en donde con la ayuda de pobladores indígenas comenzaron a despejar algunas estructuras, se dice que el alcalde Fernando exclamó impresionado por los vestigios, a los que no pudo atribuir su origen a una cultura antecesora de la población local: “(...) que esto de Palenque no es cosa de indios.”⁴⁹

Ya en 1784 y con instrucciones de la Real Audiencia de Guatemala, José Antonio Calderón cumplió con su encargo lo mejor que pudo durante los tres días que estuvo en el sitio, durante este breve tiempo elaboró únicamente cuatro dibujos al estilo del arte popular, y un breve informe sobre lo que había observado, a pesar de la sobriedad con la que Calderón describió el sitio no pudo evitar hacer conjeturas sobre lo que observaba, mismas que hacen referencia al pasado del viejo mundo, debido, seguramente, a su propio bagaje cultural, siendo esta su manera de intentar elucidar el origen desconocido de estas edificaciones, sin embargo, con claridad, las deja como tal, conjeturas, y admite cuestionándose su falta de conocimiento al respecto:

Plutarco, según dicen, refiere que los romanos traían las medias lunas en el calzado, confesando con eso la inmortalidad del alma. Serían romanos los que aquí dominaron? O españoles venidos de la dominación de los moros hasta este puerto o surgidos de Catajazzá? Cartagineses de los que se dice vinieron a América? Nada sé?⁵⁰

⁴⁹ Cfr. Víctor Manuel Esponda Jimeno, “El primer informe oficial de los monumentos de la ciudad de Palenque presentado por Joseph Antonio Calderón en 1784”, Revista LiminaR Estudios sociales y Humanístico, año 9, volumen IX, número 1, junio de 2011, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México, p.p. 177 – 178.

⁵⁰ Joseph Antonio Calderón, “Descripción del terreno, población antigua, nuevamente descubierta, en las inmediaciones del pueblo de Palenque” en Víctor Manuel Esponda Jimeno, “El primer informe oficial de los monumentos de la ciudad de Palenque presentado por Joseph Antonio Calderón en 1784”, Revista LiminaR

Tras recibir el informe, Estachería sintiéndose “intrigado pero insatisfecho”, mandó a hacer una segunda expedición tan sólo un año después, en 1785, esta vez a cargo del arquitecto Antonio Bernasconi, quien tenía formación profesional en arquitectura y a quien se le dieron indicaciones más detalladas sobre la investigación que debía realizar.⁵¹

A pesar de la mayor calidad artística y detalle en los dibujos, el informe continuó siendo escueto y apenas algo esquemático, además de que sólo alrededor de la mitad de las preguntas preparadas para el mismo habían sido respondidas, aun así, Estachería envió los dos informes a España. Juan Bautista Muñoz, el historiógrafo real, quien en ese tiempo, acorde a los reales intereses académicos, trabajaba en la historia de las posesiones americanas de España, los leyó y le pidió a Estachería más información, además de un informe más detallado sobre las construcciones del lugar.

Cabe señalar, que estas mismas indicaciones le fueron dadas posteriormente a Antonio del Río, para su exploración de 1787 a Palenque, dentro de estas instrucciones se encontraban las de: indagar la antigüedad del asentamiento, con cuantos habitantes contó, el origen de quienes lo fundaron, la presencia de murallas defensivas y las posibles causas de su decadencia. “Las preguntas acerca de las estructuras pedían el estilo, las medidas y la indicación de los materiales de construcción.”⁵²

En 1786, Estachería supo sobre Antonio del Río, quien era capitán del ejército y en esos momentos se encontraba estacionado en Guatemala. Del Río tenía fama de ser inteligente y cuidadoso, sin embargo, “[...] Del Río no llenaba los requisitos para la investigación arqueológica. El presidente vacilaba, con la esperanza de hallar un candidato más idóneo; pero cuando no apareció ninguno, con renuencia designó a Del Río.”⁵³

A pesar de carecer de una preparación arqueológica o en artes y oficios similar, por ejemplo, a la de Bernasconi; Del Río como veremos a continuación, dio cabida, o al

Estudios sociales y Humanístico, año 9, volumen IX, número 1, junio de 2011, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México, p. 181.

⁵¹ Cfr. Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.13. Véase también a Roxanne Dávila, quién señala en su texto: “Los primeros pasos de la arqueología maya: exploradores y viajeros en el siglo XIX”, que el rey Carlos III estaba enterado de la breve expedición de Calderón, le interesó y estuvo al tanto de la de Bernasconi. Cfr. Roxanne Dávila, “Los primeros pasos de la arqueología maya: exploradores y viajeros en el siglo XIX”, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Guatemala, 2007, p. 180.

⁵² Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.13.

⁵³ *Ibíd.* p. 14

menos alentó con algunas de sus conjeturas, a varias de las ideas que popularmente se tienen sobre los mayas y sobre algunos otros pueblos prehispánicos, que han sido referentes culturales sobre los mismos aún en nuestros días. Del Río al encontrarse impresionado por la fertilidad de la tierra, el clima favorable y el acceso a una red fluvial, conjeturó que había habido un extenso comercio en la región, abundantes recursos y finalmente “[...] que aquel pueblo había gozado de mayor paz y de una vida más feliz que las de los habitantes de las grandes y complejas ciudades de su propia época”.⁵⁴

El anterior es un tópico común en la cultura occidental, aún en la actualidad, para muchas personas no estudiosas del tema, cuando se imagina la vida de antiguas civilizaciones, en especial las prehispánicas, a las cuales se vislumbra bastante más armoniosas que la propia y sobre todo en equilibrio con el entorno natural, del cual hubieran sabido obtener lo necesario alterándolo mínimamente, y que como veremos posteriormente, son ideas que se encuentran arraigadas en las concepciones cristianas de un “paraíso terrenal”, y en las ideas del “buen salvaje”,⁵⁵ presentes en el imaginario europeo aún antes de su encuentro con los pueblos americanos, los que, una vez ocurrido el contacto, fueron un “otro” para el que no existían antecedentes y por lo mismo, en esta falta de definición previa, las preconcepciones de occidente les embonaban bien.

Con el hombre americano lo que sucedió fue algo totalmente diferente: la existencia de tal hombre no había sido prevista por nadie o, lo que es aún más importante, su súbita aparición verificaba y desmentía al unísono el divino mensaje (cuanto menos así se creía entonces) puesto que la pureza de corazón, la conformidad con la naturaleza, la generosidad tropical y el desprecio por las complicaciones modernas, si en su conjunto hacían recordar irremisiblemente al paraíso terrenal, también producían el aterrador efecto contrario al dar constancia de que la caída original no suponía obligatoriamente que el hombre debiera quedar ineluctablemente desterrado de aquel lugar.⁵⁶

⁵⁴ *Ibíd.* p. 17. Cfr. Antonio Del Río, “Description of the Ruins of an Ancient City”, published by Henry Berthoud, London, 1822, books.google.com p. p. 5 – 6.

⁵⁵ “En efecto, el rígido y jerarquizado sistema cristiano impedía pensar en una continuidad entre el hombre y las bestias; sin embargo, el hombre salvaje era un ser mítico ubicado a medio camino entre lo animal y lo humano, era una bizarra mezcla de bestialidad y civilización cuya lógica aterradora – y simbólica – permitía pensar en, y sobre todo sentir, los estrechos nexos que unen la naturaleza con la cultura.” en Roger Bartra, “El salvaje en el espejo”, Ediciones Era – UNAM, México, 1998, p. 81.

⁵⁶ Claude Lévi – Strauss, “Las tres fuentes de la reflexión etnológica”, en Mauricio F. Boivin, Ana Rosato, Victoria Arribas, “Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural”, Editorial Eudeba, Buenos Aires, 2004, p.23.

Volviendo a 1787 con nuestro explorador en Palenque, Antonio del Río se caracterizó igualmente por saber exponer sus reflexiones y suposiciones con un carácter tentativo, y, por ejemplo, a pesar de recurrir con cierta frecuencia, al lugar común de la comparación con la antigüedad clásica, en lo general no se aventuró a dar por ciertos los paralelismos que veía, y también, por ejemplo, evitó atribuir al cristianismo las cruces que encontraba en las diversas estructuras.⁵⁷

Sin embargo, el recurrir al pasado clásico para intentar comprender el origen de los vestigios arqueológicos frente a los que estaba era la forma de incorporar a un pasado común para él los vestigios arqueológicos que se encontraba estudiando, en los cuales encontraba similitudes con el antigüedad clásica, con base en lo cual se aventuró a proponer la teoría de un posible contacto, el mismo tipo de teorías que autores posteriores tomarían como punto central en sus obras, basándose por cierto en gran medida en su reporte, mismo que tiende más a lo descriptivo que a lo especulativo, y en el que justamente sus conjeturas se basaron en los paralelismos que observa, tal como la ubicación del asentamiento sobre el cauce de un río, el Michol, así como Roma se estableció sobre el Tíber.

It might be inferred that this people had had some analogy to, and intercourse with the Romans, from a similarity in the choice of situation as well as a subterranean stone aqueduct of great solidity and durability, which passes under the largest building.

I do not take upon myself to assert that these conquerors did actually land in this country; but, there is reasonable ground for hazarding a conjecture that some inhabitants of that polished nation did visit these regions; and that, from such intercourse, the natives might have imbibed, during their stay, an idea of the arts, as a reward for their hospitality.⁵⁸

Del Río carecía de experiencia en labores arqueológicas, pero supo, aún con sus limitaciones, elaborar un reporte más consistente que los de Calderón o Bernasconi, quienes igualmente trataron de describir lo mejor posible lo observado, y aunque Del Río no pudo responder a cabalidad las interrogantes que le habían pedido esclarecer, sí hizo, al igual que sus predecesores, algunas interpretaciones que parecían plausibles de

⁵⁷ Cfr. Robert L. Brunhouse, "En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos", FCE, México, 1994, p. 16.

⁵⁸ Antonio Del Río, "Description of the Ruins of an Acient City", Published by Henry Berthoud, London 1822, p. 5.

acuerdo con su propia experiencia, manteniéndolas como tentativas, y claro, basadas en terrenos que le eran comunes a su experiencia y conocimientos: “Como era capitán del ejército, no resultaba sorprendente que interpretara la figura de un hombre con bastón como la de un soldado que portaba la bandera de su legión y mostraba los símbolos de su valentía en el tocado.”⁵⁹

Todo lo anterior nos permite observar el interés que comenzó a despertarse en el Virreinato por las exploraciones arqueológicas, impregnado con tintes políticos, pero también, fuertes motivaciones académicas, pues la gente instruida, formada ahora con una educación más secular, se sentía atraída por la investigación del pasado, posiblemente, debido al espíritu ilustrado de la época y a los paulatinos cambios sociales que ya se venían dando desde el inicio del período que llamamos modernidad, en donde la identificación con un pasado religioso o incluso bíblico ya no daba una explicación adecuada y suficiente a los hombres ilustrados y, sobre todo, al Estado que se construía.

De esta manera, las primeras exploraciones en los vestigios de la antigua civilización maya, se llevaron a cabo en el marco de este interés por las civilizaciones antiguas, mismo que en la América Española fue tomando matices identitarios, de manera similar a como la Monarquía en Europa buscaba asociarse con la antigüedad clásica. Además, como veremos más adelante, estas exploraciones fueron construyendo nuevas categorías, y nuevas maneras de acercarse y comprender al “otro”, al cual tal vez, se le intentaba comenzar a entender desde su diferencia.

En cuanto al informe que entregó Del Río, junto con las 25 láminas realizadas por Ricardo Almendáriz a modo de informe gráfico, fue concluido en junio de 1787 y entregado a Josef de Estachería en Guatemala, quien mandó a hacer una copia del informe junto con las láminas de Almendáriz, cuyas copias quedaron a cargo del Ingeniero Josef de Sierra, y probablemente por intervención del cura Ramón Ordoñez una segunda copia llegó al convento de Ciudad Real. Estachería envió el original a España, al Real Gabinete de Historia Natural y durante un tiempo el asunto quedó en el olvido.⁶⁰

Poco después Fray Ramón Ordoñez de Ciudad Real, propuso por escrito teorías sobre el origen trasatlántico de los pueblos de la América Media basadas en el

⁵⁹ Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p. 15.

⁶⁰ Cfr. Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.p. 18 – 20.

informe de Del Río en su manuscrito titulado “La historia de la creación del cielo y de la tierra”. Posteriormente, el italiano radicado en Ciudad Real de Guatemala, llamado Paul Félix Cabrera elaboró un ensayo desarrollando estas mismas teorías de contactos transoceánicos, “Ordóñez pensó que Cabrera había copiado a discreción y lo acusó de plagio”.⁶¹

Es interesante señalar que se conocían Ordoñez y Cabrera, y que incluso este último había tenido acceso al informe Del Río gracias al primero, pues paralelamente a las exploraciones oficiales llevadas a cabo en el sitio de Palenque, en Ciudad Real de Guatemala se formó un círculo de estudios sobre la antigüedad mesoamericana, del cual ambos eran miembros, e incluso Ordoñez lo encabezaba. “Los integrantes de esta tertulia científico-literaria (como la denomina Alberto Ruz), eran el dominico fray Tomás Luis de Roca, José Miguel de San Juan, el coronel Felipe Sesma y Paul Félix Cabrera; Ramón Ordoñez y Aguiar era quien llevaba la batuta en estas investigaciones.”⁶²

Este grupo de estudios se caracterizó por elaborar varias teorías sobre el origen del pueblo que construyó las ruinas de Palenque, todas con el hilo conductor del contacto transatlántico, posiblemente inspirado por los comentarios comparativos hechos constantemente por Del Río entre Palenque y Roma, aunque a diferencia del explorador, en el grupo de estudios sí dieron rienda suelta a las hipótesis, teorías y especulaciones sin la medida que mostraron Del Río, Bernasconi y Calderón.

Otra influencia importante en las teorías arrojadas sobre el sitio arqueológico de Palenque por este grupo, fue el texto llamado “Provanzas de *Votán*”, texto en maya en donde se habla del mítico fundador de Palenque, *Balún Votán*, a quien rápidamente en el grupo de estudio se le encuentran orígenes mediterráneos, junto con todos los originarios de *Chivím*, y el linaje de los “Culebra”, mencionados en la obra. Este texto junto con el informe Del Río, y lo elaborado en las tertulias del grupo de estudios, son el antecedente del ya mencionado texto de Ordoñez “Historia de la creación del cielo y de la tierra...” y del ensayo de Cabrera (el cual los enemistó) “Teatro crítico americano...”.⁶³

⁶¹ *Ibíd.* p. 19.

⁶² Roberto Romero Sandoval, “Una rara edición del *informe* de Antonio del Río sobre las ruinas de Palenque”, *Estudios Mesoamericanos*, Nueva época, No. 8, enero – junio 2010, p. 105.

⁶³ *Cfr. Ibíd.* p.p. 105 – 106.

Pese a lo anterior, el texto de Cabrera tuvo mejor suerte en cuanto a su difusión, pues durante el estallido de los movimientos independentistas, aproximadamente un cuarto de siglo después, un cierto doctor McQuy logró hacerse con una de las copias del reporte de Del Río y sus dibujos, junto con el manuscrito de Cabrera y los llevó a Londres en donde el librero londinense Henry Berthoud compró los ejemplares, los hizo traducir, y los publicó en una misma edición en el otoño de 1822 bajo el título de *“Description of the Ruins of an Ancient City, Discovered near Palenque from the Original Manuscript Report of Captain Don Antonio del Río: Followed by teatro Teatro crítico Americano by Doctor Paul Felix Cabrera.”*⁶⁴

1.3.- Guillermo Dupaix

Aunque comparte características similares con la exploración e investigaciones hechas por Antonio del Río, e incluso con las de Calderón y Bernasconi, en el sentido de ser también una expedición mandada por el gobierno, la del Capitán de Dragones, Guillermo Dupaix se diferencia por ser la primera Real Expedición Anticuaria, es decir, fue una labor encargada directamente por la Corona, por la Monarquía Hispánica de los Borbones, la que como ya se explicó anteriormente, tenía un interés tanto político, así como netamente “ilustrado” por comprender a las grandes civilizaciones que habían habitado el territorio novohispano, más aún si estas habían dejado grandes vestigios que hicieran recordar el pasado clásico e “imperial” del viejo mundo, o al menos pudieran compararse de alguna forma con él. Además, el capitán Dupaix a diferencia de Del Río, tenía la experiencia de haber ido a algunas de las exploraciones anticuarias hechas en Italia, y posteriormente ya en la Nueva España, haber invertido una buena parte de su tiempo en sus propias “correrías”, investigando por cuenta propia diversos sitios arqueológicos en el centro de México.

Tales travesías le permitirían a Dupaix registrar en texto e imagen un cúmulo gigantesco de antigüedades que se encontraban por doquier en las ciudades, los poblados y el campo novohispanos, al tiempo que se iba

⁶⁴ Cfr. Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.19.

forjando una sólida reputación que le valdría ser invitado por la Corona española para encabezarla Real Expedición Anticuaria de 1805 a 1809.⁶⁵

De esta suerte, si bien Dupaix es igualmente un precursor de la arqueología americana, sus trabajos revelan una formación algo más completa para la investigación y para las exploraciones con fines anticuarios en general, mismas que como vemos, lo volvería el primer candidato para encabezar ya en 1805 la Real Expedición Anticuaria. En este ámbito, se hizo bien conocido su interés por el pasado de la Nueva España, mismo que lo volvió un visitante asiduo de los gabinetes de anticuaría, y lo llevó a interesarse por la comparación de las culturas antiguas, las del viejo con las del nuevo mundo, al grado de buscar cualquier pretexto para, cada vez que se podía, dejar otras tareas en el ejército y dedicarse en sus recorridos a la exploración. “Sabemos que Dupaix buscaba cualquier pretexto para evadirse de sus obligaciones castrenses y visitar sitios arqueológicos cuando estaba en servicio.”⁶⁶

Así, la afición de Dupaix por la anticuaría comenzaría a darlo a conocer en la Nueva España, por ejemplo, en 1803, en una misiva del oidor Ciriaco Gonzáles de Carbajal dirigida al virrey de Iturrigaray, se mencionan ya sus exploraciones y descubrimientos en el ámbito de la anticuaría, más que sus logros en la vida castrense “[...] he sabido de un Capitán retirado de Dragones D.n. J. Dupée (see) flamenco de nación que sin auxilio alguno y solo llevado de su genio investigador, venciendo sumas dificultades y embarazos de mucho peligro, ha hecho muy útiles descubrimientos en esta línea.”⁶⁷

Así, Dupaix por cuenta propia, se fue haciendo de experiencia en los campos de la anticuaría y de la exploración de vestigios arqueológicos mesoamericanos, y se hizo además de cierta fama, lo cual, como ya se apuntó, lo pondría en camino de encabezar la Real Expedición Anticuaria.

Resulta revelador de los intereses y afición de Dupaix el abundar en sus recorridos con fines de anticuaría, pues cabe mencionar que ya incluso antes de sus

⁶⁵ Leonardo López Luján, “El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794”, Ediciones del Museo Nacional de Antropología – Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015, p. 14.

⁶⁶ *Ibíd.* p. 43.

⁶⁷ AGN, Historia, V. 116, en Leonardo López Luján, “El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794”, Ediciones del Museo Nacional de Antropología – Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015, p. 44.

correrías en varios de los vestigios arqueológicos del Nuevo Mundo, y antes de ser ascendido a Capitán de Dragones, Dupaix, con 38 años de edad, había participado en diversas investigaciones con fines anticuarios en vestigios arqueológicos del viejo continente, mismos que ya desde entonces llamaban poderosamente su atención. “Como consecuencia de su incorporación al ejército español, participó en periplos por Italia y Grecia, y visitó en tales ocasiones sitios y monumentos antiguos, así como gabinetes de curiosidades.”⁶⁸

Es de esta manera que poco a poco, sus intereses y trabajos fueron desarrollándose y dándose a conocer, y así, ya en territorio novohispano a partir del 4 de febrero de 1791, cuando desembarca en Veracruz, su afición lo conduce hacia los vestigios de estas partes del mundo, mismos que le permitirán elaborar sus trabajos más conocidos, si bien, al parecer, lo primero que llamó su atención fueron cuestiones geográficas y naturales,⁶⁹ antes de que el pasado humano de ellas lo cautivara.

El mismo Alexander von Humbolt durante su paso por la Nueva España, de marzo de 1803 a febrero de 1804, como parte de su viaje por las Américas, frecuentó a Dupaix para conocer sus trabajos y “[...] no tiene empacho en calificarlo en sus publicaciones de “instruido oficial” y de “observador tan modesto como ilustrado” cuando se refiere específicamente a las “correrías particulares”.⁷⁰

Esta experiencia en el ámbito de la anticuaría y, tal vez, al igual que en el caso de su antecesores, las directivas dadas para la exploración y la costumbre de elaborar reportes al estilo castrense, le permitieron a Dupaix no desbordarse con teoría y conjeturas propias, sino también mantenerse en un estilo descriptivo a pesar de su gran interés “[...] era cuidadoso y paciente con su trabajo, las ruinas despertaban su admiración y se mostraba razonable en la escasa teorización que intentaba. En otras palabras, evitaba el entusiasmo apasionado asociado comúnmente a los americanistas del siglo XIX.”⁷¹

⁶⁸ *Ibíd.* p. 19. Esta afición por los viajes, y por la investigación de sitios arqueológicos y culturas antiguas, inició, al parecer en 1782 cuando contaba con 36 años de edad, y tuvo la oportunidad de realizar un *Grand Tour* por Italia y Grecia “(...) periplo personal que lo dejaría marcado para toda la vida.” Cfr. *Ibíd.* p. p. 38.

⁶⁹ “[...] arribando así a un mundo en donde al principio le asombraron mucho más las aves multicolores y las frutas olorosas que los habitantes y su cultura.” *Ibíd.* p. 43.

⁷⁰ *Ibíd.* p. 44.

⁷¹ Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p. 23.

Por lo anterior, debido a la fama ya hecha, Carlos IV desde Aranjuez, a través de una Real Orden con fecha de 2 de mayo de 1804, se dice ya estar enterado de las investigaciones realizadas por Dupaix, y consecuentemente lo pone a la cabeza de la Real Expedición Anticuaria “[...] para que se saquen diseños exactos de los edificios, y demás monumentos antiguos que conduzcan a la inteligencia de la Historia del País, no menos que a dar ideal del gusto y perfección que sus naturales consiguieron en las Artes.”⁷²

Los trabajos de la Real Expedición Anticuaria se realizaron entre 1805 y 1808 en circunstancias relativamente favorables, Dupaix contaba con la ayuda del oriundo de Toluca, ilustrador, profesor de dibujo y arquitectura, José Luciano Castañeda, y de Juan del Castillo quien fungió como secretario, además, la expedición contó con la mano de obra y protección de algunos dragones que acompañaban al ya retirado Capitán de caballería.⁷³

Castañeda realizó una importante labor al recopilar la información gráfica de la expedición, Dupaix, tenía igualmente algunas habilidades para el dibujo, como lo demostró en sus “correrías” y expediciones personales, particularmente con los dibujos que realizó de los objetos y sitios arqueológicos del centro de México, Oaxaca y Veracruz, los que quedaron plasmados en un “cuadernillo” de notas,⁷⁴ si bien estos dibujos, realizados la mayoría con plumilla y tinta ferrogálica sobre papel catalán hecho a mano,⁷⁵ demuestran cierto talento de Dupaix, él mismo estaba consciente de sus limitaciones, por lo que dada la importancia que podía tener la parte gráfica en los informes, solicitó al virrey José de Iturrigaray la contratación de Castañeda: “Conceptuo necesario que se me franquee un Dibujante y delineador, para cuyo destino propongo a

⁷² Leonardo López Luján, “El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794”, Ediciones del Museo Nacional de Antropología – Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015, p.44.

⁷³ Cfr. Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p. 23. Además, es de mencionarse que cómo parte del apoyo con el que contaban, los exploradores de la Real Expedición Anticuaria: “[i]ban provistos además de los salvoconductos y documentación necesaria para viajar y el virrey previamente había remitido una circular a las autoridades civiles y eclesiásticas competentes para que les brindaran el auxilio y apoyo necesario, así como se les facilitara todo tipo de información sobre las antigüedades existentes en sus respectivas demarcaciones”, en Jorge Maier Allende, “La Real expedición anticuaria de México (1805 – 1808): novedades bibliográficas e historiográficas”, Anales del Museo de América, Número 24, 2016, p. 62.

⁷⁴ Cfr. Leonardo López Luján, “El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794”, Ediciones del Museo Nacional de Antropología – Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015, p. 67.

⁷⁵ Cfr. *Ibíd.* p. 71.

D.ⁿ Josef Castañeda pensionado que fue de la R.¹ Academia de S.ⁿ Carlos de esta N^{ueva} E^{spaña} que a mis ordenes travaje lo que ocurra.”⁷⁶

Durante la Real Expedición Anticuaria Dupaix mostró mucha dedicación en registrar de forma sistemática lo que observó en el lugar, así como antes ya había hecho en otros sitios durante sus “correrías particulares”, en sus reportes es posible encontrar comentarios que denotan el interés que sintió por los vestigios Palencanos y en general por los vestigios de las culturas mesoamericanas, además, considérese que tuvo la fortuna de encontrarse en un momento socio-político que no sólo favorecía sus intereses, sino que, además, le permitió concretarlos en investigaciones durante este auge de interés por las culturas antiguas vivido durante la época, mismo que era promovido por la Corona, y que ahora se concretaba en una expedición mandada directamente por la misma.

El texto de la Real Orden es realmente interesante pues nos desvela que el objetivo de la expedición fue principalmente documentar la historia antigua de México y valorar –y demostrar– el nivel cultural y artístico de las antiguas civilizaciones mexicanas, tan denostadas por la «leyenda negra», especialmente en diversas obras francesas e inglesas. Por lo demás las órdenes transmitidas, esto es, las relacionadas con el modo de registrar, documentar y analizar a través de examen ocular directo y dibujo de los monumentos y antigüedades, se ajusta a la ya consolidada tradición de las expediciones arqueológicas españolas impulsadas por la Corona en el siglo XVIII⁷⁷

Asimismo, la experiencia que tenía Dupaix gracias a sus exploraciones anteriores, tanto las efectuadas en Europa al servicio de la Monarquía Hispánica, como las que resultaron de sus “correrías particulares” en la Nueva España, le permitió durante la Real Expedición no solamente mantener un tono descriptivo en su reporte, sino además, tener ciertos márgenes de trabajo propios en la descripción y una sistematización en la forma de realizar la misma, en la que se centra en los objetos y los lugares en los que estos fueron encontrados sin dejar de manifestar por ellos un aprecio estético por lo observado,⁷⁸ pero sin forzar conjeturas para explicarlos. “Entre tantos

⁷⁶ *Ibíd.* p. 74.

⁷⁷ Jorge Maier Allende, “La Real expedición anticuaria de México (1805 – 1808): novedades bibliográficas e historiográficas”, *Anales del Museo de América*, Número 24, 2016, p. 62.

⁷⁸ “Buenos ejemplos de lo anterior son sus calificativos de ciertas obras como de “mucho mérito”, “bastante bien ejecutada” o “primorosamente esculpida”. Véase en Leonardo López Luján, “El capitán Guillermo Dupaix y su

datos llanos, la admiración de Dupaix surge de repente, por ejemplo, cuando califica algo como ‘digno de la antigua Roma’ o ‘con mucho arte’.”⁷⁹

La apreciación del trabajo artístico en los objetos y en las construcciones que muestra Dupaix, le permitió en buena medida percatarse de las diferencias culturales existentes en las diversas regiones que visitó, lo anterior sin desbordarse en teorías, y de hecho, comenzando a apuntar algunas de sus especulaciones hacia la explicación de que había sido una cultura local la que había construido los vestigios encontrados en Palenque, y que era muy posible, a pesar de las pistas y teorías que aducían diversos pensadores de la época (por ejemplo, el grupo de aficionados y estudiosos que encabezaba Ramón Ordóñez en Ciudad Real),⁸⁰ que el pueblo que los construyó no tuviera relación con algún otro grupo humano del viejo mundo, e incluso, Dupaix duda de la relación directa entre los indígenas de la época con los constructores de los vestigios arqueológicos que exploraba, particularmente los Palencanos, lo cual le intrigaba más, pues dejaba al aire la respuesta sobre quienes habían sido los constructores de obras tan complejas.

En dos aspectos estuvo seguro de sus conclusiones. Los glifos no se parecían a los de Egipto y ni siquiera a los del Valle de México. Y las cabezas allanadas de los seres humanos representados en las paredes lo convencieron de que aquella era una raza desconocida de los historiadores; esas extrañas cabezas también lo llevaron a concluir que los indios contemporáneos de la región no podían ser descendientes directos de los constructores de Palenque. [...] ¿Cómo se podía explicar esta hazaña? Comparaba su estilo con el de pueblos antiguos y concluía que Palenque no tenía ninguna influencia gótica, árabe, china o cartaginesa; ni tampoco relación con el estilo

álbum arqueológico de 1794”, Ediciones del Museo Nacional de Antropología – Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015, p. 72.

⁷⁹ *Ibíd.* p. 57. Véase también cómo el mismo Dupaix en uno de sus cuadernillos de notas, menciona tener el propósito de no excederse con sus propios comentarios: “Comentar y Explicar con arte y claridad. inteligencia, las obras de Arquitectura y de Escultura de barro y piedra. Saber elegir de ellas, solo lo esencial ó lo intrínseco, lo q.^e en fin puede dar luz é ilustración al asunto, sin molestar al lector, y sin usar de términos vulgares. Sin hablar de R[ey]. ni de Gob[ierno]. Sin ofender a nadie... usar de un estilo varonil, lacónico, conciso, sin pederteria. Terminos propios y facultativos, de lo que se trata. Verdad, ingenuidad, sin exageración, ponderación, sin la afirmativa, salvo cierto (saver dudar en fin...). Nunca afirmar positivamente, saber dudar, es lo q.^e hace el sabio. Evitar el egoísmo [...] hablar algunas veces en plural. hacer sin preocupacion y amor propio la crítica de sus escritos ó relaciones”, en *Ibíd.* p. p. 57 – 58.

⁸⁰ “Las aseveraciones de que tantas naciones distintas habían colonizado el país o dejado huella en la cultura de sus antiguos habitantes le parecieron ridículas; sutilmente agregó que en la gama de especulaciones sólo faltaba la de un camino directo a la Luna”, en Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p. 32.

de los zapotecas y los aztecas del norte. Concluyó que se trataba de un estilo original.⁸¹

Aun con el apoyo de la corona, y el ambiente de interés que se vivía en la época por la anticuaria y los descubrimientos de ámbito arqueológico, la Real Expedición Anticuaria no transcurrió sin dificultades, dado que las exploraciones en las tupidas zonas selváticas y de monte bajo en las regiones de la América Central implicaban dificultades y riesgos, los cuales, en varias ocasiones, consignó en su informe como accidentes durante el trayecto, tal es el caso de un caballo desbarrancado en cierto tramo recorrido de la sierra de Zongolica a San Sebastián, o las dificultades para transitar el terreno en algunos puntos entre Ocosingo y Palenque, tramo que les llevó ocho días librar. “El espacio que debíamos atravesar difícilmente es transitable para cualquier otro animal que no sea un ave, pues el camino serpentea por las montañas y lo alto de los precipicios, que unas veces cruzábamos a lomo de mula y otras a pie.”⁸²

Pese a las dificultades del camino, el entusiasmo por las labores de anticuaria y su temple, le permitieron a Dupaix llevar a cabo las exploraciones hasta que los cambios sociopolíticos que comenzaron a manifestarse a partir de 1808 le pusieron un final algo prematuro y, eso sí, bastante abrupto a la expedición, situación que terminó por afectar al retirado Capitán de Dragones y entusiasta anticuario más de lo que otras dificultades en su carrera y aficiones habían conseguido. En mayo de 1808, la invasión napoleónica a España y la rápida y subsecuente imposición de José Bonaparte, hermano del Emperador, en el gobierno de la Monarquía Hispánica provocaron directamente el fin de la expedición, al ocasionar en el territorio novohispano, igualmente la destitución de la cabeza del gobierno, el virrey Iturrigaray, quien había sido promotor de la expedición siguiendo los intereses anticuarios del monarca Carlos IV, antecesor de Fernando VII, quien recién había comenzado a gobernar en marzo de ese turbulento 1808.

Dupaix y su grupo llegaron a Ciudad Real en mayo de 1808, pero la temporada de lluvias y lo peligroso de los caminos impidieron el viaje y la exploración hasta octubre. Precisamente cuando estaba a punto de ponerse en marcha, llegaron a la ciudad noticias de los cambios políticos, las que incitaron al pueblo a sospechar que Dupaix era un espía. Su misión Real de

⁸¹ *Ibíd.* p.p. 31 – 32.

⁸² *Ibíd.* p. 28.

1804, encomendada por Carlos IV, inspiraba respeto, pero los documentos que llevaba, firmados por el virrey Iturrigaray, recién removido por traidor, permitían sospechar que aquel capitán retirado era un instrumento suyo. Más todavía, la gente lo consideraba francés, y un funcionario local afirmó que Dupaix difícilmente podía hablar español.⁸³

De esta manera, los drásticos cambios que vivió la Monarquía Hispánica en los albores del siglo XIX, mismos que fueron constituyéndose desde el siglo XVIII con los movimientos ilustrados y las nuevas maneras de comprender al individuo y a los gobiernos, ahora con interacciones más seculares, afectaban ya a las expediciones científicas que había emprendido la Corona como política desde mediados del XVIII, en el caso de la anticuaria y/o la antropología del período ilustrado, la primera expedición fue, argumentativamente, la del marqués de Valdeflores Luis José Velásquez.⁸⁴

Para la Real Expedición Anticuaria encabezada por Dupaix los efectos fueron claros, y con la sustitución del virrey Iturrigaray por Pedro de Garibay, la cancelación de la misma se volvería inminente, aunque afortunadamente, Dupaix tendría aún algo de tiempo para explorar Palenque.

El grupo de expedicionarios quedó detenido hasta diciembre de 1808 en Ciudad Real, mientras se les investigaba por traición, tiempo durante el cual Dupaix tuvo la oportunidad de conocer a Ramón Ordóñez, quien lograría despertar aún más expectativas en él sobre “la célebre ciudad” en la que iba a trabajar, Palenque sería la única zona arqueológica maya de gran tamaño que visitaría y causaría un gran asombro en él,⁸⁵ su mayor experiencia en el ámbito y su más entrenada sensibilidad artística le permitieron una mejor descripción de los detalles, no hay que olvidar además, que llevaba en su grupo al talentoso José L. Castañeda como dibujante, quien trazaría con mayor precisión que las exploraciones anteriores lo observado en el sitio, a Dupaix le ocasionaron especial impresión los bajorrelieves.

La mayor parte de las figuras están erguidas y son bien proporcionadas: todas se hallan de perfil, son majestuosas y casi colosales,

⁸³ *Ibíd.* p. 29.

⁸⁴ “La primera expedición arqueológica de esta naturaleza –y en muchos sentidos modelo de las posteriores– fue la que la Real Academia de la Historia le encargó en 1752 a Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores, conocida como el *Viaje de las Antigüedades de España*, promovida por Fernando VI y su todopoderoso ministro el marqués de Ensenada”, en Jorge Maier Allende, “La Real expedición anticuaria de México (1805 – 1808): novedades bibliográficas e historiográficas”, *Anales del Museo de América*, Número 24, 2016, p. 64.

⁸⁵ Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p. 30.

pues miden más de un metro con 80 centímetros, en tanto que por su actitud se aprecia una gran libertad de movimiento, con cierta expresión de dignidad. (...) Muchas de las figuras sostienen una especie de cetro o bastón en una mano; a los pies de otras están colocadas figuras más pequeñas en posturas reverentes, y algunas se hallan rodeadas por filas de jeroglíficos.⁸⁶

Lamentablemente, tras la exploración de Palenque, las dificultades de la expedición irían en aumento, éste había sido el último sitio arqueológico que Dupaix pudo explorar con calma y en el que pudo realmente trabajar, de Palenque los expedicionarios se dirigieron a Villahermosa, y aunque el gobernador dio el visto bueno a sus papeles, el pueblo no dejó de verlo con sospechas: “Dupaix estaba harto de dificultades y decidió dejar la ciudad al punto”.⁸⁷

Finalmente, en su paso por Alvarado, la expedición fue detenida nuevamente y sus pertenencias revisadas por segunda ocasión, además, en esta segunda ocasión se trató de un grupo de muleros armados, al parecer dirigidos por un comerciante, quienes revisaron las pertenencias de los expedicionarios, tras este episodio, Dupaix y sus acompañantes tuvieron que ser escoltados por un grupo de dragones hasta la ciudad de Puebla, y de ahí finalmente a México.⁸⁸

En resumen, siendo los expedicionarios sospechosos por ir con documentos emitidos por el virrey Iturrigaray y por estar liderados por un capitán de origen europeo, al que se le pensaba francés, la expedición comenzó en 1808 a ser rechazada por los pobladores en la mayoría de las localidades por las cuales pasaba o intentaba establecer su campamento para proseguir con sus estudios de vestigios prehispánicos, de hecho, para poder concluir sus estudios en Palenque, el mismo virrey Pedro de Garibay extendió misivas reivindicando a Dupaix, explicando particularmente en ellas que el entusiasta arqueólogo y anticuario no era de origen francés sino austriaco, que era leal y que su importante labor científica estaba plenamente justificada.⁸⁹

⁸⁶ Informe de Dupaix, Kingsborough, *“Antiquities of Mexico”*, 8 volúmenes, Londres, 1830 – 1848, vol. 6, p. 463, en Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p. 31.

⁸⁷ *Ibíd.* p. 30.

⁸⁸ Cfr. *Ídem.*

⁸⁹ Cfr. *Ídem.* Cabe aclararse el por qué Pedro de Garibay menciona que Dupaix, oriundo de Vielsam en Luxemburgo, es austriaco, aunque ya se había cumplido un siglo en la Monarquía Hispánica desde que la casa de Borbón de origen francés gobernaba, desde 1713 tras el tratado de Utrecht el territorio fue cedido por España a la línea austriaca de los Habsburgo. El joven Dupaix a mediados de la década de 1760, decide incorporarse a un regimiento flamenco al servicio de la Monarquía Hispánica, quedando así al servicio de la misma. “Al haber muerto su madre durante el parto y habiéndose casado su padre nuevamente en dos ocasiones, Guillaume tenía pocas ataduras familiares. Eso debió facilitar su decisión de partir a España, donde se enroló en la compañía flamenca de

Aunque, como hemos visto, los intereses y aficiones de Dupaix iban más encaminados a la anticuaria y/o a la arqueología de la época que a las labores castrenses, el retirado capitán estaba acostumbrado a las faenas militares y se sentía motivado por la tarea que se le había encomendado en la Real Expedición Anticuaria, sin embargo, o mejor dicho, justamente, una vez llegados los expedicionarios a la Ciudad de México a principios de 1809, con la cancelación de la Real Expedición Dupaix “[...] cayó en desgracia y sufrió una enfermedad que lo puso al borde de la muerte en el verano de 1813”.⁹⁰

Sobre la salud del capitán cabe también mencionar, que ya desde su algo peligroso regreso de Palenque, debido a la situación política ya mencionada, Dupaix tenía las piernas hinchadas, malestar que atribuyó a las picaduras de los insectos y no podía ya montar cómodamente.⁹¹ Empero, Dupaix falleció en la Ciudad de México hacia finales de 1818, aproximadamente una década después de su estancia y trabajo en Palenque.⁹²

Una vez terminada la expedición, tanto Dupaix como Castañeda desaparecieron de la escena pública. La invasión napoleónica a España y los subsecuentes movimientos independentistas en la Nueva España impidieron la entrega de los informes y registros gráficos de la expedición al monarca español, y estos quedaron archivados en el gabinete de Historia Natural de la capital mexicana. Tras la independencia, y entonces sí con la participación de aficionados, anticuarios y editores de origen extranjero, Henry Baradère consiguió que el gobierno mexicano le autorizara publicar una edición del trabajo de la Real Expedición, mismo que aparecería hasta 1834 bajo el título de *Antiquités Mexicaines*.

E igualmente como ocurrió con el informe de Antonio del Río, el material de la Real Expedición Anticuaria terminó también en manos del editor inglés Lord

guardias de corps del rey el 5 de junio de 1767”, en Leonardo López Luján, “El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794”, Ediciones del Museo Nacional de Antropología – Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015, p. 19.

⁹⁰ Leonardo López Luján, “El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794”, Ediciones del Museo Nacional de Antropología – Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015, p. 47.

⁹¹ Cfr. Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p. 30.

⁹² Leonardo López Luján, “El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794”, Ediciones del Museo Nacional de Antropología – Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015, p. 47.

Kingsborough, quien lo presentó en una edición inglesa titulada *Antiquities of Mexico*, que apareció publicada en ocho volúmenes entre 1830 y 1848.⁹³

La Real Expedición Anticuaria encabezada por Guillermo Dupaix constituye un testimonio del interés de la Monarquía Hispánica de investigar el pasado de sus posesiones, en particular, el de antiguas civilizaciones que mostraran en sus vestigios materiales su desarrollo cultural, grandes construcciones, herramientas y cerámicas detalladamente elaboradas interesaban particularmente a la Corona, estos estudios y exploraciones influirían en los discursos políticos e incluso, en las raíces identitarias de la emergente nación mexicana.⁹⁴

Dupaix, aunque no abandonó del todo las teorías de influencias transoceánicas, fue el primer explorador que se aproximó, o comenzó a plantear, una teoría indígena al suponer un origen autóctono a los constructores de los vestigios arqueológicos que estudió, aunque como vimos, llegara a dudar que los mayas coetáneos suyos fueran descendientes de los constructores de Palenque.

⁹³ Cfr. Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p. 33. Jorge Maier Allende puntualiza que un joven francés, François Latour – Allard, habría adquirido una copia de los dibujos y textos del viaje directamente con Luciano Castañeda y posteriormente Agostino Aglio habría adquirido del francés el material para la edición de Edward King Kingsborough: *Antiquities of Mexico...* y que este material fue incorporado en 1831 dentro de los volúmenes IV y V de esta edición londinense. Véase en Jorge Maier Allende, “La Real expedición anticuaria de México (1805 – 1808): novedades bibliográficas e historiográficas”, *Anales del Museo de América*, Número 24, 2016, p. 65.

⁹⁴ Leonardo López Luján, “El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794”, Ediciones del Museo Nacional de Antropología – Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015, p. 22.

2.- NUEVAS IDENTIDADES Y ESTRUCTURAS DE PODER EN LA AMÉRICA HISPANA

2.1.- De nacionalismos y romanticismo en la América Media a mediados del XIX

El mundo contemporáneo no se comprendería sin el surgimiento y consolidación, ésta última principalmente durante el siglo XIX, de los Estados Nacionales, mismos que ocuparon el eje central de las dinámicas de poder e incluso la interacción social entre los habitantes de los territorios que ocupaban, y que fueron desplazando a otro tipo de organizaciones corporativas y de población tradicional, corporaciones que en algunos casos, y estos en aparente contradicción con lo que se cree comúnmente sobre estas últimas, pretendían abarcar a amplios sectores poblacionales en los lugares en los que se asentaban, en vez de centrarse en un único tipo de población.⁹⁵

De esta manera en el período histórico (occidental) denominado Modernidad, mismo que se le suele ubicar entre principios del siglo XVI y hasta fines del XVIII, entre el descubrimiento de América en 1492 y la revolución francesa en 1789, los Estados Nacionales que surgen y se constituyen como las mayores organizaciones políticas durante este período, requieren definir sus fronteras como parte del proceso de definirse a ellos mismos, pues tradicionalmente la legitimidad recaería sobre el Rey y la nobleza,

⁹⁵ Un ejemplo de esto sería el de la Iglesia, institución que llevó prácticas y una “cultura religiosa” a diversas partes del globo, sin importar nacionalidades o gobiernos locales, pero lo anterior sin dejar de lado la representatividad local en cada uno de los lugares en los cuales se establecía, manteniendo en muchos casos un gobierno representativo en sus propias estructuras a nivel local. Con la creación de los Estados Modernos se puede observar una mayor centralización de poderes, y aunque los ideales y doctrinas se vuelven, en esta igualdad y unidad en costumbres y legislaciones, más homogéneas, terminan siendo menos representativas a nivel local. Cfr. David A. Brading, “La Nueva España, Patria y Religión”, FCE, México, 2015, p.p. 41 – 44.

Benedict Anderson en “Comunidades imaginadas” reflexiona sobre la gran capacidad que tenían formas de organización anteriores a los Estados Nacionales contemporáneos, de abarcar y organizar a grupos poblacionales bastante heterogéneos, aún con fronteras territoriales y legales menos claras y específicas, por lo que, por el contrario, podían ser menos excluyentes. “Pero en la imaginaria antigua, donde los estados se definían por sus centros, las fronteras eran porosas e indistintas, y las soberanías se fundían imperceptiblemente unas en otras”, en Benedict Anderson, “Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo”, FCE, México, 1993, p. 39.

quienes tendrían cierta cantidad de poblaciones en vasallaje, sin embargo, en los Estados Nacionales Modernos, un elemento indispensable de legitimidad es el control sobre cierto territorio, pues éste se encuentra ubicado en un plano político-ideológico relacionado con la población en general y con las características de las personas que lo habitan, mismas que los diferenciarían de los habitantes de otras naciones.

Ninguna nación se imagina con las dimensiones de la humanidad. Los nacionalistas más mesiánicos no sueñan con que habrá un día en que todos los miembros de la humanidad se unirán a su nación, como en ciertas épocas pudieron pensar los cristianos, por ejemplo, en un planeta enteramente cristiano.⁹⁶

Así, los Estados Nacionales significaron no solamente una nueva forma en la que los grupos humanos del llamado “occidente” comenzaron a organizarse política e ideológicamente, sino que, en tanto ideología, representan también una nueva forma en la cual comenzó a ser comprendida la humanidad y el mundo, mismo que quedaría entonces dividido en Naciones, en las que a cada una de estas partes les corresponderían ciertas características comunes a ellos mismos y que los diferenciarían de los demás, como el compartir un pasado específico en común y, los mismos elementos y procesos culturales – civilizatorios.

Si se concede generalmente que los estados nacionales son “nuevos” e “históricos”, las naciones a las que dan una expresión política presumen siempre de un pasado inmemorial, y miran un futuro ilimitado, lo que es aún más importante.⁹⁷

De esta suerte, conforme los estados nacionales requerían desde fines del siglo XVIII y durante todo el siglo XIX de hacerse de un pasado propio que les brindara identidad, fueron cobrando nueva relevancia conceptos como los de cultura y/o civilización, pues representarían el resultado del devenir de una nación dada, a la par en que se avivaron los intereses arqueológicos de diversas naciones y gobiernos, ya en el capítulo anterior se revisó el interés de la Monarquía Hispánica de los borbones por

⁹⁶ Benedict Anderson, “Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo”, FCE, México, 1993, p. 25.

⁹⁷ *Ibíd.*, p. 29.

encontrar en sí misma similitudes con la antigüedad clásica, de quienes se sentían herederos al igual que muchas monarquías europeas, igualmente, estos nuevos intereses por la anticuaria propiciaron posturas similares en el Nuevo Mundo, en donde los americanos comenzaron a sentirse fuertemente atraídos por el pasado precolombino, el que también contaba con vestigios materiales de antiguas culturas, por las cuales comenzaron a sentirse no solamente curiosos, sino identificados, volviéndose la interpretación de estas antiguas culturas un sustento ideológico para las nuevas sociedades y Estados.

Es así que aún tras los movimientos independentistas en la América Española, o incluso, generalmente con más fuerza después de estos, se hizo presente el interés por hacerse de, o mejor dicho elaborar, la idea de un pasado común heredero de las antiguas culturas americanas, esto como parte de una búsqueda de identidad propia.⁹⁸ Así continuaron a principios del XIX exploraciones que pretendían averiguar acerca de la civilización de los antiguos mayas, y “descubrir” para el mundo a esta cultura, cuyos vestigios se encontraban aparentemente olvidados en las selvas de la América Media.⁹⁹

Para estos exploradores de la América Media, sobre todo después de los movimientos independentistas en la América Hispana, la búsqueda de esta civilización era más bien un “reencuentro” con un pasado ideal, con los conceptos de su propia cultura, sus teorías, ideas, visiones generales del mundo y, en particular, con sus propias concepciones acerca de las sociedades humanas, junto con la política y la geografía que las delimitan. Así en pleno auge de los nacionalismos y de movimientos del romanticismo, muchos de los exploradores de los vestigios mayas en este período iban al encuentro con esta “otredad” lejana de su propia contemporaneidad, pensando en encontrar pistas sobre los orígenes de la civilización o al menos en algunos casos, rastros

⁹⁸ “Por otra parte, la aparición de estas nuevas “naciones” no está precedida por movimientos que podrían ser calificados de “nacionalistas”, sino que resulta de la desintegración de dos construcciones políticas originales – la Monarquía hispánica y el Imperio luso brasileño – dotadas tanto de una gran heterogeneidad étnica como de una extraordinaria unidad cultural”, en Antonio Annino, François Xavier Guerra (coordinadores), “Inventando la Nación, Iberoamérica siglo XIX”, FCE, México, 2003, p.p. 8 – 9.

⁹⁹ Durante éste período no se utilizaba el término de “maya” por parte de los exploradores y anticuarios para definir a esta civilización, para los primeros exploradores esta era una civilización desconocida, e incluso John Lloyd Stephens dándose cuenta de que era una civilización autóctona no utiliza la palabra: “Más todavía, llegó a la conclusión de que la civilización maya (desde luego, no empleó la palabra “maya”) había sido una creación puramente autóctona, con lo cual daba a la América Media una historia propia en vez de una cultura tomada de Asia o África”, en Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p. 83.

sobre la identidad nacional de los pobladores de la región, la cual tras las independencias, comenzaba a quedar englobada en las fronteras de los nuevos Estados nacionales que se estaban conformando en esta parte del continente Americano.

Con la chispa que significó la invasión napoleónica a España en 1808, para el polvorín que se había ido creando en la América Hispana con el desarrollo de los movimientos criollos y, en general, con las inconformidades políticas acumuladas paulatinamente entre estos últimos por las doctrinas absolutistas de la monarquía borbón, comenzaron en los territorios de la corona movimientos que buscaban junto con una mayor participación política, una identidad propia como “americanos”. Como ya se trató en este trabajo, durante las tres últimas décadas del virreinato hubo el surgimiento de un interés por el pasado indígena de las tierras americanas, mismo que comenzó a tener un cariz identitario para los nacidos en estas tierras, pero a lo largo de los movimientos independentistas y sobre todo posteriormente a ellos, esta búsqueda de una identidad nacional propia respondía ya también a un alejamiento político y pretendidamente cultural con la metrópoli.

Este alejamiento y posterior ruptura de relaciones, puede ser atribuido a las nuevas formas de comprender al ser humano y, por lo tanto, a sus relaciones políticas, surgidas a partir de la ilustración, mismas que comenzaban ya a trastocar el orden cultural y las costumbres de los territorios americanos de la Monarquía Hispana.

Rara vez los criollos conservaban el orden de economía de sus padres y seguían la profesión que había enriquecido a éstos, los cuales, en medio de las comodidades que les proporcionaba el caudal que habían adquirido, tampoco sujetaban a sus hijos a la severa disciplina en que ellos mismos se habían formado. Deseosos de darles una educación mas distinguida y correspondiente al lugar que ellos ocupaban en la sociedad, los destinaban a los estudios que los distinguían a la iglesia ó a la abogacía ó los dejaban en la ociosidad y en una soltura perjudicial a sus costumbre.¹⁰⁰

En toda época son comunes los cambios de costumbres y paradigmas, sin embargo, desde la primera década del siglo XIX, el distanciamiento y posterior ruptura

¹⁰⁰ Lucas Alamán, “Historia de México”, 5 volúmenes (1849 – 1852), Tomo primero, Editorial Jus México, México, 1942, p. 16. Se puede observar en la presente cita, además de la crítica que hace Lucas Alamán a las actividades económicas de los sectores criollos de la población americana, el rompimiento que existe por parte de estos grupos poblacionales con las expectativas, formas de vida y actividades económicas más tradicionales.

con la monarquía parecía inevitable en la América española, toda vez que las políticas de la monarquía borbónica, influidas también por las ideas ilustradas, mismas que en la época permitían el acceso a nuevos conocimientos y a formas de organización cada vez más secularizadas, pretendían asimismo un control más centralizado de sus posesiones, mismo que atacaba los modos y las relaciones tradicionales de poder en las sociedades americanas.

Los ministros y funcionarios que se esforzaban en restaurar el poder y la prosperidad de la monarquía española desplegaron un intolerante desprecio con respecto a la cultura postridentina de la casa de Habsburgo, que había sido hasta entonces el sostén de la autoridad real. (...) El nuevo vocabulario político no era sino la expresión de un espíritu secularizado y utilitario que desechaba la antigua tesis de la misión providencial de España en el mundo como una “ilusión” que había contribuido a la decadencia del país.¹⁰¹

Tras la independencia de los distintos territorios americanos que pertenecieron a la Monarquía Hispánica, comenzó la apertura de éstos hacia los extranjeros, es decir, hacia personas que no provenían de territorios que habían pertenecido a la corona, y así, junto con nuevos idearios europeos y/u occidentales, llegaron personas con nuevas ideas e intereses que en varios casos se acoplaron bien a las ideas nacionalistas, ilustradas y románticas de la época en los nuevos Estados Nacionales surgidos en las Américas, en otros casos, sencillamente, se encontraban buscando oportunidades en los huecos sociales y económicos que había dejado la separación de las Américas de España.

La puerta, que había impedido la entrada a extranjeros interesados en conocer México o en participar en la explotación de sus recursos, se abrió al fin consumada la independencia del país. (...) Muy pronto comenzaron a llegar a México numerosos extranjeros: agentes diplomáticos, algunos aún no acreditados, inversionistas sobre todo atraídos por los recursos mineros del país, banqueros dispuestos a otorgar préstamos, intelectuales, pintores y otros artistas, así como otros deseosos de aventura y fáciles ganancias.¹⁰²

¹⁰¹ Antonio Annino, François – Xavier Guerra, “Inventando la Nación. Iberoamérica siglo XIX”, FCE, México, 2003, p.p. 41 – 42.

¹⁰² Miguel León – Portilla, prólogo, Frédéric de Waldeck, “Viaje Pintoresco y Arqueológico a la provincia de Yucatán”, Grupo Condumex, Fernández Cueto Editores, S.A. de C.V., México, 1997, p.11.

En este grupo de extranjeros llegados a México y a la América Media se encuentra nuestros siguientes investigadores interesados por los vestigios antiguos de la cultura Maya, estos claramente no eran ya enviados por la Corona, sino que por motivos diversos, se habían interesado por la civilización que había construido esos grandes vestigios arquitectónicos que se encuentran en la América Media, y sin embargo, ambos se caracterizan por buscar los orígenes de civilización a través de sus investigaciones en la América Media.

2.2.- Irlandés y chovinista centroamericano, Juan Galindo

Juan Galindo suele ser de los menos conocidos entusiastas decimonónicos de los vestigios mayas, si bien, sus aportaciones no fueron menores e, incluso, antecedió a John Lloyd Stephens en el descubrimiento de los vestigios de Quiriguá, mismos que Galindo bautizó primero como Motagua,¹⁰³ por el río mediante el cual se podía acceder a la zona. Galindo fue también el primero en identificar que los jeroglíficos mayas eran parte de una civilización autóctona, e incluso, como trataré más adelante, Galindo veía aún con un punto de vista difusionista de la cultura, el posible origen de ésta en las grandes ciudades mayas de la América Media. “Galindo can be credited as the first to recognize the hieroglyphic writing at Palenque and Copán as a uniquely Maya achievement, although he was mistaken about the role played by Tultecos.”¹⁰⁴

Puede decirse de Galindo que, como buen actor, supo en Centroamérica representar muy bien los papeles en los cuales trabajó, tanto el de militar como el de investigador y explorador en la nación que lo había acogido e, igualmente puede decirse, él había adoptado como propia, la República Centroamericana.

Nacido en Dublín Irlanda, en el año de 1802, dentro del seno de una familia católica, fue bautizado con el nombre de John. Gustav Stromsvik especula en su texto de 1946 “Las ruinas de Copán” que el apellido de John debió de haber sido Gallegher, en vez de Galindo, debido a lo poco probable de este apellido español en una familia de

¹⁰³ Cfr. Roxanne Dávila, “Los primeros pasos de la arqueología maya: exploradores y viajero en el siglo XIX”, en XX Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2006, P.p. 179 – 186, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Guatemala, 2006, p.183.

¹⁰⁴ Ian Graham, “Juan Galindo Enthusiast”, Estudios de cultura maya, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, Volumen 3, México, 1963, p.32.

actores ingleses. Sin embargo, la familia Galindo era en efecto de origen español y se habían establecido desde casi un siglo atrás en Londres y en el Oeste de Inglaterra, el fundador de esta familia inglesa de apellido español parece haber sido James Galindo nacido hacia 1705, quien inmigró a Inglaterra a temprana edad.¹⁰⁵

El padre de John (pues no cambiaría su nombre hasta formar parte del ejército de la república centroamericana) fue el actor y maestro de esgrima Philemon Galindo (1770 – 1840) su madre fue Catherin Gough, quien habría conocido a Philemon en el *Theatre Royal* en Bath, Inglaterra, entre 1794 y 1798, Catherin o “Kitty” era una actriz profesional de familia anglo-irlandesa, Catherin y Philemon se casaron en 1801 y tuvieron tres hijos: John (1802), Sarah (1803) y Philemon Alfred (1805).

No son muy conocidos los motivos por los cuales John emigró del Reino Unido, si bien sus padres no tuvieron un gran éxito en la actuación, pudieron contar con el mecenazgo de la actriz Sarah Siddons, y aunque su padre pudo haber mantenido una aventura extramarital con la señora Siddons, esta última fue madrina de la hija del matrimonio. Como sea, para 1818 John se embarcó hacia América, se dice que en la expedición de Lord Cochrane.

“(…) pintoresco y polémico comandante naval británico, que fue a Sudamérica a luchar por la independencia de Chile. De ser esto cierto, el muchacho tenía entonces sólo 16 años de edad; lo más probable es que haya ido a Jamaica, donde un tío suyo poseía una plantación de caña de azúcar.”¹⁰⁶

En 1827 John Galindo llegó a Guatemala, contando con buenas recomendaciones, en un principio se hospedó con el cónsul Británico John O’Reilly, trabajando como secretario y traductor, a fines de 1828 ya había sido nombrado superintendente de mejoras en el puerto de Iztapa, además de obtener, para diciembre de ese año, el grado de mayor en el 2do. Batallón de Honduras. Ya en 1829 participó en acciones bélicas y es herido en San Miguelito, ese mismo año “[...] se unió al ejército liberal invasor del general Morazán, creador de la Confederación Centroamericana. Para

¹⁰⁵ Samuel Galindo to Mrs. Charles Galindo, 28 Feb. 1873, Letter in possession of Mrs. R. H. Shepard, Camberley, Surrey, England, en *Ibíd.* p, 13.

¹⁰⁶ Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p. 36. Confróntese con Ian Graham, “Juan Galindo Enthusiast”, *Estudios de cultura maya*, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, Volumen 3, México, 1963, p. 16.

entonces ya había adoptado el nombre de Juan y obtenido la naturalización, constituyéndose además en un firme partidario de la confederación.”¹⁰⁷

Al parecer, para ese momento, Juan Galindo sentía ya un auténtico interés por la cultura, recursos naturales y economía de su país de adopción. Siendo ya un entusiasta ciudadano centroamericano, en 1830 comenzó también a trabajar para la recién restablecida Sociedad Económica de Guatemala, en donde fungía como traductor al español de libros ingleses y, hacia fines de ese mismo año fue nombrado miembro de la organización.

Puede decirse que si bien ya estaba entusiasmado por la cultura de su nación adoptiva, su interés por la arqueología comenzó en 1831, cuando al ser nombrado gobernador del Petén, la gran parte norte de Guatemala, ésta llamó fuertemente su atención, por lo que, por iniciativa propia, emprendió una exploración por el río Usumacinta y de ahí se adentró hacia el poniente hasta llegar a Palenque. “The date of this visit was April 1831, and within seven months a letter of some length describing the ruins was published in the *London Literary Gazette*.”¹⁰⁸

La carta de Galindo al parecer trasluce sus nuevos intereses, pues revela no solamente su interés por los territorios de su país de adopción, sino un renovado entusiasmo por la cultura del mismo, y en particular tras este viaje hacia Palenque, por el pasado de ésta, el cual Galindo imaginó glorioso.¹⁰⁹

Como investigador y anticuario se puede decir que Galindo realizó un trabajo adecuado para el momento, al menos en la parte descriptiva de la carta que envió a la *London Literary Gazette* en la que Galindo evita apasionarse y caer en teorizaciones, incluso no hace intentos por interpretar las figuras de estuco que llamaron particularmente su atención y básicamente se limita a describir con detalle las principales estructuras, dando detalles de sus medidas y orientación. En cuanto a los jeroglíficos, acertó al suponer que eran una forma de escritura y que ésta debió de ser propia de la región, e incluso, frente a imágenes que podrían remitirle a símbolos de su propia cultura, evitó hacer especulaciones sobre posibles relaciones entre los vestigios que

¹⁰⁷ Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p. 37.

¹⁰⁸ Ian Graham, “Juan Galindo Enthusiast”, *Estudios de cultura maya*, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, Volumen 3, México, 1963, p. 22.

¹⁰⁹ “Su atención pronto pasó de la economía a la arqueología, del deseo de beneficio personal a los sueños de ser aclamado por revelar las glorias de la América antigua.” en Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p. 37.

observaba y los de otras partes del mundo. “Al hablar de la Lápida de la Cruz, notó que el emblema era el mismo que usaban los cristianos, sin deducir por ello relación alguna entre las dos religiones.”¹¹⁰

De esta forma resaltan en su texto sus esfuerzos por no caer en dogmatismos, incluso al tratar sobre elementos meramente descriptivos, e intenta siempre mantener un carácter tentativo en la descripción de las figuras que observa, por ejemplo; “En la parte subterránea del Palacio, el número de lo que al parecer son lechos de piedra, me hizo suponer que se les usó como dormitorios.”¹¹¹

Poco después, Galindo enviará su detallada descripción a la *American Antiquarian Society*, a la *Société de Géographie* de París y a la *Royal Geographic Society* de Londres, estas sociedades científicas fueron durante la década de 1830 las principales promotoras de expediciones con fines arqueológicos y de anticuaria, en especial las llevadas a cabo en la zona maya, misma que a partir de la publicación del reporte del Capitán Antonio del Río en la imprenta de Henry Berthoud en 1822, causaban gran entusiasmo entre los dedicados a la arqueología y/o anticuaria. “Estas instituciones letradas dieron ímpetus a las investigaciones tempranas y fomentaron la comunicación, diseminación y publicación de los estudios mayas en esa época.”¹¹²

Galindo también conoció esta publicación del reporte de Del Río, y de hecho rechazó tajantemente las teorías del texto “Teatro crítico americano” de Paul Félix Cabrera que se incluye junto con el reporte en el texto impreso por H. Berthoud, mismas que proponen un rebuscado origen maya en el viejo continente y, propone en cambio, la teoría de que estos vestigios habían sido construidos por una civilización autóctona, misma que él sí encuentra posible que estuviera compuesta por los antecesores de los pobladores autóctonos centroamericanos de su tiempo y, de hecho, en este punto es donde comienza Galindo a plantear sus propias teorías y

¹¹⁰ *Ibid.* p. 38.

¹¹¹ “Mémoire de M. Galindo”, *Bulletin de la Société de Géographie*, 18, 1832, p.p. 207, en Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p. 39.

¹¹² Roxanne Dávila, “Los primeros pasos de la arqueología maya: exploradores y viajero en el siglo XIX”, en *XX Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2006*, p.p. 179 – 186, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Guatemala, 2006, p. 180.

“Hay cuatro sociedades que sobresalen dentro de este marco de investigación decimonónica: American Antiquarian Society, ubicada en Worcester, Massachusetts y fundada en 1812, Lyceum of Natural History of New York, situada en Nueva York y establecida en 1817, Royal Geographic Society, localizada en Londres y creada en 1830 y la Société de Géographie de Paris, ubicada en Paris y establecida en 1821.” Ídem.

especulaciones sobre la antigua cultura centroamericana y sobre la civilización humana en general.¹¹³

Los comentarios de Galindo sobre lo visto en sus exploraciones comienzan así a tomar un cariz nacionalista, si lo que da identidad a un Estado Nacional es la cultura en común y junto con ésta un supuesto origen o pasado en común que la gran mayoría de los miembros de ésta comparten, además de que en muchos casos también la idea de una etnia comúnmente compartida, Galindo muy probablemente ve en los antiguos vestigios mayas la prueba de la existencia de estos elementos en la nación centroamericana, mismos que además observó como pruebas de un pasado con una gran complejidad cultural, señal de que la región era propicia para el surgimiento de grandes civilizaciones.

La cultura maya antigua, decía, constituía el hecho más civilizado de la América prehispánica, que superaba con amplio margen a las culturas de México y Perú, con lo cual “salvaba a la América antigua del reproche de barbarismo”. (...) Como deber patriótico Galindo decidió informar al mundo culto de las maravillas antiguas de la América Central.¹¹⁴

Así, estando Galindo ya entusiasmado por la exploración de los antiguos vestigios mayas, a los que veía como una prueba frente a otras naciones de la unidad cultural y finalmente la grandeza de la nación centroamericana, no es de extrañar que participara con sus cartas en el concurso que ya desde 1826 había anunciado la *Société de Géographie* de París, mismo que ofrecía un premio en oro a la mejor descripción de varias ruinas antiguas de la región maya, tanto en Guatemala, Chiapas y Yucatán. Esta convocatoria tiene una buena difusión y encuentra una gran respuesta, por lo que termina reuniendo las obras de la gran mayoría de los investigadores, exploradores e incluso editores entre las décadas de 1820 y 1830. De esta forma Galindo consiguió una participación bastante exitosa en el concurso, enviando al mismo, junto con su carta sobre Palenque, la descripción de la torre de piedra que se encuentra en la isla Topoxte, de la laguna Yaxhá.

¹¹³ Cfr. Ian Graham, “Juan Galindo Enthusiast”, Estudios de cultura maya, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, Volumen 3, México, 1963, p.32.

¹¹⁴ Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p. 39.

Corroy, Waldeck y Galindo, junto con varios otros anticuarios, son contendientes por el premio de oro. En 1836 la Société de Géographie de Paris otorga tres premios de plata. Uno va a Juan Galindo por sus cartas enviadas a la sociedad. Henri Baradéré recibe otra medalla de plata por su edición de los reportes de 1805 – 1808 de Guillermo Dupaix y los dibujos de Luciano Castañeda. Edward King, también conocido como Lord Kingsborough, es otorgado con la tercera medalla de plata por su obra *“Antiquities of Mexico”* (de nueve volúmenes), con ilustraciones de Agustín Aglio. Francisco Corroy y Jean Frédéric de Waldeck reciben medallas de bronce, Corroy por sus cartas escritas a la sociedad sobre Palenque y Waldeck por sus dibujos.¹¹⁵

La Sociedad de Geografía de París no entregó el primer lugar a ninguna de las obras presentadas, argumentando que no cumplían con los requerimientos que habían sido anunciados en el concurso, sin embargo, en ese mismo año de 1836 se volvió a anunciar la medalla de oro y Galindo fue el único que envió más documentos para participar, entre estos documentos destacan: mapas, análisis lingüísticos y etnográficos, además de descripciones geográficas, topográficas y culturales de todos los estados de la Federación Centroamericana.

El conseguir la anterior documentación fue posible para Galindo gracias a su floreciente carrera político-militar en el Estado Centroamericano, misma que desde 1828 cuando todavía era ingeniero en el puerto de Iztapa no había dejado de ir en ascenso. Tras su nombramiento como gobernador del Petén en 1831, y siendo partidario de Francisco Morazán desde 1829, es enviado en enero de 1832 a Belice para conseguir apoyos para capturar Omoa, en Honduras, misma que se había levantado con intenciones secesionistas en contra de la Federación y de Morazán.

Ambos bandos buscaron activamente el apoyo de Reino Unido, por ejemplo, Manuel José de Arce y Fagoaga, uno de los principales opositores a Morazán y partidario secesionista que buscaba la independencia de El Salvador, escribió al superintendente de los asentamientos británicos en Belice Francis Cockburn, pidiéndole que no apoyara a Morazán y que por el contrario lo desconociera, Galindo quien era conocido de Cockburn cuando vivió con O'Reilly, el cónsul británico, también había buscado el apoyo del superintendente, en específico para armar un barco usando fondos

¹¹⁵ Roxanne Dávila, “Los primeros pasos de la arqueología maya: exploradores y viajero en el siglo XIX”, en XX Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2006, p.p. 179 – 186, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Guatemala, 2006, p. 183.

de los mercaderes británicos y poder atacar desde el mar a los secesionistas “(...) but this was a failure, and Cockburn decided on a policy of non intervention.”¹¹⁶

Finalmente, Omoa es capturada el 12 de septiembre de 1832, y Galindo junto con Agustín Guzmán fueron reconocidos con medallas al mérito por el Ministerio de Guerra y Marina Centroamericano. Con la paz restablecida temporalmente, Galindo fue nombrado comandante de Truxillo en enero de 1833, y al año siguiente, en febrero de 1834, para alegría de Galindo, se le ordenó hacer un reporte oficial de las ruinas de Copán, encargo al que se avocaría durante los meses de mayo y junio de ese mismo año junto con el Coronel Ingeniero Manuel Jonoma y Miguel Rivera Maestre. Ya en agosto de ese año Galindo recibió grandes extensiones de tierra en el Petén, para que se encargara de su poblamiento y gobierno.

En su reporte sobre Copán, Galindo destacó el origen cultural común de ambos asentamientos, aunque hace la distinción de que Palenque tiene construcciones “superiores arquitectónicamente.”

Comparing these ruins with those of Palenque, it can be seen immediately that their similarity suggests a common origin, in spite the fact that they differ in essential points.

Palenque was ruined and forgotten before the conquest, while the Spaniards found Copan in all its splendor, and yet the buildings and other works in Palenque are in a better condition than in Copan, owing to their superior architecture. Here in Copan there are not houses standing, as there are many in Palenque. Its building-stones are of diverse character, while those of Palenque are not more than 2 inches thick. The roofs in Copan were made of inclined stones, while those of Palenque are always horizontally placed. In Palenque they are cemented with mortar, while in Copan they are not.

In ancient times, with the exception of Palenque, Copan was undoubtedly the most remarkable city of Central America, since, if the Capital of the Quiches and Cachiqueles equaled it, there would have been left some signs of their superiority.¹¹⁷

Además de los detalles técnicos descritos con cuidado por Galindo en su informe sobre Copán, este texto destaca por contener algunas de las afirmaciones con

¹¹⁶ Ian Graham, “Juan Galindo Enthusiast”, *Estudios de cultura maya*, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, Volumen 3, México, 1963, p. 18.

¹¹⁷ Juan Galindo, “A description of the ruins of Copan”, Sylvanus G. Morley, “The Inscriptions at Copan”, *The Carnegie Institute of Washington*, Washington, 1920, p. 601. www.archive.org

tintes más nacionalistas hechas por él, pues, si bien, ya antes había afirmado que la civilización prehispánica de la América Central había sido superior a las de México y Perú, en el texto sobre Copán expuso sus teorías sobre el origen mismo de la civilización en la América Central, teorías que resultaron muy acordes con el ámbito del siglo XIX, en el que el nacionalismo era ya una parte fundamental de los Estados en su constante búsqueda de cohesión. Y la Federación Centroamericana, adoptada por Galindo como identidad nacional propia, seguía este mismo rumbo ideológico.

De esta forma, resulta comprensible que el descubrimiento o, mejor dicho, la construcción con base en poblaciones antiguas de un hipotético pasado común, junto con el establecimiento de un carácter nacional, eran en la época paradigmas muy importantes para occidente y, en general, para la política moderna/contemporánea.

Si la teoría de la historia de Galindo se lee teniendo como marco su época, resulta ser una abierta manifestación de nacionalismo. Hacia el fin del informe, él sugería esta idea cuando declaraba: “Ahora que la clase gobernante de este hemisferio tiene un interés directo en su fama y un amor filial por su pasado, la historia antigua de América se empezará a examinar y a escribir adecuadamente. El estudio de la historia de su propio país dará al pueblo de Centroamérica un patriotismo más refinado y un carácter peculiarmente propio”.¹¹⁸

Así, pueden verse en las teorías de Galindo las relaciones que existen en la edad contemporánea entre la identidad nacional, la idea de cultura y/o civilización y el gobierno o poder en turno, pues en un mundo secularizado, sin corporaciones que definan la pertenencia con base en una doctrina religiosa y en la interacción de ésta con el día a día de una comunidad, lo que define en el ideario occidental el papel de un Estado nación es el supuesto pasado común de su población y sus características culturales comunes (y secularizadas) entendidas como la base de su historia, civilización y desarrollo, y así, en la época moderna/contemporánea, pareciera que el pasado y la cultura específica de cada grupo humano, son factores que legitiman a los Estados y sus gobiernos en turno.

¹¹⁸ *Ibíd.* p. 45.

Galindo, posiblemente con un compromiso sincero con el Estado Nación en el que hizo su vida y, cabe decir, con el que obtuvo poder político y ganancias económicas, sabe poner muy bien estos elementos conceptuales en favor del Estado de la Federación Centroamericana. Por el orgullo “nacional” y admiración que muestra por los vestigios que exploraba, posiblemente lo hizo con un convencimiento sincero.

Ahora declaraba que la Federación Centroamericana ocupaba el propio suelo en el que había nacido la civilización. Su ataque al “orgullo falso y necio” del hombre blanco iba dirigido contra los europeos. Era fácil para el lector entender la implicación: si la civilización y el poder siempre se habían desplazado hacia el oeste, Europa e Inglaterra se hallaban en decadencia, mientras que los Estados independientes de la América Latina, encabezados por una nueva generación de dirigentes cultos, aguardaban para asumir la supremacía en el panorama mundial. Daba por acabados a los nativos contemporáneos de su región, explicando que su raza había concluido su ciclo. Su teoría de la historia no era ningún ejercicio académico; se había confeccionado cuidadosamente para justificar su propio orgullo tanto como el de su país de adopción.¹¹⁹

Así pues, estas teorías de Galindo no resultan tan sorprendentes, si se toma en cuenta el panorama ideológico y cultural del siglo XIX, en donde el nacionalismo era un elemento que se iba constituyendo como central, y en donde diversas manifestaciones de ideales “románticos” alentaban la lucha de la civilización contra la barbarie, lucha en la cual los Estados nacionales jugaban un papel que, supuestamente, ya les venía dictado por el pasado, o al menos por el ideal construido sobre éste, mismo que pretendidamente los coloca como ejes en el desarrollo y desenvolvimiento de los procesos culturales de los grupos humanos.

¹¹⁹ Ídem.

Vale la pena confrontar lo anteriormente expuesto con lo que señala Markéta Krízová en su texto “Retorno de la civilización a Quiriguá: arqueología maya y los juegos de poder y prestigio en Centroamérica en los siglos XIX y XX.” Donde señala que: “Desde sus inicios en el siglo XIX, la arqueología se ha encontrado bajo la influencia de las ideologías hegemónicas de la época, el nacionalismo y el imperialismo”, en Markéta Krízová, “Retorno de la civilización a Quiriguá: arqueología maya y los juegos de poder y prestigio en Centroamérica en los siglos XIX y XX”, *Entre Diversidades*, Número 13, julio – diciembre 2019, UNACH, México, p. 171.

Por ejemplo, Galindo en sus teorías inserta a la población indígena de su tiempo en un ciclo de decadencia posterior al gran esplendor civilizatorio que habían tenido en un imaginado pasado remoto, pasado del cual el nuevo Estado Nación, la Federación Centroamericana, con dirigentes mayoritariamente criollos, podría ser heredera de una nueva etapa de grandeza y gran desarrollo cultural.

Un caso similar e igualmente americano es el de los Estados Unidos, que todavía hasta principios del siglo XX, apoyado en sus propios discursos ideológicos e identitarios, con los cuales se ponía como heredero del espíritu del continente americano y de su pasado humano más civilizado, elaboró una ideología y políticas de apropiación del pasado cultural centroamericano. Discursos e ideologías que fueron adoptados y difundidos por compañías y capitales de esta nación durante las primeras décadas del siglo XX.

A través de tales formulaciones, los jefes de UFCo se autoestilizaban como seguidores de la raza atlante, aspirando a civilizar a los mayas de nuevo, a obligarles a realizar un trabajo regular y otorgarles todas las comodidades de la vida urbana. Gracias a la United Fruit Co., la selva volvería a ceder ante los campos y jardines, remplazando el cultivo original, el maíz, por el de plátano.¹²⁰

Volviendo con nuestros arqueólogos y anticuarios dieciochescos, en particular Galindo y su nacionalismo centroamericano, puede también con justicia atribuirse a Galindo el crédito de haber sido el primero en describir la zona arqueológica de Quiriguá hacia 1839, en una carta dirigida a la *American Antiquarian Society*, adelantándose así a Frederick Catherwood y a John Lloyd Stephens quienes la visitarían en 1840. Lamentablemente, esta expedición y descripción de vestigios de 1839, sería la última de

¹²⁰ Markéta Krízová, “Retorno de la civilización a Quiriguá: arqueología maya y los juegos de poder y prestigio en Centroamérica en los siglos XIX y XX”, *Entre Diversidades*, Número 13, julio – diciembre 2019, UNACH, México, p. 171. Confróntese con lo siguiente en el mismo texto de Markéta Krízová “También a los estadounidenses los afectó la “fiebre egipcia”, pero gracias a Stephens (entre otros) después de 1850 comenzaron a buscar sus propias raíces, en vez de tratar de apoderarse simbólicamente de las de fuera. En palabras del mismo Stephens, “los moldes del Partenón son considerados monumentos preciosos, y los de Copán resultarían lo mismo para Nueva York.” *Ibíd.* p. 175.

Galindo. Como encontró el sitio a orillas del río Motagua, Galindo bautizó a estos vestigios con ese nombre, no como Quiriguá que era la localidad más cercana. En su descripción, Galindo observa semejanzas entre las estructuras de Motagua y las de Copán, por lo que teoriza que las dos ciudades formaron tal vez parte de un imperio Chorti y que posiblemente Motagua fue la capital debido a que, de ambas, esta última cuenta con las estelas más grandes, además hace observaciones sobre la escritura presente en los sitios.

En esta carta, Galindo también propone que la escritura que se encuentra en los monumentos de Palenque, Copán y “Motagua”, se compone de jeroglíficos fonéticos, y que las inscripciones eran en un solo idioma que él denomina “pre – Chorti”. Al final de la carta, Galindo se autonombra como descubridor de estas ruinas y las nombra “Motagua”.¹²¹

Aunque a la obra de Galindo se le considera bastante descriptiva y en términos generales bien elaborada, sus aportaciones a la arqueología maya fueron relativamente modestas, pues en general estuvieron circunscritas mayoritariamente a Palenque, Copán y, en menor medida, a Topoxté, además de “Motagua”, de la que escribe su última carta con una descripción arqueológica. Aunque las descripciones de los sitios están hechas con calidad y algunas de sus teorías tienen algo de acertado, como el identificar los vestigios arqueológicos como productos de una cultura autóctona, en otras lo comienza a rebasar su exaltación nacionalista, por ejemplo, como ya he mencionado, al ver en Centroamérica la cuna de la civilización humana.¹²²

Hacia junio de 1839, la carrera política y la vida privada de Galindo no parecen ir mal, a pesar de los reveses diplomáticos que se llevó con la Gran Bretaña en sus intentos por crear asentamientos en Bocas de Toros en Panamá, y de la creciente enemistad con el sucesor de O’Reilly como cónsul británico, Frederick Chatfiel.

¹²¹ Roxanne Dávila, “Los primeros pasos de la arqueología maya: exploradores y viajero en el siglo XIX”, en XX Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2006, P.p. 179 – 186, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Guatemala, 2006, p. 183.

¹²² Cfr. Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.51.

En Junio de 1839 escribe una carta a su hermana Sarah comunicándole que se ha comprometido con Dolores Asturias, hija de Don Leocadio Asturias de la provincia de Guatemala, un terrateniente local.¹²³ Sin embargo, poco después sus deberes militares en la Federación lo reclamarían, Galindo partió con el jefe liberal Trinidad Cabañas para restablecer el régimen de Morazán en Honduras, pero los opositores de éste habían juntado nuevas y mayores fuerzas. “En enero de 1840, el ejército liberal se enfrentó a las fuerzas combinadas de Honduras y Nicaragua cerca de Tegucigalpa, Honduras, y salió derrotado. Al poco tiempo Galindo, un fugitivo que trataba de salir de territorio enemigo, fue asesinado por un grupo de hondureños.”¹²⁴

Dos meses después, el cónsul británico enemistado con Galindo, F. Chatfield, reportaría a Cockburn: “I forgot to mention that Colonel Galindo was shot at a village in the state of Honduras called Aguanqueterique. He was endeavouring to find his way to San Miguel, after the defeat of his chief Cabañas, when he fell in with a party of Honduran troops, who instantly destroyed him.”¹²⁵

Si bien Juan Galindo no obtuvo el amplio reconocimiento que buscaba con sus aportaciones arqueológicas, derivado esto, en buena medida, de circunstancias desfavorables, y a pesar de sus teorías más exaltadas sobre la cultura, sí hizo aportaciones importantes, por ejemplo, como hemos visto, en la escritura, pues fue el primero en identificar los jeroglíficos como rasgo distintivo de la civilización que posteriormente se conocería como maya, ver que eran un sistema de escritura, y señalar que eran compartidos en los sitios arqueológicos que investigó.¹²⁶

A fines de 1839, la *Société de Géographie* de París premia su segundo envío de reportes y documentos con otro segundo lugar, quedando nuevamente el primer lugar en vacante. Lastimosamente, Galindo no alcanza a ser informado de la nueva premiación de la sociedad “[...] fallece sin saber que su *corpus* total de investigación sobre la cultura e historia maya y la Federación Centroamericana, fue premiado con una

¹²³ Cfr. Ian Graham, “Juan Galindo Enthusiast”, Estudios de cultura maya, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, Volumen 3, México, 1963, p. 21.

¹²⁴ Cfr. Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.49.

¹²⁵ Ian Graham, “Juan Galindo Enthusiast”, Estudios de cultura maya, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, Volumen 3, México, 1963, p.p. 21 – 22.

¹²⁶ Cfr. Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.44.

segunda medalla de plata.”¹²⁷Aunque sus reportes arqueológicos no fueron tan difundidos como él hubiera querido, sus teorías no fueron tan revolucionarias (aunque varias de ellas nos permiten ver las ideas románticas y exaltaciones nacionalistas del siglo XIX) y su carrera militar y política, aunque decorosa, no terminó de la mejor forma, de alguna manera siguiendo la creencia familiar, entre las undécimas generaciones de la familia Galindo de la Gran Bretaña, Juan pudo hacerse un lugar para ser recordado en la Historia de la Arqueología.¹²⁸

2.3.- Jean Frédéric Maximilien de Waldeck, una vida pintoresca

De entre quienes se interesaron por la anticuaria y las exploraciones de los vestigios mayas en la América Central a principios del siglo XIX, Jean Frédéric Waldec protagonizó algunos de los episodios más llamativos en esta historia.

Siendo un hombre imaginativo y talentoso, Waldeck fue construyendo su propia fama en sus diferentes labores y ocupaciones, mismas que, además de la de viajero desde la infancia, fueron en diferentes momentos de su longeva vida (pues se dice que alcanzó los 109 años de edad) las de litógrafo, pintor, maquinista, dibujante, accionista de espectáculos teatrales, escenógrafo y cantante en algunas óperas. Sus experiencias de vida, de las que él mismo se volvió un maestro en relatar, conforman una larga serie de anécdotas entretenidas e interesantes en diversos aspectos de las artes y actividades a las que se dedicó y en donde solía plasmar un autorretrato de personaje “romántico y aventurero”, en términos generales, las más destacadas de estas actividades en su vida, se pueden dividir en tres períodos.

¹²⁷ Roxanne Dávila, “Los primeros pasos de la arqueología maya: exploradores y viajero en el siglo XIX”, en XX Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2006, p.p. 179 – 186, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Guatemala, 2006, p. 184.

¹²⁸ “Sabía que el destino le había reservado grandes cosas, porque el ciclo repetitivo de su genealogía hacía de él un hombre marcado. Al remontarse en busca de sus orígenes familiares hasta Codoveo, rey de Francia, y los duques de Aquitania, se convenció de que cada undécima generación de su familia regalaba al mundo un gran personaje, y él era la cuadragésima cuarta generación.” En Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.p. 35 – 36.

Sus viajes de juventud se extienden hasta 1822, cuando cumplió los 56 años de edad. Luego, casi durante los 14 años siguientes, fue un amante de la arqueología de la América Media. El resto de su vida – 39 años, para ser exactos – cultivó el arte de avanzar en edad sin envejecimiento aparente y continuó disfrutando de las tertulias animadas y la conversación amena.¹²⁹

Los detalles de su vida personal no son muy precisos, o al menos verificables, sobre todo en sus primeros años de vida, en su etapa de “viajero de juventud”, dependiendo del momento y/o del relato, decía haber nacido en París, Praga o Viena el 6 de marzo de 1766, y ser hijo de un noble alemán de la familia de Waldeck o de Waldestein – Würtemberg, de ahí que frecuentemente adoptara el título de “Conde de Waldeck”, y en algunas ocasiones y hacia el final de su vida el de duque.¹³⁰

Si esta fecha de nacimiento es veraz, es posible que en 1780, a los 14 años de edad, se haya unido a la exploración de François Levillant a África del Sur realizada con el propósito de estudiar a las aves y a los nativos. Regresó a Francia en 1785 e interesado por la pintura se acogió como alumno de Jaques Louis David, considerado el pintor más destacado de su tiempo, aunque también existe la versión de que estudió con el maestro de David, Joseph Vien o con Pierre Prud'hon. Además de con su conocido profesor de pintura, al parecer también se asoció con otros personajes prominentes de su tiempo, pues, por ejemplo, pudo también haber entablado contactos con Jorge III, Lord Byron, el barón Von Humboldt, e incluso, con la misma reina María Antonieta, a quien dice haberla visitado en prisión junto con su círculo de amigos y, de tal posible visita, “(...) tres cuartos de siglo después, pintó de memoria un retrato de la desdichada reina.”¹³¹

Como todos, un hombre de su tiempo, aunque bastante más notorio que muchos otros en la aplicación de las teorías más populares de su época, la vida de este aventurero resulta, al menos en los relatos, una muestra de varias ideas románticas y de las teorías artísticas y arqueológicas de la época, como el difusionismo,¹³² mismas que, inevitablemente, en el carácter ecléctico particular de Waldeck, dieron como resultado

¹²⁹ Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p. 52.

¹³⁰ Cfr. *Ibid.* p. 53.

¹³¹ *Ídem.*

¹³² “Esta corriente arqueológica parte de la premisa de que todas las civilizaciones son derivadas directas de otras llamadas *nucleares*;...”, en María González de León, “Improbables retratos de Palenque y los mayas, cortesía de un excéntrico conde”, Más de México, Revista online, sección Pasado, 4 de octubre 2019.

una mezcla única, y fantasiosa, en sus dibujos sobre los vestigios mayas. “La manera en que Waldeck ficcionó y fusionó su vida y su obra resulta notable. Tal pareciera que, además de ser un representante del difusionismo, podría ser considerado una gran influencia de las prácticas artísticas contemporáneas y sus bases teóricas.”¹³³

Así, el mismo relato de la vida y obras de Waldeck resulta “pintoresco”, sus datos biográficos y sus aventuras de juventud llenas relatos grandiosos y bien contruidos, pero que a la vez no se les pueden ver dimensiones claramente contextualizadas y definidas, pueden verse, curiosamente, como exponentes de este estilo artístico e ideológico romántico-pintoresco.

Sin embargo, la representación gráfica de los objetos debía ser producto final de un conjunto de ideas y conceptos – prejuicios y valores morales, referentes culturales y modelos estéticos – a los que ni el propio lector “científico” podía abstraerse. Si ya era difícil decidir finalmente si los referentes reales que se veían al pie de obra eran una “máscara” o un “elefante” (caso de los dibujos de Palenque de Waldeck, que sí estuvo sobre terreno varios años).¹³⁴

De esta suerte, Waldeck comienza a construir un relato de los vestigios mayas en la América Media, en el que aparecen enmarcados otros varios ideales estéticos y culturales occidentales del siglo XIX. En Waldeck, quien al parecer había trascendido sus primeros años de vida aún en el antiguo régimen de los Borbones Franceses Ilustrados y Despóticos, no aparecen los discursos nacionalistas, no tiene la idea central, a diferencia de Galindo, de apropiarse de un pasado para elaborar un discurso que defina las características propias de la Nación Centroamericana y de la civilización que puede desarrollar (apropiación que sigue teniendo impronta moderna-occidental, claro está), sino que Waldeck desarrolla una comparación, en donde nuevamente absorbe y busca

¹³³ Ídem.

¹³⁴ Antonio E. de Pedro Robles, “La Real Expedición Anticuaria de México (1805 – 1808), y la representación del imaginario indianista en el siglo XIX”, en *Anales del Museo de América*, volumen XVII (2009), p. p. 59 – 60. William Gilpin (1724 – 1804) resume en su tratado sobre teoría pintoresca que: “(...) hagámoslo agreste y lo haremos así pintoresco”, *Ibíd.* P.55. Sobre lo pintoresco y “Tres ensayos sobre la belleza pintoresca” Antonio E. de Pedro Robles también señala “En Gilpin, esta categoría estética suele plasmarse precisamente cuando descubre el encuentro de elementos pertenecientes a dos o más ámbitos de la realidad, o como la concepción pictórica evoca, ideas que van más allá de la mera experiencia visual.” *Ibíd.* p. 56.

integrar este pasado humano centroamericano, o al menos el discurso que elabora sobre éste, en el discurso del pasado europeo u occidental, visto este como el desenvolvimiento de una historia universal.

Para empezar, Waldeck sigue toda una línea de pensamiento que, desde los primeros viajes a América, pretende no sólo dilucidar los orígenes de los pueblos que habitan este continente, sino asimilar este origen a una serie de historias irresolutas o misterios de orden bíblico. (...) Esto, sumado a su declaración epistemológica de corte moderno que defiende una explicación objetiva e inductiva de una probable asimilación de Oriente a América, nos permite pensar que en esta analogía se encuentra la influencia más notoria del orientalismo en este viajero.¹³⁵

Es así que Waldeck continúa con una teoría difusionista, buscando nuevamente el origen de las culturas centroamericanas en el pasado del viejo continente, asimilándolas así a los marcos de la historia del mundo que se elaboraba tradicionalmente en Europa, y en el occidente moderno en general. A diferencia de Galindo, quien llega en sus planteamientos a invertir el orden de las teorías difusionistas, suponiendo un origen centroamericano de la cultura mundial, Waldeck está siguiendo el modelo tradicional de estas teorías y, sin embargo, omito llamarlo el modelo clásico, pues precisamente evita centrar el foco de esta supuesta influencia del viejo continente en el pasado de Grecia y Roma. “El modelo explicativo que dé cuenta de este origen podría ser, evidentemente, la misma Europa (Grecia y Roma), y llama la atención que Waldeck lo descarte dada su formación estética clásica. ¿Por qué, entonces, acude al modelo oriental para acertar con una explicación?”¹³⁶

Para Waldeck, el origen de la civilización americana se puede rastrear desde un pasado aún con tintes bíblicos, si bien tiene posturas fuertemente anticlericales que continuamente ponen en duda las explicaciones de tipo teológicas y escolásticas que ya habían dado los misioneros españoles y europeos sobre el origen de los pueblos americanos, él propone un origen proveniente del mediterráneo y del oriente próximo al de las culturas de Centroamérica.

¹³⁵ Carolina Depetris (editora), “Viajeros por el mundo maya”, UNAM, Mérida, 2015, p. 26.

¹³⁶ Ídem.

Consecuentemente, no es de extrañar la forma en la que habla sobre Egipto y oriente en la introducción de su obra “Viaje pintoresco y arqueológico a la provincia de Yucatán”, en donde señala a estos lugares como la “cuna de la civilización” y como una fuente de conocimientos de donde Europa ha abrevado para constituirse en lo que es, de esta manera con marcado cariz difusionista, Waldeck ubica el origen del conocimiento y de la cultura en el oriente próximo.

Mucho se ha escrito sobre Egipto, mina de información para la ciencia. Hoy día el Oriente ya no tiene secretos para la Europa sabia; se ha explorado en toda su extensión la cuna de la civilización antigua. Por decirlo de alguna manera, a la arqueología y a la historia sólo les queda espigar en aquellas bastas tierras cuyos nombres Moisés y Jesucristo inscribieron indeleblemente en los fastos de la humanidad.¹³⁷

De esta manera, Waldeck nos muestra también, de cierta forma, en sus teorías y planteamientos sobre la civilización en la América Central, pues en éstos translucen sus creencias e ideales, una transición entre la Europa cristiana tradicional y la cultura moderna ilustrada y posteriormente romántica decimonónica, precisamente, el período de transición entre ambas, el cual Waldeck transitó entre su juventud y madurez.

Otra experiencia de viaje que seguramente influyó a Waldeck en su juventud, además de su expedición por el sur de África, fue su participación en la campaña napoleónica en Egipto, o al menos, si esto último resulta una invención, su viaje a esas tierras fue factible entre 1798 y 1801, período en el que además de los hechos de armas de las campañas napoleónicas, la Egiptología y la arqueología en Medio Oriente en general, cobraban popularidad y estaban en auge.

No está claro qué papel desempeñó Waldeck en Egipto, pues al parecer ya no era soldado. Pero él esparcía rumores de que se había relacionado con Étienne Geoffroy Saint Hilaire y Edmé François Jomard, ambos jóvenes de veintitantos años que luego tendrían renombre como científicos, y que incluso habían ganado cierta atención social del propio Napoleón. Pero cuando fracasó la campaña de Egipto, en vez de regresar a Francia, Waldeck abordó nuevas aventuras.¹³⁸

¹³⁷ Frédéric de Waldeck, “Viaje Pintoresco y Arqueológico a la provincia de Yucatán”, Grupo Condumex, Fernández Cueto Editores, S.A. de C.V., México, 1997, p. V.

¹³⁸ Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.p. 53 - 54.

Acerca de las aventuras que Waldeck contaba, y la imagen de artista-explorador que le gustaba construir sobre los acontecimientos de sus viajes, cabe decir que estos relatos lo convirtieron, en cierta medida, en una celebridad. Hacia la última etapa de su vida, cuando disfrutaba de cenas y cafés en las terrazas parisinas, era común observarlo paseando en el día por los bulevares de París, y por las noches contando con gran soltura sus anécdotas frente a un público que lo idolatraba. Waldeck, quien continuó recibiendo 1 500 francos anuales por parte del *Institut de France* después de la caída de Napoleón tercero, era un gran anecdotista, esto antes del 30 de abril (o mayo) de 1875, día en que, según la anécdota, estando en la terraza de un café, volteó fatídicamente la mirada hacia una linda chica que pasaba y “(...) tuvo un síncope y murió.”¹³⁹

Sobre estas anécdotas de la vida de Waldeck, algo cuestionables en su veracidad, Brunhouse señala que en 1947 Howard F. Cline publicó un artículo en el que determina que muchas de estas anécdotas no se pueden comprobar, e incluso hay que tener presente que tanto su fecha de nacimiento, así como su variable y sibilino lugar de nacimiento no han sido verificables, lo anterior no quita que como pintor fuera muy talentoso y que verdaderamente a partir de 1825 se interesara y elaborara obras sobre el pasado del México precolombino y los vestigios mayas de la América Central, sin embargo, esto nos muestra elementos importantes de la personalidad de Waldeck, retratándolo como alguien con tendencia a romantizar sus anécdotas y darle un toque fantasioso a muchas de ellas.¹⁴⁰

Waldeck se interesó por la América Central leyendo, pues estando en Londres con alrededor de 50 años, o más según su fecha de nacimiento oficial de 1766, conoció al librero y editor Henry Berthoud, quien le facilitó el acceso a un manuscrito que despertó un gran interés en él, se trataba de una copia del informe sobre Palenque que en 1786 había realizado el Capitán Antonio del Río, acompañado del dibujante Ricardo Almendáriz. “Las figuras humanas, que en él se representaban, avivaron su imaginación hasta hacerle suponer que podía tratarse de personas llegadas a Palenque procedentes de Egipto o de algún lugar de Asia.”¹⁴¹

¹³⁹ *Ibíd.* p. 80.

¹⁴⁰ “Como Cline no se encontró con pruebas negativas, fue circunspecto en lo que decía, pero el efecto acumulativo de sus descubrimientos transformó la historia de Waldeck en fanasía” en *Ibíd.* p. 55.

¹⁴¹ Miguel León – Portilla, prólogo, Frédéric de Waldeck, “Viaje Pintoresco y Arqueológico a la provincia de Yucatán”, Grupo Condumex, Fernández Cueto Editores, S.A. de C.V., México, 1997, p.16.

El interés que el texto despertó en él hizo que convenciera a Berthoud, con quien ya entablaba cierta amistad, de publicar el informe Del Río junto con los dibujos de Almendáriz, también decidieron acompañar el informe con el texto de Paul Félix Cabrera titulado como “Teatro crítico americano”, en donde por cierto, cabe recordar que Cabrera hace una muy elaborada exposición de teorías difusionistas y de contactos transatlánticos, donde argumenta que los antiguos palencanos pudieron haber sido cartagineses, que durante sus guerras contra Roma tuvieron que emigrar, junto con estos remotos orígenes mediterráneos, no descarta la influencia de las 12 tribus de Israel, remontando a Palestina el origen de la dinastía de los “culebra”.¹⁴²

Waldeck aceptó traducir al inglés lo escrito por Del Río, así como reproducir en litografía los dibujos de Almendáriz. Lo segundo fue la parte más difícil de su trabajo. En muchos casos no le resultaba claro qué era lo que representaban esos diseños de figuras humanas con atavíos y otros objetos extraños, así como con signos jeroglíficos desconocidos. Aunque Waldeck llegó a dudar de la fidelidad de lo representado por Almendáriz, dio fin a su tarea lo mejor que pudo.¹⁴³

Esta publicación fue pionera en interesar a un público europeo por los sitios arqueológicos de la América Central, y en cierta medida de América en general, y así no solamente “la puerta que impedía la entrada” a extranjeros provenientes de fuera de los territorios de la Monarquía Hispánica se abría tras los movimientos independentistas de la

¹⁴²Paul Félix Cabrera desarrolla en su texto “Teatro crítico americano” una compleja teoría sobre el origen de los palencanos, centrándose esta en el héroe maya Balún Votan y su peregrinaje, en donde argumenta su origen en el viejo continente, basándose en la “Constitución Diocesana” que redactó el obispo de Chiapas Francisco Núñez de la Vega en 1702, de donde supo sobre este personaje, menciona que: “Among the many small historical works that into the hands of this illustrious prelate, (...)one that was written by Votan, of whom he speaks as follows in no. 34, section 30, of the preface to his Constitutions: ‘ Votan is the third gentile placed in the calendar, he wrote an historical tract, in the Indian idiom,...’ ” En Paul Félix Cabrera, “Teatro crítico americano”, published by Henry Berthoud, London, 1822, books.google.com p. 30.

Después de un largo desarrollo sobre los orígenes de este personaje, en donde compara la mitología Egipcia, griega y pasajes bíblicos con algunos relatos y términos indígenas, expone que Votan y su pueblo fueron colonos del mediterráneo en el Nuevo Continente: “Votan’s derive his origin, for this reason, among many others, that I omit in order to avoid fatiguing the reader, that the Atlantides were not of the race of the Culebras. Votan’s family must, therefore, be sought for among some of the maritime heroes of succeeding ages. [...] At the time Diodorus alludes to, the Republic of Carthage was in the zenith of its splendour, for it was then able to intercept the expedition sent against the island by the Romans, with the intention of establishing their dominion in the same. This epoch must have been a little prior to the first Punic War; the commencement of the kingdom of Amaguemecan was at some period during the progress of that contest; this kingdom was not however of long continuance, and its ruin gave rise to that of Tula.” *Ibíd.* p.76

¹⁴³Miguel León – Portilla, prólogo, Frédéric de Waldeck, “Viaje Pintoresco y Arqueológico a la provincia de Yucatán”, Grupo Condumex, Fernández Cueto Editores, S.A. de C.V., México, 1997, p.16.

América Hispana, sino que también se abría una ventana (o espejos, tal vez) para los europeos y otros occidentales provenientes de diversos territorios y/o naciones, para contemplar los paisajes, la historia y la cultura de las Américas; por ejemplo, en ese mismo año de 1822 Alejandro von Humboldt, desde la Ciudad de México, publicaría su célebre “Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España”.¹⁴⁴

De esta manera México y Centroamérica comienzan a formar parte del imaginario occidental de una manera diferente a como lo habían sido antes, pues con este renovado interés por estos territorios, viene un igualmente reanudado interés por el pasado prehispánico, mismo que, a ojos de muchos europeos como Waldeck, parece que éste debe de constituir una pieza perdida del pasado del viejo continente, pues si no, no se explicaría con las teorías de la primera mitad del siglo XIX, de donde llegaron las formas más monumentales de civilización que se observan en los vestigios precolombinos, teorizándose así continuamente, a modo de incorporación ideológica de las américas en occidente, una conexión entre la historia de América y la historia del Viejo Continente, cristiano e ilustrado, en donde Europa y Asia, particularmente el Cercano Oriente, aparecen como los sitios de origen de las culturas.

1) Waldeck, influido muy probablemente por la dialéctica histórica de Hegel y por la ley de los tres estados de Comte, confronta Europa (no española) y América y encuentra que la segunda está en un estadio “infantil” frente a la primera que se encuentra en un “periodo positivo”, de síntesis madura en las artes, la ciencia y la política.

2) Esta confrontación impide reconocer un origen indígena de los habitantes y edificios americanos porque la lógica indica que pueblos “infantiles” no pudieron concebir obras maduras (tan poderosas y vastas, dice Waldeck, “como nuestras más grandes capitales de Europa”).¹⁴⁵

Consecuentemente, si el pasado en común de los antiguos pueblos americanos con Europa no era directamente clásico, resulta lógico, en cierta medida, suponer que se encuentra en las raíces cristianas de la cultura europea y/u occidental, por ejemplo, en la leyenda de las tribus perdidas de Israel, misma que tiene ciertas bases históricas, la que si bien se sitúa en el Cercano Oriente, formaba ya parte del imaginario occidental desde bastante tiempo antes del nacimiento de Waldeck, quien se decanta por atribuir un

¹⁴⁴ *Ibíd.* p. 11.

¹⁴⁵ Carolina Depetris (editora), “Viajeros por el mundo maya”, UNAM, Mérida, 2015, p. 26.

origen hebreo a los constructores de Palenque y, a los de Uxmal hasta cierto punto, aunque también encuentra ciertas “similitudes formales” en estas últimas ruinas con pueblos cartagineses, ammonitas, ofiritas y egipcios.¹⁴⁶

Es de esta forma que para Waldeck, el pasado de México y Centroamérica conecta con el pasado y la tradición europea, esto a través de Oriente, mismo que para Waldeck, encuentra una continuación en las antiguas culturas americanas, con las cuales las teorías difusionistas y transatlánticas de la época buscaron un reencuentro, entre sus teorías e identidades, y los vestigios materiales que se exploraban, nuevamente, en los territorios americanos.

Desde finales del siglo XVIII Europa está plenamente sumida en el estudio científico de las múltiples culturas y tradiciones orientales, estudios atravesados por “ideological suppositions, images and fantasies about a currently important and politically urgent region of the world called the Orient” (Said, 1985, 90).¹⁴⁷

De esta forma, las culturas del continente Americano son interpretadas en Europa como si fueran una extensión del Oriente, de esos hombres no europeos que igualmente fueron capaces de grandes obras civilizatorias, pero que, sin embargo, son diferentes, y en la comparación europea u occidental de las civilizaciones quedan relegados a un segundo plano frente a Europa.

Así, imbuido por el ámbito investigativo y romántico de su época, y por la lectura del reporte Del Río y de la obra de Cabrera, Waldeck viaja a México en 1825 con el propósito claro de llevar a cabo una exploración de los vestigios mayas.

Según sus propios relatos, esta sería la segunda ocasión en que el imaginativo conde pisaría suelo americano, pues en ocasiones relataba que él también se había embarcado hacia Chile en la expedición libertadora del Capitán Cochrane, misma expedición en la que, probablemente, había viajado John Galindo a América, sin embargo, si este viaje de Galindo no es del todo claro, en el caso de Waldeck es un tanto más dudoso, pues las fechas no coinciden, la expedición de Cochrane se embarcó en 1819 y estuvo activa dos años, hasta 1821. Waldeck habría tenido que dejar la

¹⁴⁶ Cfr. *Ibíd.* p. 27.

¹⁴⁷ Carolina Depetris, “El héroe involuntario Frédéric de Waldeck y su viaje por Yucatán”, UNAM, Mérida, 2014, p. 22.

expedición y regresar a Europa tan sólo unos meses después de haberse embarcado, pues se sabe que en 1820 se casó con María Iarrow, y del matrimonio hacia finales del mismo año nació su hijo Fritz.¹⁴⁸

Además, para 1822 ya se encontraba trabajando con Berthoud, con quien ya había entablado cierta amistad, en la traducción al inglés y la reproducción de las láminas de Almendáriz para la edición que publicaron del reporte Del Río, misma que salió junto con el texto de Cabrera. “Es claro que en 1822 Waldeck se hallaba en Londres y había conocido a Berthoud, el librero y editor.”¹⁴⁹

Sobre su llegada a México en 1825, sí hay cierta evidencia que se puede corroborar, pues para financiar su viaje y sus planes de exploraciones arqueológicas, entró como ingeniero hidráulico a trabajar en una compañía inglesa que operaba una mina de plata en Tlalpujahua, Michoacán.

De Portsmouth a Tampico el viaje llevó casi dos meses, hasta el 11 de mayo de 1825 en que desembarcaron en tierras mexicanas.

Waldeck expresa su admiración por algunas construcciones, en especial iglesias. De aquello que más le sorprende hace bocetos, dibujos y algunas acuarelas. Varios de esos trabajos se conservan sobre todo en la Biblioteca Nacional, en París, y en la Colección Ayer de la Biblioteca Newsberry, de Chicago.¹⁵⁰

Gracias a las 400 libras esterlinas anuales que recibía de sueldo como ingeniero de la compañía minera, Waldeck pudo comprar algunos instrumentos que le servirían posteriormente en sus exploraciones, además, de poderles mandar cierto dinero a María y Fritz, pero prontamente comienza a tener problemas con algunos funcionarios de la mina, en particular con Ravifinoli, el administrador italiano, quien lo reconvenía a no distraerse con asuntos ajenos a su trabajo en la mina; además, al menos en una ocasión lo reprendió por haber vendido algunos de los objetos que Waldeck mismo había traído, pero que habían sido pagados y transportados con recursos de la mina.

¹⁴⁸ Cfr. Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p. 54.

¹⁴⁹ Idem.

¹⁵⁰ Miguel León – Portilla, prólogo, Frédéric de Waldeck, “Viaje Pintoresco y Arqueológico a la provincia de Yucatán”, Grupo Condumex, Fernández Cueto Editores, S.A. de C.V., México, 1997, p.18.

Waldeck, por su parte, argumentaba que incluso había diseñado tres modelos de máquinas en beneficio de la mina, además, señala que se había encontrado enfermo y que atormentaban su cuerpo los mosquitos, las niguas y las garrapatas,¹⁵¹ en su diario, señala que tan sólo un año después de haber comenzado a trabajar en la minera, un ingeniero de apellido Galli, le sugirió que dejara la compañía inglesa y que se trasladara a la ciudad de México, en donde el clima le sería más benigno y seguramente podría abrirse mejor camino. “Así, Waldeck viaja a México y, tras un rápido retorno a Tlalpujahua, establece su residencia en la capital, la que se prolongará hasta febrero de 1832.”¹⁵²

Ya en la capital, muestra interés por los hallazgos arqueológicos de la Coatlicue y de la Piedra del Sol, y así, con nuevos ánimos por conocer y dar a conocer Palenque, primer motivo por el que se había interesado por visitar México, consigue una entrevista con Lucas Alamán, quien era entonces Ministro del Interior, quien termina aceptando una doble propuesta de Waldeck, asumiendo la presidencia de la junta que patrocinaría los estudios y la obra que resultaría de ellos. “Por una parte, solicitaba autorización para viajar a Palenque y realizar un estudio; por otra, se proponía publicar por subscripción pública una obra, con más de 200 láminas, que él dispondría para dar a conocer lo más importante de ese lugar arqueológico”.¹⁵³

Habiendo por fin organizado su exploración de Palenque, Waldeck sale de la ciudad de México a mediados de febrero de 1832 hacia Veracruz, de ahí se embarcó hacia el puerto de Frontera en Tabasco, posteriormente pasó a San Juan Bautista, hoy Villahermosa, y de ahí, por fin, casi dos meses después de haber salido de la ciudad de México, arribó a Santo Domingo de Palenque. “El 13 de mayo, acompañado de quien iba a fungir como encargado de los trabajos de carácter geográfico y astronómico, Francisco Foudriat, y de otros dos franceses a los que pronto despidió, contempló al fin las ruinas de la antigua ciudad maya.”¹⁵⁴

Frente al estado de deterioro en que vio por vez primera las ruinas, Waldeck reaccionó queriendo informar del problema al gobernador de Chiapas y, además, culpando al alcalde de Santo Domingo de Palenque de la situación.

¹⁵¹ Cfr. Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.57.

¹⁵² Miguel León – Portilla, prólogo, Frédéric de Waldeck, “Viaje Pintoresco y Arqueológico a la provincia de Yucatán”, Grupo Condumex, Fernández Cueto Editores, S.A. de C.V., México, 1997, p.18.

¹⁵³ *Ibíd.* p. 19.

¹⁵⁴ *Ídem.*

El interés despertado en Waldeck por los vestigios de las antiguas culturas americanas, particularmente en Centroamérica, parece sincero, pues es frecuente encontrar en sus textos la idea que tiene de que no debe dejar inconclusa su tarea de dar a conocer a Europa los descubrimientos que ha hecho en las zonas arqueológicas americanas, además, esta postura realzaba su imagen de aventurero e ilustrado con la que gustaba presentarse.¹⁵⁵

Waldeck, gustoso de mantener esta imagen, e interesado por los sitios arqueológicos que visitaba, también fue crítico frente al saqueo que sufrían varias de estas ruinas. Sin embargo, no se puede negar que él mismo fue parte del problema que acusaba y, aunque al contrario de lo que se le llegó a señalar, él no pretendió sustraer grandes cantidades de objetos arqueológicos para entregarlos a coleccionistas o museos en el extranjero, es cierto que movió y desprendió algunas piezas como parte de su particular método de trabajo, con la finalidad de dibujarlas y sacarles copias en estuco, además, él mismo consigna en su diario haberse llevado un “ídolo de jaspe” y una pieza de oro en forma de cabeza humana.¹⁵⁶

Una plausible explicación a esta forma de proceder de Waldeck, se encuentra en que él como artista y talentoso dibujante, se sentía muy capaz de interpretar las expresiones culturales y/o artísticas del pueblo que estaba investigando, posiblemente, a su parecer, su sensibilidad y conocimientos le permitían reconocer la estética y los significados de las obras de los antiguos habitantes de los vestigios que visitó, en particular de Palenque. También, cabe decirse que en su obra, las interpretaciones que hace, parten de esta comprensión estética que pretende realizar de los edificios y de las piezas que encuentra, a partir de la que él infiere los significados de lo que observa, siendo entonces el registro visual de las mismas la parte fundamental de su trabajo.

En su diario consigna que la primera forma de organizar su trabajo mientras se encontraba en campo fue por jornadas, pero posteriormente consideró más conveniente el organizarlo temáticamente, con base en los temas que pretendía comprender de las piezas que estudiaba y que plasmaba en sus dibujos. De esta manera, la “reconstrucción” que hace de las piezas y el poderlas copiar o “reproducir” formaban una parte esencial

¹⁵⁵ Cfr. Frédéric de Waldeck, “Viaje Pintoresco y Arqueológico a la provincia de Yucatán”, prólogo de Miguel León – Portilla, Grupo Condumex, Fernández Cueto Editores, S.A. de C.V., México, 1997, p.7.

¹⁵⁶ Cfr. Miguel León – Portilla, prólogo, Frédéric de Waldeck, “Viaje Pintoresco y Arqueológico a la provincia de Yucatán”, Grupo Condumex, Fernández Cueto Editores, S.A. de C.V., México, 1997, p. 20.

de su metodología de trabajo, por lo que mover piezas de lugar para sacar moldes de ellas o hacer interpretaciones artísticas de las mismas no le significaban ningún problema, pues él consideraba que seguramente con su preparación y talentos las estaba interpretando adecuadamente, además, tenía que mostrar a los lectores de su obra lo que él había podido ver e interpretar de los vestigios que visito.

Porque, de hecho, serían los registros visuales los que darían fe de lo que él – y ¡sólo él! – había visto y comprendido en su verdadera significación. [...] Es en la segunda organización de su acervo que procura adecuar su orden a las necesidades de comprensión de un hipotético público lector al que, finalmente, está destinado. Entendemos, pues, que como buen artista documentador, el registro regular de su trabajo intelectual, donde fragua su estudio e interpretación de las ruinas, está en los dibujos.¹⁵⁷

Cuando Waldeck pudo comenzar a dar a conocer sus trabajos, después de que el gobierno mexicano suspendiera sus exploraciones en 1836, sus métodos e interpretaciones no fueron tan criticados e incluso tres décadas después, en la introducción del libro sobre Palenque de Charles Étienne Brasseur de Bourbourg, en donde Waldeck pudo publicar la mayoría de sus dibujos y grabados, Bourbourg opinó que es natural para el tipo de estudios que ambos emprendieron la manera en la que Waldeck procedió, al establecer interpretaciones y analogías con otras culturas a partir de sus reconstrucciones artísticas “[...] incluso elogia la construcción de ese tipo de analogías, y retóricamente pregunta <<¿no son acaso esas comparaciones las que están destinadas a lanzar más luz sobre los orígenes de las razas y de las naciones?>>”.¹⁵⁸

Cabe señalar que ya en 1860 su metodología sí le valió algunas críticas, objetándosele el ir más allá de lo que su oficio de explorador le permitía. Cuando el gobierno francés evaluó los dibujos de Waldeck para decidir sobre su posible adquisición, Leonce Angrad (1808 – 1886) quien era diplomático e igualmente explorador, critica el espíritu artístico de Waldeck (base, de su metodología), aduciendo “[...] que lo induce a trazar sobre el papel más de lo que realmente ve.”¹⁵⁹ Además,

¹⁵⁷ Pablo Diener, Jean Frédéric Waldeck y sus invenciones de Palenque, COLMEX, Historias Mexicana, Vol. 67, Núm. 2 (266), octubre – diciembre 2017, p.p. 877 – 878.

¹⁵⁸ *Ibíd.* p.892.

¹⁵⁹ *Ibíd.* p.893.

Angrad es puntual al señalar que la preparación artística y los conocimientos de Waldeck no son suficientes para considerar acertadas las interpretaciones que hace.

Para Angrad, “las restauraciones están íntimamente relacionadas con el conocimiento del genio, de las costumbres y de la historia de las naciones extinguidas, de modo que no pueden ser ejecutadas sólo con el auxilio de las artes del dibujo”. Para Waldeck, en cambio, como vimos antes, en el proceso de copiar el dibujante se compenetra con su objeto como nadie podría hacerlo mejor, lo que le proporciona una comprensión profunda de los fenómenos históricos.¹⁶⁰

Junto con esta confianza en la capacidad de su sensibilidad artística y en su educación para poder comprender el arte de las antiguas culturas, y de ahí poder hacer interpretaciones más extensas sobre su cultura e incluso historia, Waldeck, probablemente también por su formación ilustrada y su bagaje cultural, es un adepto de las ideas difusionistas para explicar el origen de las culturas, para él, la historia de la humanidad y “sus culturas” debe de seguir un hilo que conecta a las diversas civilizaciones que han existido, es decir, la idea de que debió de existir un contacto entre los pueblos del Nuevo y el Viejo Mundo que explicaría la difusión de la cultura entre los habitantes de ambos.¹⁶¹

De esta forma, para Waldeck y para los adeptos a las teorías difusionistas, mismas que en la época contaban con un fuerte respaldo teórico por parte de las ideas ilustradas, era fundamental para explicar un sitio como Palenque el descubrir cómo había sido el contacto entre las diversas “grandes culturas” de la humanidad, mismo que devino en la construcción de estos vestigios, y cómo se insertaba esto dentro de esta concepción del desenvolvimiento unitario de la civilización.

Es interesante señalar que frente a lo que observaba en Palenque, en donde veía “claramente” la presencia de estilos artísticos de diferentes culturas, Waldeck comienza también a dudar sobre el punto de origen de estos migrantes que habrían

¹⁶⁰ *Ibíd.* p.p. 893 – 894.

¹⁶¹ *Cfr. Ibíd.* p. 862. “Esa interpretación de las culturas americanas, concebida con base en hipotéticos puentes con la antigua tradición cultural del Mediterráneo, Asia Menor y la India, venía ganando terreno desde el siglo XVIII. Ya en la segunda mitad del siglo XIX, esas propuestas fueron sistematizadas por el alemán Frederick Ratzel (1844 – 1904), después por el inglés Grafton Elliot Smith (1871 – 1937), y aún en la segunda mitad del siglo XX encontraron un cultor entusiasta en la figura del explorador noruego Thor Heyerdahl (1914 – 2002). (...) Su concepción lleva implícito un culto al genio de los pueblos, lo que condujo a defender la superioridad de unas naciones en detrimento de otras, y derivó en posturas eurocéntricas y racistas de las historia.”

difundido la cultura en la humanidad, sin poner en duda el que hubieran existido estos contactos. “Esto ya no es una conjetura. El antiguo y el viejo nuevo continente se han conocido antes de la era cristiana. Eso es positivo. Falta saber cuál fue la nación que abordó a la otra por primera vez”.¹⁶²

Es así que la concepción que tiene Waldeck sobre la historia de la humanidad entra dentro de una progresión universalista de la cultura, es decir, las civilizaciones del globo tuvieron que establecer ciertos contactos en algún momento, pues sólo así se explicaría la difusión de la cultura en el mundo. En este sentido, Waldeck se siente con la oportunidad de cumplir la importante tarea de “[...] situar esas ruinas y, de forma general, el legado del México prehispánico, en una concepción universal de la historia de la humanidad.”¹⁶³

Así, Jean Frédéric Waldeck, como explorador de la antigua civilización de la América Media y, sobre todo, como talentoso pintor documentalista de la misma, ocupa un lugar importante en la historia de la arqueología maya, si bien, en los documentos pictóricos que realiza sobre sus exploraciones y también en las teorías que elabora en buena medida a partir de estos, se observa más bien una invención personal de los mismos, en donde transluce la corriente del pensamiento difusionista, misma que en su época se encontraba muy en boga y que se mezcla con sus aptitudes artísticas y gustos. Él pensaba que estas aptitudes lo capacitaban para comprender y dar a conocer mejor que nadie, hasta el momento, el pasado de la civilización en la América Media.¹⁶⁴

Finalmente, así como el relato que él mismo elaboró de su vida se centró en la construcción de un personaje romántico y pintoresco que pudo ir elaborando durante más de medio siglo (parece ser que en particular desde sus 50 años en adelante),¹⁶⁵ igualmente, la descripción que hace de la civilización que pretendió descubrir y dar a

¹⁶² Ídem. Los diarios de Waldeck pertenecen a los fondos de la British Library (Londres) y de la Newberry Library –Ayer Collection, Chicago, E.U. Cfr. Pablo Diener, *El diario del artista viajero Jean-Frédéric Waldeck, 1825–1837*, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 47, 2010.

¹⁶³ Ídem. Como menciono, al parecer Waldeck no sólo veía la oportunidad de realizar esta importante tarea, sino que, gracias a su formación intelectual y preparación artística, sentía que poseía la sensibilidad y aptitudes necesarias para describir y, a partir de ahí, interpretar y dar a conocer mejor que nadie a las culturas americanas por las cuales se interesó, particularmente la maya, de cuyos vestigios podría tener “[...] el placer de descubrir estatuas desconocidas y de hacer, por primera vez, un plan general y particular [de los edificios], siguiendo las reglas del arte”, *Ibíd.* p.p. 860 – 861.

¹⁶⁴ “Él dibuja creyendo que copia fielmente su objeto; sin embargo, desde la tribuna privilegiada que nos concede la distancia del tiempo, vemos de manera inequívoca cómo el mundo de las ideas interfiere en el proceso de su registro y lo transforma, a pesar de la convicción del propio autor, en un proceso de invención.” *Ibíd.* p.p. 901 – 902.

¹⁶⁵ *Apud. Ibíd.* 867.

conocer al mundo mejor que nadie a partir de sus dibujos, constituye un relato pintoresco e igualmente romántico de la historia antigua, vista como una historia universal de la difusión de las artes y civilización.

3.- JOHN LLOYD STEPHENS Y FREDERICK CATHERWOOD, IMÁGENES DE UNA ANTIGUA CIVILIZACIÓN AMERICANA

3.1.- John Lloyd Stephens, la voz americana de un occidente romántico

En el grupo de los interesados por los vestigios mayas, que realizaron sus exploraciones y que publicaron o dieron a conocer trabajos al respecto, durante la primera mitad del siglo XIX, John Lloyd Stephens ocupa un lugar relevante debido a la popularidad de sus obras y al contenido de las mismas, en el que termina por defender la idea de que los vestigios arqueológicos presentes en la América Media eran parte de una civilización autóctona y, sobre todo, propia de las Américas, al igual que lo había hecho Juan Galindo poco tiempo atrás, pretendiendo enaltecer la importancia civilizatoria de la antigua Centroamérica en el “concurso de la naciones”.

Stephens con sus populares *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan* (1841) y su continuación *Incidents of travel in Yucatan* (1843), popularizó aún más el tema de la antigua civilización centroamericana en las naciones occidentales, tanto europeas, como en especial, en la sociedad norteamericana. “Se informa que de *Central America*, editado en dos volúmenes, se vendieron 12 000 ejemplares en cuatro meses; y las utilidades por ventas en el extranjero pasaron íntegramente al autor, mediante el arreglo de poder distribuir ejemplares para ese mercado a un precio especial propuesto por Harper’s, el editor.”¹⁶⁶

Nacido en Shrewsbury, Nueva Jersey en 1805, y siendo hijo de un importante comerciante de la ciudad de Nueva York, metrópoli a la cual se trasladaría su familia poco después de su nacimiento, pudo recibir desde la infancia una educación bastante completa. Asistió a la Escuela Clásica Joseph Nelson y con tan sólo 13 años de edad

¹⁶⁶ Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.102.

ingresó al Columbia College, de donde se graduó en 1822 a la edad de 17 años. Posteriormente, con la finalidad de estudiar derecho fue a Litchfield en Connecticut, en donde tras 14 meses intensivos completó el programa de estudios y con 19 años de edad regresó a Nueva York. El siguiente año lo pasaría viajando por el sureste de los Estados Unidos, viaje que comenzaría con la visita que hizo a una tía en Nueva Orleans y que lo llevaría a recorrer el Misisipi,¹⁶⁷ al volver, comenzaría a ejercer la abogacía, abriendo su oficina en el número 67 de Wall Street en donde trabajaría durante nueve años, sin embargo, su afición por la política y por los viajes lo hicieron encaminarse hacia las empresas que lo hicieron más recordado.¹⁶⁸

Al parecer, el ejercicio de la abogacía era desgastante para Stephens, y sumado a sus vaivenes en la política a partir de 1828, cuando apoyó al movimiento Jacksoniano¹⁶⁹ y frecuentemente pronunciaba discursos a favor de los demócratas, comenzó a padecer de la garganta, además de cierto decaimiento en general. De esta suerte, su médico le aconsejó un viaje por Europa, tratamiento con el que estuvo inmediatamente de acuerdo. Este tour que emprendería a fines de 1834 por el Viejo Continente sería la simiente de su primer libro de viajes.¹⁷⁰

Stephens no se limitó a viajar por los países en los que solía circunscribirse el Grand Tour que acostumbraban realizar los norteamericanos en Europa,¹⁷¹ sino que también visitó con especial interés Grecia, Turquía, Rusia y Polonia, para después cruzar

¹⁶⁷ “The late John L. Stephens”, *Putnam’s Monthly Magazine of American Literature, Science, and Art*, January – June, Issue 1 (1853), Online, p.p. 64 - 65.

¹⁶⁸ Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.85.

¹⁶⁹ El movimiento Jacksoniano toma su nombre del General Andrew Jackson (1767 -1845), quien además de militar, como político se constituyó en una figura popular prominente, de manera similar a la de Abraham Lincoln, Apud. James L. Bugg Jr., editor, “Jacksonian Democracy: Myth or Reality”, University of Missouri, Holt, Rinehart and Winston, Inc., United States of America, 1962, p. 1.

Jackson impulsó una política económica de *laissez-faire*, con poco intervencionismo económico por parte del Estado, combatió a algunos monopolios y a la influencia política de algunas clases dominantes: “Stripped of its incongruous elements, which presently deserted, Jacksonian Democracy was an anti-monopoly party...” *Ibid.* p.7.

¹⁷⁰ “He embarked in the autumn of 1834, in the packet “Charlemagne”, for Havre, and landing in the coast of England, went up to London, and from thence crossed to France.” En “The late John L. Stephens”, *Putnam’s Monthly Magazine of American Literature, Science, and Art*, January – June, Issue 1(1853), Online, p.65.

¹⁷¹ Usualmente Inglaterra, Francia e Italia. Cfr. Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.84. Estos eran destinos comunes en el “tour” que solían emprender los jóvenes europeos, en un principio británicos, y con el tiempo también los norteamericanos pertenecientes a familias económicamente solventes, como es el caso de Stephens, lo que nos da indicios de la construcción de un nuevo tipo de espíritu viajero que surge en la modernidad, entre quienes tenían los medios necesarios. “La palabra <<turista>> aparece en la época romántica. En primer lugar es un adjetivo. Califica al viajero inglés rico y curioso que con su guía visita lo que debe ser visto (<<videnda>> o <<sight – seeing>>).” en Marc Boyer, “El turismo en Europa, de la edad moderna al siglo XX”, *Historia Contemporánea*, No. 25, p.p.13 – 31. 2002, p. 14.

el Mediterráneo y recorrer el Nilo, en donde se detuvo en la medida de lo posible a inspeccionar las ruinas. Y finalmente, vistiendo traje nativo, cruzó el desierto en caravana hacia Petra y Palestina.¹⁷²

Como hijo de una familia neoyorkina prominente, el recibir una formación académica, el ejercicio de una profesión liberal y el ser un hombre de mundo formaban parte muy probablemente de las expectativas sociales construidas en torno suyo, en donde en la medida de lo posible Stephens, como abogado con cierta trayectoria política, debería ser un hombre “distinguido”,¹⁷³ sin embargo, más allá de las expectativas de su entorno, y de las terapéuticas y recetas médicas, parece traslucir en Stephens una verdadera curiosidad por ver otras culturas, así como, la oportunidad (que vio y aprovechó) de tener buenos ingresos mediante la publicación de libros de viaje, en los que expondría al lector sus experiencias y descubrimientos.

Cierto día visitó casualmente la editorial Harper´s y se enteró, en una conversación ocasional, de que los libros de viajes eran las obras más populares entre el público en general. A toda prisa escribió dos volúmenes sobre sus experiencias en Egipto y Arabia, y ambos libros conquistaron inmediata popularidad. En un año Harper´s tuvo que lanzar seis ediciones para satisfacer la demanda, y Stephens recibió con agrado los 15 000 dólares de regalías, que le permitieron independizarse de su padre.¹⁷⁴

De esta manera, Stephens comenzó a hacerse con la fama de explorador, e incluso desde sus primeros viajes comenzó a vérselo como el descubridor de civilizaciones exóticas para el público estadounidense (“americano”), mismo que en la época se encontraba ávido por los viajes y comenzaba a tener fuertes intereses por explorar el mundo, sobre todo, lugares y civilizaciones que pudieran no estar

¹⁷² “La excursión fue interesante y animada, pues le permitió ver tantos monumentos del mundo antiguo como la vida contemporánea en las parte más remotas de Europa.” En Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.84.

¹⁷³ Si bien, la costumbre del Tour comenzó en Inglaterra a principios del siglo XVIII, rápidamente se extendió en el resto de Europa y, ya en el siglo XIX, eran también usuales estos viajes entre los jóvenes norteamericanos de familias pudientes, pues eran ya vistos como experiencias propias de alguien conocedor y por lo tanto “distinguido”, este último motivo social se convirtió en el principal motor de esta costumbre. “Para ser un <<gentleman>> los jóvenes aristócratas partían durante uno o dos años a recorrer toda Europa occidental, teniendo a Roma como destino último. El distinguirse era el móvil esencial del Tour, más que el valor pedagógico atribuido a los viajes.” en Marc Boyer, “El turismo en Europa, de la edad moderna al siglo XX”, *Historia Contemporánea*, No. 25, p.p.13 – 31, 2002, p.14.

¹⁷⁴ *Ibíd.* p.85.

relacionadas con Europa como lo estaban las antiguas culturas clásicas, o, al menos, darle una voz americana a estas exploraciones y “descubrimientos” que los viajeros del llamado mundo occidental hacían, en este sentido, no es casual, o debido a algún recato personal, sino por atraer al público lector, que sus obras comenzaran a ser publicadas con el autor bajo el pseudónimo de “Un americano”.¹⁷⁵

Así, tras su primer éxito de ventas con sus libros sobre su viaje por el Viejo Mundo, con el que se volvió el divulgador más popular de los viajes por Egipto y Medio Oriente para el público norteamericano de la época,¹⁷⁶ Stephens se propuso hacer un recorrido similar por América Central, habiéndose interesado particularmente por la cultura maya.¹⁷⁷ No está muy claro por qué se interesó por esa región del mundo para su siguiente exploración, de la que pretendía hacer públicas sus experiencias como con su primer libro, pero es muy posible que su vocación política haya sido un factor en la toma de esta decisión, pues siendo un activo jacksoniano desde 1828, es muy probable que se sintiera motivado por las ideas del Destino Manifiesto y que esto alentara su curiosidad e interés por conocer América y su pasado cultural, pasado que creía que la sociedad norteamericana debería de conocer.

Stephens planned to gather Indigenous objects – from North American “Indians”, Central America Maya, Caribbean Caribs, South American Incas – into one publicly accessible location that would much like the Panorama, give visitors access to the expansive sights of a world tour within the confines of a single building.¹⁷⁸

¹⁷⁵ “But he signed a contract with Harpers in 1836 to publish *Incidents of travel in Egypt, Arabia Petrae, and the Holy Land* in two volumes in 1837, which was published under the pseudonym “An American”. It sold 20,000 copies in three months, such was America’s hunger for travelers’ tales. (...) Stephens’ writing was clear, cleaver, and intimate. He was the romantic traveler, the man one wanted to meet and engage in conversation”, en Cassandra Vivian, “The Dashing John Lloyd Stephens: America’s Vagabond on the Nile”, 2003, p.2.

¹⁷⁶ “Whith Stephens, America found her Egyptian voice. Stephens received all the accolades that John Antes, John Ledyar, and especially Sarah Haiht, were denied.” *Ibíd*, p.1.

¹⁷⁷ El término “maya” tendría que ver de inicio con la lengua, o las lenguas habladas en la región, como menciona Fray Diego de Landa: “Y que *Cuculcán* puso nombre a la ciudad, no el suyo, como hicieron los *Yzæes* en *Chichenizá*, que quiere decir *pozo de los yzæes*, mas llamóla *Mayapán* que quiere decir el *pendón de la Maya*, porque a la lengua de la tierra llaman *maya*; y los indios llaman *Ychpa*, que quiere decir *dentro de las cerca*.” Fray Diego de Landa, “Relación de las cosas de Yucatán”, Monclem Ediciones, México 2005, p.36.

¹⁷⁸ Christen Mucher, “Collectig Native America: John Lloyd Stephens and the Rhetoric of Archaeological Value”, *Journal of Transnational American Studies*, U.C. Santa Bárbara, Volume 9 Issue 1, 2018, p.9.

A diferencia de sus primeros volúmenes de viajes,¹⁷⁹ pensaba con sus nuevas exploraciones difundir por los Estados Unidos el conocimiento de un pasado que en cierta medida, consideraba propio, pues, según sus consideraciones habría sido el de una cultura americana, y no la de otro continente. De lo anterior, surge la idea de establecer una exposición permanente en los Estados Unidos que contuviera los más posibles vestigios arqueológicos encontrados en estos nuevos viajes por tierras centroamericanas.

Además, claro está, así como con sus primeras obras que resultaron grandes éxitos de venta, pensaba en las pingües ganancias que un libro de viajes y exploración sobre una región tan romantizada, llena de misterio y especulaciones en la época (siendo además americana), podría proporcionarle.¹⁸⁰ De esta forma, comenzó a prepararse para su viaje leyendo las obras que había sobre los descubrimientos y las exploraciones que hasta el momento se habían realizado en la América Media.

Supo de Palenque por Del Río y Dupaix, de Uxmal por Zavala, y de Copán por Galindo. Humboldt nunca había viajado por territorio maya, y los grandes y costosos volúmenes de Kingsborough no le habrían proporcionado ninguna otra información, aun cuando él hubiera tenido un ejemplar.¹⁸¹

Al parecer, influido por la popularidad de sus primeras publicaciones sobre el Viejo Mundo, así como también por su creciente interés por la civilización indígena de la América Central y su activismo político, tuvo la oportunidad de postularse en 1839 como embajador estadounidense para la República Centroamericana, y aunque en ese tiempo la guerra civil en la región ya había estallado, a partir de 1837, entre los partidarios de la Federación que apoyaban al gobierno del general Francisco Morazán y sus opositores con tendencias separatistas encabezados por Rafael Carrera,¹⁸² Stephens

¹⁷⁹ Estas publicaciones tienen por título: *"Incidents of travel in Greece, Turkey, Russia and Poland"* e *"Incidents of travel in Egypt, Arabia Petraea, and the Holy Land"*

¹⁸⁰ "What was there about Egypt that kept the Europeans enthralled, but lost American interest so easily? For the British Egypt held the key to their Eastern Empire. It was not on the great route to any place that interested America. (...) America had her own wild continent to explore and understand. She had her own native population to conquer and decimate through manifest destiny. Americans were making their own great journeys, traveling their own massive continent, finding their historic soul in a different landscape." en Cassandra Vivian, "The Dashing John Lloyd Stephens: America's Vagabond on the Nile", 2003, p.12.

¹⁸¹ Robert L. Brunhouse, "En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos", FCE, México, 1994, p.85.

¹⁸² Cfr. R. Tripp Evans, "Romancing the Maya, Mexican antiquity in the American imagination, 1820 -1915", University of Texas Press, Austin, 2004, p. 62.

solicitó el puesto con entusiasmo y, siendo un leal seguidor del partido demócrata, obtuvo el nombramiento por parte del mismo presidente Martin van Buren.

Preparado para la expedición y sabiendo que además de las piezas arqueológicas que pretendía en la medida de lo posible llevar a los Estados Unidos, sería de gran ayuda para su expedición la colaboración de un artista gráfico que hiciera un registro visual de los monumentos que encontraran, se apresuró a informar a su amigo Frederick Catherwood de sus planes y a invitarlo a formar parte del viaje, y éste no tardó en aceptar. Así Catherwood puso su galería en manos de un socio, compró materiales de pintura e incluso una cámara lúcida y a principios de octubre de 1839, los dos hombres salieron de Nueva York con rumbo a Belice a bordo del *Mary Ann*, el miércoles 3 de octubre de 1839.¹⁸³

Su preparación y experiencia como artista, hacían de Frederick Catherwood un compañero ideal para el viaje que se planeaba. Desde un principio Stephens lo introduce en su texto como un diligente estudioso de antigüedades. Además, su amigo,¹⁸⁴ oriundo de Inglaterra, había recibido una educación clásica, la que incorporaba, al menos en su caso, un amplio acercamiento a las artes plásticas. A los 16 años comenzó a prepararse en arquitectura como aprendiz de Michael Meredith y después durante un tiempo asistió a las clases de John Soane en la Academia Real. También fue un viajero entusiasta. Antes de conocer a Stephens había pasado tres años en Italia y Grecia, estudiando y practicando sus técnicas de dibujo en los vestigios clásicos, además de que también estuvo en Egipto un año, en donde hizo dibujos de las ruinas que encontró a lo largo de la ribera del Nilo.

En Inglaterra ejerció como arquitecto aunque no logró obtener ningún encargo que le pareciera importante, por lo que no dudó en hacer maletas en cuanto tuvo la oportunidad de visitar Egipto por segunda ocasión en 1832, con la expedición del explorador escocés Robert Hay, en donde pudo nuevamente dibujar los vestigios de la región: posteriormente, también viajaría a Arabia y Palestina de donde haría diversos registros pictóricos que le serían útiles profesionalmente a su regreso a Inglaterra.

¹⁸³ Cfr. John Lloyd Stephens, "Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan", Volume one, Rutgers University Press, New Jersey, 1949, p. 3.

¹⁸⁴ "My only fellow passenger was Mr. Catherwood, an experienced traveler and personal friend, who had passed more than ten years of his life in diligently studying the antiquities of the Old World." Ídem.

En 1836, Catherwood se encontraba en Londres exhibiendo algunas de sus obras en una galería, el *Bufford's Panorama*, entre las que destacaba su gran lienzo sobre Jerusalén, con una lectura complementaria sobre el tema. Cuando Stephens se encontraba en el regreso de su *Tour* europeo pasó a Londres y visitó Bufford's, en donde además de contemplar los trabajos de Catherwood conoció al autor de los mismos: “Al punto se hicieron amigos. En el transcurso de su conversación, Catherwood llamó la atención de Stephens hacia el poco conocido libro que Del Río había hecho sobre Palenque, y al parecer hablaron sobre la idea de un viaje a Centroamérica”.¹⁸⁵

De esta suerte, entre 1839 y 1842, Catherwood y Stephens realizaron dos viajes a la región maya que tendrían como resultado sendos *best sellers* que harían populares a la civilización maya y por contigüidad a las civilizaciones indígenas del continente americano. No es que las obras de otros exploradores no fueran conocidas entre los interesados en las civilizaciones americanas: el mismo Stephens se preparó y se fue haciendo una idea de lo que encontraría en los misteriosos vestigios de la América Central leyendo los reportes y las obras de exploradores y anticuarios anteriores,¹⁸⁶ incluso, por ejemplo, el reporte de Del Río que como ya tratamos, lo publicó Henry Berthoud con ayuda de Frederick Waldeck en un volumen con una adenda por demás extensa, la obra de Cabrera, en Londres en 1822.

Pero como también se puede observar, la difusión que tuvieron estas obras fue más limitada, algunas eran incluso difíciles de conseguir, como los dibujos de la Real Expedición Anticuaria y, usualmente, quienes tuvieron acceso a ellas en la época fueron justamente artistas y exploradores-anticuarios que como ya se mencionó en estas páginas se interesaron por la antigua civilización maya por diversas razones.

En contraste con lo anterior, las obras de Stephens sobre los vestigios mayas, así como con anterioridad había ocurrido con sus relatos sobre Europa Oriental y

¹⁸⁵ Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.86. Confróntese con el texto en inglés: Robert L. Brunhouse, “In Search of the Maya, The First Archeologists”, University of New Mexico Press, Ballantine Books, New York, 1973, p.p. 85 – 86.

Patricia Plunket Nagoda menciona en su Presentación al especial 106 de la revista arqueología mexicana que: “Los dos se conocieron en Londres en 1836, en una exposición de cuadros de Catherwood sobre Tebas, Luxor y Jerusalén.” En *Arqueología Mexicana*, “Los viajes de F. Catherwood y J.L. Stephens”, edición especial Núm.106, Diciembre de 2022, p.p. 8 – 12.

¹⁸⁶ “Sin embargo, fueron diversos los autores antiguos –y no tan antiguos – a los que se refiere con frecuencia y a partir de los cuales guió su expedición. Entre ellos se cuenta Bernal Díaz del Castillo, Bartolomé de las Casas y William H. Prescott”, en Manuel Ferrer Muñoz, coordinador, “La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿Un Estado-Nación o un mosaico plurinacional?”, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, México, 2002, p.203.

Medio Oriente, alcanzaron éxito rápidamente y una amplia difusión entre el público general, particularmente entre los estadounidenses, quienes estaban ávidos de relatos de aventuras y de exploraciones en “su propio continente”.

Within the United States, their discoveries inflamed vigorous debate about the origin of the mysterious ancient builders; about their connection, if any, with the region’s current inhabitants and about the position of the United States within the suddenly expanded scope of the New World’s course of empire.¹⁸⁷

A pesar de que el “Panorama” de Stephens y Catherwood, la exposición permanente que pensaron en montar juntos no pudo concretarse, debido al desafortunado incendio que sufrió el lugar en 1842, en el que además de los lienzos y obras pictóricas de Catherwood se exhibirían las piezas arqueológicas encontradas en los viajes de ambos, en especial las halladas en el continente americano, algunas de ellas copias y otras varias originales, el éxito de sus obras impresas compensó en buena medida esta pérdida, pues tanto los textos de Stephens como los dibujos de Catherwood despertaron la curiosidad del público y dieron un referente visual sobre la civilización maya a los norteamericanos. Aunque, cabe decir, que a los vestigios mayas se les apreciaba como parte del conjunto de la civilización indígena americana, como a una posibilidad de la cultura americana como idea general, la que englobaba a las culturas nativas de todo el continente, misma que entonces, ya desde antigüedad habría dado muestras de un alto nivel de civilización.¹⁸⁸

¹⁸⁷ Jennifer L. Roberts, “Landscapes of indifference: Robert Smithson and John Lloyd Stephens in Yucatán”, College Art Association, *The art Bulletin*, Vol. 82, No.3, September 2000, p.545.

¹⁸⁸ “The Rotunda fire of 1842 that replaced Stephen’s collection of <<American antiquities>> with two – dimensional paper copies makes apparent the value of Incident’s textual objects – and textual Indigenous objects more generally – over its archaeological referents. Tracing what William Lenz has called the <<visual texts>> of Stephens *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatán (1841)*, this essay assesses the images’ evidentiary, pecuniary and ideological value. It claims that *Incidents’s* illustrations set a pattern for evaluating Native American “culture” – as if that were a single thing – that was predicated on the replacement of physical objects by textual ones, the result of which was the replacement of material parts of the “Maya past” with a wholly reimagined “America” culture”, en Christen Mucher, “Collecting Native America: John Lloyd Stephens and the Rhetoric of Archaeological Value”, Smith College, *Journal of Transnational American Studies*, No. 9, Issue 1, p. 11.

3.2.- Obra gráfica literaria

Como obra literaria en los Estados Unidos, los textos de Stephens, tanto por su estilo como por sus contenidos, influyeron en un amplio público aficionado a los relatos de viaje y a lo “pintoresco” de los misterios de civilizaciones perdidas, las que ahora encontraban en su propio continente. Como relato de época y de una arqueología en ciernes, ha sido un referente dentro de los textos clásicos del siglo XIX sobre Mesoamérica, y uno de los que fueron más accesibles para el público en general gracias a la abundancia de sus ediciones, en comparación con otras obras del género.

His best – selling books found favor with the general public and influenced a generation of American writers, among them Edgar Allan Poe and Herman Melville. Stephens’s meticulously detailed Central American travel narratives have remained important references; still in print, they are considered classic texts in Mesoamerican archaeology.¹⁸⁹

Así, el relato ameno y entusiasta de Stephens sobre lo encontrado en sus expediciones, junto con las ilustraciones de Catherwood, dieron al público norteamericano muchas de sus primeras nociones y referentes visuales sobre los pueblos mesoamericanos, los cuales fueron en la época, por regla general, comprendidos como “pueblos americanos” y agrupados en un mismo concepto sobre el pasado del Nuevo Continente.

Moreover, Stephens consistently minimized the difference between originals and copies: he boasted that *Incidents’s* illustrations were “as true copies as can be presented; and except the stones themselves, the reader cannot have better materials for speculation and study”.¹⁹⁰

¹⁸⁹ Jennifer L. Roberts, “Landscapes of indifference: Robert Smithson and John Lloyd Stephens in Yucatán”, College Art Association, *The art Bulletin*, Vol. 82, No.3, September 2000, p.545.

¹⁹⁰ Christen Mucher, “Collecting Native America: John Lloyd Stephens and the Rhetoric of Archaeological Value”, Smith College, *Journal of Transnational American Studies*, No. 9, Issue 1, p.11.

Cfr. “Proof of every plate were given to Mr. Catherwood, who made such corrections as were necessary; in my opinion, they are as true copies as can be presented and, except for the stones themselves, the reader could not have better materials for speculation and study”, en John Lloyd Stephens, “Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan”, Volume one, Rutgers University Press, New Jersey, 1949, p.108.

Asimismo, más adelante, Stephens menciona que se abstiene de comentar las piezas por que se cuenta con las fieles representaciones de Catherwood: “[...] and I repeat, they are accurate and faithful representations. I have purposely abstained from all comment.” *Ibíd.* p. 123.

En este sentido, Stephens disfrutó ampliamente de los libros que escribió sobre América Central, pues éstos, además de aportarle una importante remuneración económica, le conquistaron la popularidad entre los lectores románticos de la época, quienes disfrutaban de los panoramas exóticos que ofrecía el libro y al mismo tiempo, se hacían de una opinión más o menos conocedora en la época sobre las civilizaciones de América,¹⁹¹ efecto al que contribuían y complementaban en gran medida las ilustraciones de Catherwood, aunque el artista visual no tuvo el renombre que hubiera querido, pues los textos en donde estaban sus excelentes ilustraciones quedaron asociados por el público a Stephens y al primero no se le mencionaba tanto cuando se hablaba de la obra.

Con respecto a lo anterior, Stephens pensó en publicar una nueva edición de su obra que tendría como principales objetos 120 de los grabados de Catherwood y, además, estaría complementada con textos de otros autores como Prescott e incluso Humboldt, esto con la finalidad de ofrecer a los norteamericanos una imagen más completa de sus viajes, y de lo que se conocía en la época sobre los pueblos indígenas de América. Esta obra nunca se llevó a cabo, y Catherwood publicó por su cuenta en 1844 un breve folio con 25 láminas y comentarios propios a cada una de las ilustraciones titulado *Views of Ancient Monuments in Central America, Chiapas and Yucatan*,¹⁹² esta obra tuvo un tiraje inicial de 300 ejemplares, pero al no alcanzar una circulación similar a la de los volúmenes de *Incidents of travel...* no hubo más ediciones.

In 1844 Catherwood republished many of these illustrations in a folio volume of colored lithographs; (...) a dramatic chiaroscuro conveys the same romance of perception, with a selective illumination providing the only precarious differentiation between the monuments and the forest. With illustrations such as these, Stephens and Catherwood announced Western expeditionary vision to be something more than simply passive perception. It is a concentrated, focused, *generative* perspective – one that the modern travelers have had to import.¹⁹³

¹⁹¹ “Lograr unir lo bello con lo útil es el eslogan moderno de los ámbitos del saber humano que procuran, con el fin de conducir a la humanidad hacia el progreso que el uso adecuado de la razón dicta, no sólo enseñar sino “enseñar deleitando”, en Carolina Depetris, “El relato de viaje moderno: ¿posmodernidad escondida?”, Cuadernos del CILHA, Vol. 14, Número 2 (2013), p. 110.

¹⁹² Cfr. Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.104.

¹⁹³ Jennifer L. Roberts, “Landscapes of indifference: Robert Smithson and John Lloyd Stephens in Yucatán”, College Art Association, *The art Bulletin*, Vol. 82, No.3, September 2000, p.545.

Sin embargo, aunque los viajes y las obras resultantes son asociados a Stephens, las ilustraciones de Catherwood, como ya preveía el primero para 1841, serían una de las características del texto que los lectores más apreciarían, más aún al no concretarse la apertura de un lugar en el cual se expusieran piezas arqueológicas y/o sus copias como habían planeado originalmente los compañeros de viaje.¹⁹⁴

Es posible que al enfocarse en las obras gráficas de sus viajes, los trabajos de Stephens y Catherwood obtuvieran mayor difusión que si hubieran podido concretar el *Panorama* y se hubieran enfocado más en las exposiciones de las piezas arqueológicas, aunque cabe decir que, al parecer, el plan de ambos era hacer las dos cosas a la vez, siendo complementos mutuos a los trabajos sobre sus exploraciones los libros y la exposición de objetos arqueológicos.¹⁹⁵ Así Stephens sin proponerse en un principio entrar en el mundo de la literatura, pues solamente quería difundir sus experiencias de viaje y obtener alguna ganancia, rápidamente se convirtió en un autor norteamericano muy popular.¹⁹⁶

De hecho, cabe señalar que Stephens, antes de 1842 y durante su segundo viaje en el que se enfocaría en recorrer los sitios arqueológicos de Yucatán, supo que una parte de su libro sobre Centro América, Chiapas y Yucatán que recién se había publicado, había sido ya traducida al español.

Nuestra primera visita no se había olvidado. La relación que de ella hicimos se había traducido y publicado, y tan pronto como se conoció el objeto de nuestra vuelta todas nuestras dificultades nos fueron allanadas: nuestros baúles, cajas y demás bultos de equipaje pasaron por la aduana sin registro.¹⁹⁷

¹⁹⁴ “Indeed, with the cast impounded and the ruins out of reach, Mr. Catherwood’s drawings became the “precious thing” that Stephens had already predicted his readers would treasure”, en Christen Mucher, “Collecting Native America: John Lloyd Stephens and the Rhetoric of Archaeological Value”, Smith College, *Journal of Transnational American Studies*, No. 9, Issue 1, p.17.

¹⁹⁵ “Catherwood’s mission to replicate the ruins mirrored Stephens’ attempts to physically acquire the works”, en R. Tripp Evans, “Romancing the Maya, Mexican antiquity in the American imagination, 1820 -1915”, University of Texas Press, Austin, 2004, p.57.

¹⁹⁶ “[...] obtained, by virtue of its contents alone, a wide spread celebrity, and conferred by its author the character of a popular American writer”, en “The late John L. Stephens”, *Putnam’s Monthly Magazine of American Literature, Science, and Art*, January – June, Issue 1 (1853), Online, p.67.

*“In a more general way Stephens’ literary skill contributed to the stimulation and development of American archeology by helping to create a widespread interest in the ancient civilization to the south of us”, en Richard L. Predmore, *Introduction*, John Lloyd Stephens, “Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan”, Volume one, Rutgers University Press, New Jersey, 1949, p.p. XVI – XVII.

¹⁹⁷ John Lloyd Stephens, “Viaje a Yucatán 1841 -1842”, traducción de Justo Sierra O’Reilly, FCE, México, 2003, p.6.

De esta manera, las obras sobre sus viajes en la América Media fueron bastante esperadas, sobre todo por un público lector estadounidense relativamente amplio, entre quienes destacan personajes de la literatura que con el tiempo serían aún más conocidos que Stephens y que en el momento comentaron su trabajo, como ejemplo, el breve pero conciso comentario al respecto de Edgar Allan Poe en el periódico *Graham's*: “The work is certainly a magnificent one, perhaps the most interesting book of travel ever published”.¹⁹⁸

Fue así que, en cierta concordancia con la carrera política de Stephens, tanto sus primeros textos de viaje sobre sus recorridos por Europa y el Oriente Próximo, escritos por “un americano”, y sus posteriores textos sobre América Central, tuvieron un alcance público mayor que el que habían tenido las obras de exploradores anteriores, en cierta medida Stephens puso en el mapa para el público lector no especializado (o aficionado al tema) la existencia de los vestigios arqueológicos de la América Media, a pesar de que la difusión de esta obra fue también pensada principalmente para el público norteamericano, mismo al que Stephens y Catherwood intentaron acercar a estos vestigios americanos de la manera más fidedigna que pudieron.

The writhing was conversational in tone, the images startlingly precise, and the production cost kept so low that the works fell within the reach of the middle – class reading public. For the first time since Spain’s expulsion from the region, accurate information concerning Mexico’s pre – Columbian past was available to Americans in a readable and inexpensive format.¹⁹⁹

“En efecto, en 1841, El *Museo Yucateco* había publicado la parte relativa a Yucatán, en traducción de Justo Sierra O’Reilly”. Véase en Manuel Ferrer Muñoz, “La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿Un Estado-Nación o un mosaico plurinacional?”, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, 2002, p. 201.

¹⁹⁸ Christen Mucher, “Collecting Native America: John Lloyd Stephens and the Rhetoric of Archaeological Value”, *Smith College, Journal of Transnational American Studies*, No. 9, Issue 1, p.17.

*En cuanto a los dibujos de Catherwood, estos también causaron gran expectativa, aunque como ya se dijo, en la mente del público las obras en su conjunto quedaron asociadas a Stephens: “Critics unanimously agreed that *Incident’s* were indispensable to the volumes’ worth. (...) *The North American Review* reported that the “statues’ character can only be understood from drawings” and according to the *Southern Quarterly Review* “no language can, without the aid of engravings, or other copies, convey adequate and correct ideas of the ruins”. Even from the outside, the gilt – stamped “hieroglyphs” on the brown – cloth binding promised the book’s visual contents as something special.” *Ibid.* p.p. 17 – 18.

¹⁹⁹ R. Tripp Evans, “Romancing the maya, Mexican antiquity in the american imagination, 1820 -1915”, University of Texas Press, Austin, 2004, p. 45.

Por ello, el gusto de Stephens por los viajes y exploraciones, así como el de informar a los norteamericanos sobre civilizaciones remotas o antiguas, parece ser uno de los principales motores de sus textos, en donde no solamente disfrutó del reconocimiento social que le pudo haber dado el viajar, sino que también se entusiasmó, conforme sus libros lo daban a conocer, con ser un escritor norteamericano que ponía a los Estados Unidos en un papel activo en las exploraciones de anticuaría o de arqueología.

3.3.- Identidad norteamericana

Justamente, en sus textos sobre la América Central es en donde se puede observar un interés de apropiación con tonos nacionalistas, en el que Stephens no solamente da el testimonio de “un americano” frente a otras culturas, sino que intenta acercar al público norteamericano a un pasado cultural que podría reclamar como suyo, pues son vestigios americanos. Esta postura, inspirada en buena medida por la doctrina del presidente James Monroe²⁰⁰ y por el nacionalismo norteamericano de la época, era

²⁰⁰ Cabe mencionarse que los planteamientos de esta doctrina, antes de ser expuestos por James Moroe en un mensaje presidencial el 2 de diciembre de 1823, habían sido ya elaborados por John Quincy Adams, quien era secretario de Estado durante ese período, y que, el mes de julio de ese mismo año, ante el panorama de una posible intervención europea, más en concreto, por parte de la Santa Alianza, constituida por Austria, Prusia y Rusia en territorios del continente americano, se planteaba cómo hacerle frente a esta posibilidad, pues afectaría sus intereses comerciales y políticos. La Santa Alianza evaluaban desde finales de 1822 el derecho de la Monarquía Hispánica sobre sus territorios americanos, además, de plantearse qué hacer respecto al fracasado intento de golpe de Estado en España, ocurrido el 7 de julio de 1822, que pretendía una vuelta a la monarquía absolutista. “Then was formed the Holy Alliance, the parties to which were Russia, Austria, and Prussia; and after several congresses, in which Great Britain and France participated, there was a final meeting at Verona in October, 1822, to consider the insurrection which broke out in Spain in the preceding year.

At this period the Spanish American colonies were claiming, and had long claimed, independence. At this Congress at Verona, England, through her envoy, the Duke of Wellington, declined to become a party to any agreement of interference in Spanish affairs.” en George Fox Tucker, “The Monroe Doctrine Thoroughly explained”, Rockwell and Churchill Press, Boston, 1903, p.p. 3-4, versión digital en archive.org.

Al año siguiente, en 1823, el ministro americano en Inglaterra Richard Rush, junto con John Q. Adams, se reunieron con el encargado de los asuntos exteriores de Inglaterra, George Canning, para elaborar un comunicado a las naciones europeas en el puntualizaban que: “[...] while the two governments desired no portion of the colonies for themselves, they would not view with indifference any foreign intervention in their affairs, or their acquisition by any third power.” en *Ibíd.* p. 4.

De esta suerte, los Estados Unidos comenzaron a propugnar en 1823 por el alejamiento de cualquier interés colonial europeo en el continente americano, postura que posteriormente plantearía, ya en comunicado oficial, el presidente James Monroe, exhortando a terminar con las colonias europeas del continente, con las extensiones del sistema político europeo en el mismos, y a evitar la intervención de cualquier nación europea en los asuntos de las recientemente constituidas repúblicas hispano-americanas.

un símil aplicado en América de las apropiaciones culturales e identitarias que en la misma época hacían franceses e ingleses en el Viejo Mundo.

Stephens' insistence upon the U.S right to Mesoamerican antiquities was predicated upon the country's continental contiguity with Latin America. In Stephens' eyes, the English and French were similarly justified in acquiring the antiquities of Old World civilizations; the Europeans' allowance to collect on American soil, however, had been forfeited along to their rights to colonize the area.²⁰¹

Consecuentes con este empeño de Stephens por llevar este legado cultural a los Estados Unidos, fueron sus esfuerzos por comprar en la medida de lo posible las zonas arqueológicas que exploraba, y en estos esfuerzos tuvo un poco de éxito con la adquisición de Copán. Esta empresa le llevó a Stephens un par de semanas de negociaciones con el dueño de los “terrenos”, Don José María Acevedo, quien en un principio se mostraba reacio a venderlos, pues no sabía cuál podía ser su valor y temía alguna repercusión legal por venderle a un extranjero: finalmente Stephens, valiéndose de su cargo como representante del gobierno norteamericano para crear un ambiente de mayor formalidad y distinción en sus ofertas por Copán, logró negociar la adquisición de la propiedad por tan sólo 50 dólares.

“For a finale”, Stephens relates, “I opened my trunk and put on a diplomatic coat with a profusion of large eagle buttons... Don José Maria could not withstand the buttons on my coat”. In triumph, Stephen boasted that “the reader is perhaps curious to know how old cities sell in Central

El “monroísmo” en la arqueología, o arqueológico, hace referencia a la apropiación cultural de los vestigios materiales de las antiguas culturas americanas por parte del Estado o de la población norteamericana, así, por ejemplo, John L. Stephens declara al final de su texto “Incidents of travel in Central America Chiapas and Yucatan” que él, el autor del mismo: “And he entertains the belief also that England and France, whose formidable competition has already been set up, as it were in terrorem, by one proprietor, having their capitals enriched by the remains of art collected throughout the Old World, will respect the rights of nations and discovery, and leave the field of American antiquities to us...” en John Lloyd Stephens, “Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan”, Rutgers University Press, New Jersey, 1949, p.474.

²⁰¹ Ibid.p.56. Por ejemplo, en el tomo primero de “*Incidents of travel in Yucatan*” Stephens expresa: “The ruins of Uxmal presented themselves to me as a home, and I looked upon them with more interest than before. (...) here they still stood, tottering and crumbling, but living memorials, more worthy than ever of investigation and study, and as I then thought, perhaps the only existing vestige that could transmit to posterity the image of an American city”, en John Lloyd Stephens, “*Incidents of travel in Yucatan*”, Editorial Dante, Condensed version, Mérida, 2013, p. 47. Cfr. John Lloyd Stephens, “Viaje a Yucatán 1841 – 1842”, traducción de Justo Sierra, Tomo primero, FCE, México, 2003, p.p. 137 – 138.

America. Like other articles of trade, they are regulated by the quantity in market, and at that time were dull of sale. I paid fifty dollars for Copán.²⁰²

De esta guisa, Stephens, en sus afanes por adquirir los vestigios arqueológicos que visitaba, incluidos junto con estos, en la medida de lo posible, también los terrenos mismos en donde se encontraban, además de mostrar intenciones de tintes patrimonialistas en cuanto a preservar y difundir el conocimiento de una cultura americana para el público estadounidense, también muestra el ojo que siempre mantuvo puesto en las posibilidades políticas y comerciales que esto representaba.²⁰³ De esta manera tras los viajes y la publicación de sus obras, se creó un interés en el público, especialmente el norteamericano, por el exotismo de estas antiguas civilizaciones y regiones del continente americano, y el aspecto comercial que esta situación prometía no fue desaprovechado por otros autores y “businessmen” de los Estados Unidos.²⁰⁴

²⁰² Ibíd. p. 54. Stephens menciona su relativa sorpresa por el bajo precio al que pudo comprar Copán, y en buena medida lo atribuye al poco interés que mostraban los dueños de la propiedad y los pobladores en general por estos vestigios arqueológicos, con una mayor sorpresa señala el hecho de que incluso los hijos del prominente hacendado y vecino del pueblo de Copán Don Gregorio, no habían visto las ruinas y se sorprendían con los dibujos de Catherwood sobre las mismas: “It can hardly be believed, but not one of them, not even Don Gregorio’s sons, had ever seen the idols before, and now they were much more curious to see Mr. Catherwood’s drawings. In fact, I believe it was the fame of these drawings that procured us the honor of their visit”, en John Lloyd Stephens, “Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan”, Volume one, Rutgers University Press, New Jersey, 1949, p.99. Con respecto al precio, Stephens menciona que: “There was never any difficulty about price. I offered that sum, for which Don José María thought me only a fool, if I had offered more, he would probably have considered me something worse”, en John Lloyd Stephens, “Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan”, Volume one, Rutgers University Press, New Jersey, 1949, p.99.

²⁰³ “[...] to buy Copán and remove the monuments of a bygone people from the desolate region in which they were buried, set them up in the “great commercial emporium”, and found an institution to be the nucleus of a great national museum of American antiquities!”, en John Lloyd Stephens, “Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan”, Volume one, Rutgers University Press, New Jersey, 1949, p.89. Cfr. Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.101

²⁰⁴ Un sonado ejemplo de lo anterior en la época sería la publicación de una obra de ficción a la que se le atribuiría ser un relato de viaje verídico y que citaba algunos fragmentos de las obras de Stephens, además de mencionar una breve intervención de J.L. Stevens, en donde éste revela a los exploradores protagonistas los rumores sobre una ciudad maya oculta entre el Petén y la Alta Verapaz, en la supuesta expedición que se narra. Esta ficción literaria elaborada por el empresario de espectáculos Phineas T. Barnum, devendría posteriormente en un famoso show circense de la época. “En 1850 apareció en la ciudad de Nueva York un folleto titulado *Memoir of an Eventful Expedition in Central America; Resulting in the Discovery of the Idolatrous City of Iximaya, in an unexplored region: and the possession of two Remarkable Aztec Children, Descendants and Specimens of the Sacerdotal Caste, (now nearly extinct) of the Ancient Aztec Founders of the Ruined Temples of that Country, Described by John L. Stevens, Esq., and other Travellers. Translated from the Spanish of Pedro Velasquez of San Salvador.* En 1850 tres compañías diferentes publicaron ediciones de él en Nueva York, luego apareció en Londres unos años después, y fue traducido al francés y publicado en Amsterdam y París”, en Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.105.

El espectáculo circense surgido a partir de esta obra de ficción fue el de los “Aztec Children”, presentado por el mismo Phineas T. Barnum: “[...] eran Máximo y Bartola, dos niños microcéfalos centroamericanos. Fueron

Por ende, el interés mostrado por algunos norteamericanos, incluido Stephens entre los más destacados de ellos, por el pasado cultural de las civilizaciones mesoamericanas, corresponde a un proceso de apropiación y a un patrimonialismo propios de la época para con los vestigios arqueológicos, en la que las naciones americanas buscaban hacerse con el discurso de un pasado que las diferenciara de Europa,²⁰⁵ y en este proceso también los Estados Unidos eran partícipes, elaborando en lo discursivo sus propias construcciones nacionalistas sobre civilizaciones americanas antiguas, aunque los restos y/o vestigios de estas se encontraran fuera de sus fronteras, pues en última instancia estos se encontraban dentro del Continente Americano, “el Nuevo Mundo”, con gobiernos que buscaban marcar distancia con Europa.

Así, las acciones de Stephens como la compra de las más posibles piezas arqueológicas y la compra misma de Copán, responden a un “panamericanismo arqueológico” en el que Stephens ve una conexión entre todas las culturas antiguas americanas, mismo que responde a la elaboración de un discurso identitario con tintes nacionalistas en el que los Estados Unidos buscaban independizarse de Europa en cuanto a su patrimonio cultural e identificarse a sí mismos con otras culturas que existieron en el territorio de América, pues así, en el pasado americano se mostraba que este había sido de civilizaciones americanas, las que se desarrollaron en alto grado y sin influencia Europea.²⁰⁶

exhibidos con gran éxito de taquilla por primera vez en Boston poco después de 1850.” En Roger Bartra, “El mito del salvaje”, Siglo XXI, México, 2022, p.504.

²⁰⁵ En el caso estadounidense muchas naciones europeas eran además vistas como un rival en el ámbito de las influencias políticas y del expansionismo presente en varios Estados Nacionales de la época. << Primarily a reaction to the Latin American revolutions of the 1820’s, the Monroe Doctrine, as it came to be known, proclaimed that “the American continents (...) are henceforth not to be considered as subject for future colonization by any European powers.” Invoking the spirit of this policy, Stephens extended its authority to exclude Europeans from purchasing or collecting Mesoamerican sites or artifacts>>, en R. Tripp Evans, “Romancing the Maya, Mexican antiquity in the American imagination, 1820 -1915”, University of Texas Press, Austin, 2004, p.56.

²⁰⁶ “Rationalizing his purchase of Mesoamerican monuments, Stephens situated the work within an archaeological continuum that originates inside the borders of the United States.” Ibid.p.57. Stephens en *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan* externa su fantasía de haber podido tomar el control o el haberse apoderado de una supuesta ciudad perdida en Guatemala, en la que se decía que aún vivían los mayas como antes de la llegada de los españoles, finalmente no exploró la región y tomó rumbo a Palenque, pero en emulación a las primeras exploraciones y conquistas europeas, y pensándose más justificado que estas expone que: “We had a craving desire to reach the mysterious city.(...) making acquaintance with some of the natives. Five hundred men could probably march directly to the city, and the invasion would be more justifiable than any ever made by the Spaniards; but the government is too much occupied with its own wars, and the knowledge could not be procured except at the price of blood”, en John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Volume two, Rutgers University Press, New Jersey, 1949, p.165.

Stephens no era el primero en comenzar a hablar sobre los vestigios de culturas americanas como parte de un pasado en común “americano”, como ya se ha tratado en el primer capítulo de esta investigación, recordemos que en la Nueva España hacia la década de 1790 surgió un gran interés por las piezas prehispánicas que se encontraban, mismas a las que se les comenzó a dar un trato diferente, pues se les veía como la muestra de grandes civilizaciones que habían estado presentes en el territorio del virreinato, y que así como Europa se identificaba con el pasado clásico y el de las antiguas civilizaciones del cercano oriente, los pobladores que ocupaban el suelo americano podían admirarse también e identificarse con el pasado cultural del Nuevo Mundo.

Esta visión muy propia de la modernidad que persiste hasta nuestros días y que también se puede notar en el México contemporáneo, el de que las naciones modernas y sus gobiernos son las herederas directas de las civilizaciones que ocuparon en el pasado el mismo territorio, o que incluso son directamente el resultado del desarrollo de estas mismas civilizaciones, siendo el territorio habitado en sí la principal premisa que justifica esta herencia, explica pues, en gran medida, este vuelco ideológico-conceptual y posteriormente emotivo y político hacia el pasado indígena del continente en la población de muchos Estados Americanos. Lo anterior, se dio en buena medida en pos de un proyecto político-identitario que los alejara lo suficiente de la metrópoli ibérica, principalmente a los criollos novohispanos, así como a otros grupos de sujetos cercanos a las posiciones de gobierno, esto con la idea de conseguir mayor autodeterminación.

Bien considerado, la coincidencia de los tradicionales atributos tangibles de la nacionalidad, tales como la lengua y la religión compartidas, no resulta determinante. El requisito básico es subjetivo y consiste en la identificación de la población con un grupo: con su pasado, su presente y, lo que es más importante, con su destino.²⁰⁷

Así, ideologizando el territorio, los nacientes Estados Americanos legitimaron políticas que buscaban mantener alejados del continente los intereses de las élites europeas, por ejemplo, como lo planteaba la llamada doctrina Monroe en el caso

²⁰⁷ Walker Connor, Etnonacionalismo, Trama Editorial S.L., Madrid, 1998, p.4.

estadounidense. En este contexto puede insertarse la visión estadounidense de una arqueología “panamericana” que justificaba el sentir y los intereses norteamericanos en explorar y finalmente en “proteger-administrar y explotar” otras regiones del continente.

Así, por ejemplo, antes que Stephens en sus obras sobre América Central, David Bailie Warden expone hacia 1828 las conexiones culturales que percibe en las antigüedades que se encuentran en todas las Américas, este tratado de Warden se incluyó en la publicación de 1834 que hizo Henri Baradère de los documentos de la Real Expedición Anticuaria.²⁰⁸

Por estos motivos, la obra de Stephens y Catherwood se inserta en los procesos de construcción de identidades nacionales en la “época moderna-contemporánea”, procesos sociales que con mucha frecuencia recurrieron al uso, en la medida de lo posible, del pasado arqueológico del territorio que ocupan los Estados Nacionales, esto como prueba de una herencia cultural y de un supuesto proceso de desarrollo social casi “unilineal” a partir de un pasado en común de sus poblaciones.²⁰⁹ No obstante, no por eso los textos de Stephens dejaron de abrir las puertas a una arqueología contemporánea al identificar como autóctonas, como surgidas en las Américas, en específico en la América Media, a las antiguas poblaciones y culturas que crearon los vestigios materiales de lo que comprendemos actualmente como la antigua civilización maya.

3.4.- Viaje, impresiones y construcción de identidades?

Desde las primeras páginas de su obra sobre Centroamérica, Chiapas y Yucatán, Stephens no deja de sorprenderse, no solamente por los vestigios de la antigua

²⁰⁸ “These treatises bore little connection to Dupaix’s work, yet the inclusion of Warden’s essay cast Dupaix’s expedition in a new light. Because Warden perceived a cultural connection between the antiquities of North, Central, and South America, he used the Dupaix’s expedition to support his theory of a unified, pan-American antiquity. In introducing Warden’s essay, Baradère spoke in celebratory terms of “the reunion, on American soil,” of the monuments of ancient Mexico with the earthworks and ancient artifacts of North America – a “reunion” that would shape the writing of subsequent American explorers and eventually the doctrines of the Mormon Church”, en R. Tripp Evans, “Romancing the Maya, Mexican antiquity in the American imagination, 1820 -1915”, University of Texas Press, Austin, 2004, p.p. 35-36.

²⁰⁹ “Though scrupulous in maintaining distinctions among Mexico, Central America, and Yucatán in matters of political organization, Stephens promoted an intentional ambiguity in the modifier he used for ancient works he encountered in these regions, universally referring to them as simply ‘American’ ”, en R. Tripp Evans, “Romancing the Maya, Mexican antiquity in the American imagination, 1820 -1915”, University of Texas Press, Austin, 2004, p.58.

civilización maya, sino también por las diferencias sociales y culturales que va encontrando a su paso por estas regiones de la América Media, en donde, por ejemplo, tópicos como la diversidad étnica y los roles sociales diferentes a los de los Estados Unidos no dejaron de llamar su atención, llevándolo a hacer constante mención sobre estos.

Resulta notorio en sus descripciones y relatos de viaje en *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, la frecuencia con la que hace alusión a la “casta” de los pobladores que va conociendo, de hecho, es usualmente uno de los primeros puntos que toca en la descripción de las personas que conoce en su viaje. Así por ejemplo, en Belice, cuando lo llevan a conocer la corte hace la siguiente descripción del jurado:

Of the five judges who were in their places, one was a mulatto. The jury was empaneled and two of the jurors were mulattoes; one of them, as the judge who sat next to me said, was a Sambo, or of the descending line, being the son of a mulatto woman and a black man. I was at a loss to determine the caste of a third juror and inquired of the judge, who answered that he was his, the judge's, brother, and that his mother was a mulatto woman.²¹⁰

De esta misma manera procede en varias ocasiones con la descripción de las personas con las que interactúa, continuando con ejemplos, ya en Copán, mientras él y Catherwood buscan alojamiento para no tener que regresar a la hacienda de Don Gregorio conocen a Don Miguel en su pequeña choza de quien dice: “He was a white man, about forty, dressed in a pair of dirty cotton drawers with a nether garment hanging outside.”²¹¹

Así en el texto, se puede observar cómo, ya desde su llegada a Belice, Stephens se lleva una sorpresa con la población de estos lugares y, sin embargo, él mismo percibe

²¹⁰ John Lloyd Stephens, “Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan”, Volume one, Rutgers University Press, New Jersey, 1949, p.10.

²¹¹ John Lloyd Stephens, “Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan”, Volume one, Rutgers University Press, New Jersey, 1949, p. 84. De esta misma manera, por ejemplo: “I took two mestizos, Bruno and Francisco, and, offering them a reward for every new discovery, with a compass in my hand set out on a tour of exploration”, en *Ibíd.* p.91. Es notorio que de Don Gregorio y de Don José María no hace esta observación sobre a que “casta” pertenecen, simplemente los describe físicamente, sin asentar nada sobre el color de piel y menciona que ambos rondaban los cincuenta años de edad. Cfr.*Ibíd.*p.70 y 83.

que estas impresiones son seguramente producto de la bastante conflictiva situación que vive su país al respecto.

Before I had been an hour in Belize I learned that the great work of practical racial amalgamation, the subject of so much angry controversy at home, had been going on quietly here for generations; that color was considered a mere matter of taste; and some of the most respectable inhabitants had black wives and mongrel children, whom they educate with as much care, and made money for with as much zeal, as if their skins were perfectly white.²¹²

Probablemente, debido a sus experiencias previas de viaje, Stephens escribe que siente asombro y emoción al entrar en contacto con poblaciones diferentes²¹³ a las que seguramente estaba habituado a entrar en contacto en Nueva York ejerciendo la abogacía y, aunque la sorpresa es notoria en él, pues se refleja en sus textos al no dejar de mencionar la “casta” o “raza” de las personas que conoce y sus opiniones al respecto, en estas opiniones también transluce cierta admiración y deseo por conocerlas, comparando con la situación de su propio país aunque, como veremos, sin poder dejar de lado conceptos de su propia cultura.

The bridge, the market place, the streets and stores were thronged with them, and I might have fancied myself in the capital of a negro republic. They were a fine – looking race, tall, straight, and athletic, with skins black, smooth, and glossy as velvet. [...] By chance a place was made for me between the two colored gentlemen; some of my countrymen, perhaps, would have hesitated about taking it, but I did not. Both were well dressed, well educated, and polite. They talked of their mahogany works, of England, hunting, horses, ladies, and wine.²¹⁴

Por otro lado, aún con su admiración por la población negra de Belice y su amalgama étnico-social, no deja de lado en el texto algunos conceptos al respecto, provenientes de su propia cultura, como cuando habla del buen cuidado que se les da a

²¹² *Ibíd.* p.6.

²¹³ “I hardly knew whether to be shocked or amused at this condition of society”, en *idem.*

²¹⁴ *Ibíd.* p.p. 5 – 6.

los niños: “[...] as if their skins were perfectly white.”²¹⁵ En este mismo sentido, hace algunos señalamientos en cuanto a que la población infantil más “blanca”, según le señalan, tiende a obtener mejores resultados en la escuela.

Unfortunately, the master of the school was not present and I had no opportunity of learning the result of his experience in teaching; but in this school, I was told, the brightest boys and those who had improved most were those who had in them the most white blood.²¹⁶

De tal forma que Stephens, a pesar de intentar ser un “observador objetivo” (cosa por demás difícil, cabe decir) para dar a conocer otros lugares al público norteamericano, así como ya lo había tratado de hacer en sus textos sobre el Viejo Mundo, no puede, aunque se aleje un poco de ellos, dejar de reproducir en sus textos conceptos propios de su cultura sobre las poblaciones y personas que va conociendo, e igualmente, los reproduce en las formas de las interacciones sociales que surgen de estos contactos.

En efecto, Stephens es un hombre de su tiempo. El mundo que conoce y en el que se formó es el de la revolución industrial, con su marcada diferenciación económica y social en los estratos del pueblo. La importancia del dinero y de su acumulación perfila la aparición y consolidación del sistema capitalista. Todo tiene un valor monetario y todo se vuelve un objeto de consumo.²¹⁷

En este mismo tenor, sus dichos vienen influidos por las ideas de la ilustración y de la modernidad, así como buena parte de sus conceptos sobre los indígenas.²¹⁸ Por

²¹⁵ Supra. Cita No. 45.

²¹⁶ John Lloyd Stephens, “Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan”, Volume one, Rutgers University Press, New Jersey, 1949, p.9. Por otro lado, aparte de los aspectos raciales que va reproduciendo Stephens, también le atribuye beneficios a la educación escolar o académica para la población en general: “Whit the advantages of dress and education they might well have become ornaments in cultivated society; but it has been decreed otherwise, and these young girls will go through life making tortillas”, en *Ibíd.* p.43.

²¹⁷ En Manuel Ferrer Muñoz, coordinador, “La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿Un Estado-Nación o un mosaico plurinacional?, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, México, 2002, p.198.

²¹⁸ “La visión del indígena que Stephens plasma en su obra es, sin duda, coincidente con las ideas que sobre los aborígenes americanos prevalecieron durante los inicios del siglo XIX, y que habían sido acuñadas durante el período ilustrado (...)”, en *Ibíd.* p. 210.

otro lado, es un defensor de la idea de que el suelo americano fue y puede ser la cuna de grandes civilizaciones que no necesitaron del ejemplo o herencia del Viejo Mundo para constituirse, pero este empeño no excluye las influencias conceptuales e ideológicas de estos procesos culturales e históricos que se difundieron por todo lo comprendido como occidente (los que se denominan como modernidad e ilustración).

Posiblemente, de lo anterior venga su curiosidad por preguntar sobre la educación y el alumnado en algunas escuelas que visitó, tanto por punto de comparación con su propia sociedad, en donde la idea de una educación académica para los “individuos” comienza ya a tener preponderancia, como por ver los resultados de la amalgama social y étnica que le sorprenden y que, tal vez, le emociona, por sus ideas sobre la posibilidad de una sola herencia cultural americana, aunque, sin que esto anulara algunos conceptos como los de “casta” o “raza” en sus escritos, cuestión dicotómica que refleja la situación social estadounidense de la época y aun de la actualidad en cierta medida.²¹⁹

De modo que, Stephens en sus textos, parece sentir una gran admiración hacia quienes pudieron haber construido los vestigios arquitectónicos que se disponía a investigar y, junto con esta admiración, se encuentra la intriga y curiosidad que parece sentir, justamente, por quienes habían conformado este pueblo tan instruido en diversas artes, ¿qué raza? posiblemente se preguntaba, pues los pobladores locales no pudieron informarle quiénes habían construido dichas estructuras, pues ya no existían relatos ni algún libro sobre esto, como llegó a pretender encontrar Stephens, que dieran cuenta de esta información.

Who were the people that built this city? In the ruined cities of Egypt, even in the long lost Petra, the stranger knows the story of the people whose vestiges he finds around him. America, say historians, was

²¹⁹ Cuestión en la que el Estado Norteamericano sostiene el discursos de ser una nación constituida por migrantes que busca en términos generales la unión de estos bajo el mismo Estado, al tiempo en el que segrega a ciertos grupos étnicos y a otros incluso privó de derechos, al respecto Connor Walker menciona que “ el factor clave que singulariza el proceso de asimilación en los Estados Unidos es que el impulso asimilador procedió en su mayor parte de los grupos sin asimilar y no del grupo dominante. El emigrante típico, excepción hecha del africano, abandonaba *voluntariamente* su lar cultural y recorría una distancia notable, tanto en sentido físico como psicológico, para internarse en un entorno etnopolítico diferente que no presentaba semejanzas políticas o psicológicas notables con su tierra natal. (...) El emigrante se daba cuenta en todo momento de que pertenecía a una identidad cultural más amplia que impregnaba y modelaba el gueto de innumerables maneras, y sabía que el único medio de sortear los obstáculos más obvios interpuestos en el camino de sus ambiciones era aceptar la asimilación cultural”, en Walker Connor, “Etnonacionalismo”, Trama Editorial S.L., Madrid, 1998, p. 53.

peopled by savages; but savages never reared these structures, savages never carved these stones. When we asked the Indians who had made them, their dull answer was “Quien sabe? (Who knows?)” (...) But architecture, sculpture, and painting, all the arts which embellish life, had flourished in this overgrown forest; orators, warriors, and statesmen, beauty, ambition, and glory had lived and passed away, and none knew that such things had been, or could tell of their past existence. Books, the records of knowledge, are silent on this theme.²²⁰

En este mismo sentido, ya desde su primera exploración a Copán y la posterior compra de la propiedad, Stephens se sorprendía por no poder conseguir información de los habitantes aledaños sobre quiénes habían construido estas estructuras. También le sorprendía que las autoridades locales no organizaran exploraciones que pretendieran esclarecer el origen de estas ruinas.

Stephens conocía los trabajos de Del Río y de la Real Exploración Anticuaria que encabezó Dupaix, además de la obra de Humbolt, y también recurrió a fuentes que narran la conquista en la zona,²²¹ como el “Compendio de la historia del Reino de Guatemala” de Domingo Juarros y Montúfar, y siendo entusiasta del tema no comprendía la falta de interés por parte de los pobladores locales en los estudios al respecto, ni el que permaneciera en el misterio el origen de estos asentamientos. En algunos de sus comentarios se puede traslucir la justificación que hace a la injerencia norteamericana en dichos estudios, pues para él la norteamericana era nuevamente una cultura americana interesada por el pasado de las culturas americanas, y con el interés y conocimientos académicos para llegar a comprenderlas, lo que justificaría entonces su exploración y apropiación por parte de los norteamericanos, más aún si hay o hubo una continuidad o conexión cultural en las civilizaciones del continente.

The ignorance, carelessness, and indifference with which the inhabitants of Spanish America view this subject is a matter of wonder. In our own country, wild and wandering ideas in regard to its first peopling have been inspired by the opening of forests, the discovery of tumuli, or

²²⁰ John Lloyd Stephens, “Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan”, Volume one, Rutgers University Press, New Jersey, 1949, p.p. 80-81.

²²¹ Cfr. John Lloyd Stephens, “Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan”, Volume one, Rutgers University Press, New Jersey, 1949, p.p. 76-77. Stephens también conoció la obra de Diego López Cogolludo, “Historia de Yucatán”. Cfr. John Lloyd Stephens, “Viaje a Yucatán 1841 -1842”, traducción de Justo Sierra O'Reilly, FCE, México, 2003, p.p. 52-53.

mounds, and fortifications extending in ranges from the lakes through the valleys of the Ohio and Mississippi, the finding of mummies in a cave in Kentucky, the discovery on the rock of Dighton of an inscription supposed to be in Phoenician characters, and the unearthing of ruins of walls and a great city in Arkansas and Wisconsin Territory. From such evidence there arose a strong belief that powerful and populous nations had once occupied the country and had passed away, leaving little knowledge of their histories.

222

Aunque Stephens siempre postuló que los constructores y habitantes de estos vestigios debieron pertenecer a una raza americana, en un principio parece sí tener dudas de que se trate de los antepasados de los mismos indígenas que ha conocido en su viaje, debido a la falta de información de éstos al respecto y a la forma de vida que Stephens observó en ellos durante sus interacciones, misma que no asociaba como propia de una gran cultura y, por ejemplo, llega a expresar que de la “raza” constructora de Copán no quedan tradiciones o vestigios que se hayan heredado. “No remnant of this race hangs round the ruins, whit traditions handed down from father to son and from generation to generation.”²²³

De hecho, aunque busca cierta unidad en las culturas americanas, no puede evitar hablar de que los constructores de los diferentes vestigios que exploró, pudieron pertenecer a diferentes razas, término con el que, al parecer, explica las diferencias culturales y de estilos arquitectónicos en algunas ocasiones, sobre todo cuando no hay registros de los mismos en libros o en la memoria o tradición de los pobladores locales, o en las ruinas mismas, si bien se opuso a teorías transatlánticas o a fechar los vestigios en tiempos muy, muy remotos. “If there had been such evidences we should have considered these remains the work of the same race of people, but in the absence of such evidences we believed that Copán and Quiriguá were cities of another race and of a much older date.”²²⁴

Es decir, Stephens está buscando a una civilización americana, y busca comprender esta parte de un pasado humano en el continente americano y ver cómo se relaciona con el concepto que él tiene sobre la existencia de rasgos culturales americanos

²²² *Ibíd.* p.75.

²²³ *Ibíd.*, p. 81.

²²⁴ John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Volume two, Rutgers University Press, New Jersey, 1949, p. 156.

en general, en donde términos como el de raza o salvaje eran parte de las teorías de la época.

Es así como suerte Stephens no deja de tener sus referentes sobre este concepto puestos en los del Viejo Mundo, asimismo, cuando comienza la exploración de vestigios mayas no puede evitar tomar como punto de referencia lo que había observado en sus primeros viajes realizados en Europa, Egipto y el Cercano Oriente, puntos de referencia para las culturas europeas de civilizaciones exóticas y orientales. Aunque nuevamente, cabe recalcar, que Stephens dentro de estos parámetros defiende el origen autóctono de las culturas americanas y al mismo tiempo, su unidad dentro del concepto de “americano”, dentro del cual él también se considera una parte, y una parte activa de estas investigaciones y de la cultura americana. “[...] an enterprising American has turned the tables on the Old World and planted the ark itself within the state of New York”.²²⁵

En esta búsqueda por los constructores de los monumentos, Stephens sí teoriza que las razas que construyeron los antiguos vestigios mayas eran poblaciones americanas, y que aunque pudieron ser algo diferentes a las que conocieron los primeros europeos que llegaron a estas tierras, pues los vestigios arqueológicos de los sitios que él considera más antiguos presentan algunas diferencias con respecto a los que conocieron aún habitados los españoles, menciona que lo más seguro es que eran sus ancestros directos y que en definitiva no se les puede atribuir unas fechas tan remotas como las de los orígenes de muchas civilizaciones de África, Europa o el Cercano Oriente, ni mucho menos aún, hablar de tiempos “antediluvianos”, como algunos llegaron a especular anteriormente.

I am happy thus early in these pages to have an opportunity of recurring to the opinion expressed in my former volumes, in regard to the builders of the ancient American cities.

The conclusion to which I came was, that “there are not sufficient grounds for belief in the great antiquity that has been ascribed to the ruins;” “that we are not warranted in going back to any ancient nation of the Old World for the builders of these cities; that they are not the works of people who have passed away, and whose history is lost; but that there are strong reasons to believe them the creation of the same races who inhabited the

²²⁵ *Ibíd.* p.74.

country at the time of the Spanish conquest, or some not very distant progenitors.”²²⁶

Por lo anterior, se puede observar en Stephens la importancia de estos conceptos de la cultura occidental, sin embargo, también trasluce la continua argumentación que hace sobre el origen americano de las culturas americanas, en donde mantiene su postura de que las razas que construyeron los vestigios arquitectónicos en la América Media eran americanas y que estas sí debían de estar emparentadas con las mismas poblaciones con las que interactuaron los españoles ya desde el siglo XVI, e incluso, señaló que aunque sea parcialmente, eran los ancestros de los indígenas con los que interactuó en su viaje, si bien, éstos son poco mencionados en su obra.

Como ya se expuso, lo que desconcertaba a Stephens era la aparente falta de interés hacia estos elementos por parte de los pobladores locales, incluidos los mismos indígenas, y la falta de fuentes bibliográficas y de tradiciones en estas mismas poblaciones (al menos para Stephens), que rememoraran el origen de estos vestigios. En este mismo sentido, en su “Viaje a Yucatán”, es donde ya menciona que esta falta de registros históricos es lo que ensombrecía el estudio de esta antigua civilización, pero confiado de sus observaciones e investigaciones, estando en Mérida en 1841 e inspirado por el arco maya de piedra ubicado en el convento de San Francisco, ya comienza a aseverar con fiabilidad que la misma raza indígena y/o sus descendientes son los responsables de la construcción de las antiguas ciudades y vestigios en la zona.

When I wrote the account of my former journey, the greatest difficulty attending the consideration of the subject was the absence of all historical record concerning the places visited. Copan had some history but it was obscure, uncertain, and unsatisfactory. Quirigua, Palenque and Uxmal

²²⁶ John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Yucatan*, Editorial Dante, Condensed version, Mérida, 2013, p.16 Cfr. “Me alegro de que al principiar estas páginas se me presente la oportunidad de ratificar mi opinión, que he manifestado en mis anteriores volúmenes, respecto a los que construyeron las ciudades antiguas de la América. Las conclusiones que deduje entonces fueron que: no había suficiente motivo para creer en la gran antigüedad que se atribuía a aquellas ruinas; que no necesitábamos acudir a ninguna nación del Antiguo Mundo para hallar a los que edificaron estas ciudades; que no eran ellas obra de un pueblo que hubiese desaparecido y cuya historia no existiese, sino que por el contrario había poderosas razones para creer que habían sido edificadas por las mismas razas que habitaban el país al tiempo de la conquista española, o por algunos progenitores suyos no muy remotos”, en John Lloyd Stephens, “Viaje a Yucatán 1841 -1842”, traducción de Justo Sierra O’Reilly, FCE, México, 2003, p.52.

had none whatever; but a ray of historic light beams upon the solitary arch in the ruined convent of Mérida.²²⁷

Es así que en un principio Stephens se intrigaba por lo que percibía como una falta de continuidad en la tradición, entre los indígenas coetáneos suyos y los que habrían construido los vestigios mayas que él había llegado a estudiar y a interpretar, según hemos visto, como los restos de una antigua cultura americana. A Stephens le tomó tiempo notar algunas continuidades culturales entre los vestigios que investigaba, y sobre los indígenas con los que interactuaba no podía más que pensar que no existía ya una memoria que los conectara con los constructores de los restos arqueológicos, por ejemplo, no puede encontrar una respuesta directa como la que él hubiera imaginado al preguntar a un indígena sobre sus deidades, y aunque no puede percatarse de los sincretismos en ella, se percata de que esto es seguramente debido a los cambios en la religión y creencias que han experimentado, y no se aventura entonces a suponer que, por ejemplo, los antiguos mayas fueran una población totalmente diferente.²²⁸

A pesar de los desconciertos en la búsqueda de respuestas, Stephens no deja de sostener que los constructores de los vestigios mayas fueron una cultura americana, y con el tiempo, mantiene la opinión de que los mayas contemporáneos a él descienden en algún grado de parentesco de estos antiguos pobladores.

En este punto, se puede observar cómo en occidente la búsqueda de ciertas continuidades en la tradición, o sencillamente, la historia como narración del acontecer de la población local es una parte determinante de la identidad que buscan construir los Estados Nacionales. De esta manera, los Estados en el siglo XIX buscan este elemento nacional en las civilizaciones del pasado, encontrando ahí discursos en los que sustentan una continuidad cultural y por lo tanto identitaria entre las poblaciones del pasado y del

²²⁷ John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Yucatan*, Editorial Dante, Condensed version, Mérida, 2013, p.16. Cfr. John Lloyd Stephens, "Viaje a Yucatán 1841 -1842", traducción de Justo Sierra O'Reilly, FCE, México, 2003, p.52.

²²⁸ "We were rather at a loss as to what to do with ourselves, but in the afternoon our host called in an Indian for the purpose of enabling us to make a vocabulary of Indian words. I asked him first to tell me the Indian expression for "name of God", to which he answered, *Santísima Trinidad*. Through our host I explained to him that it was the Indian not the Spanish name that I wanted, but he answered as before, *Santísima Trinidad* or *Dios*. (...) it may be inferred either that they have never known any Great Spirit who governed and directed the universe, or that they had undergone such an entire change in matters of religion that they had lost their own appellation for the Deity", en John Lloyd Stephens, "Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan", Volume one, Rutgers University Press, New Jersey, 1949, p. 53.

presente. Así, la acertada hipótesis que defiende Stephens sobre el origen americano de los vestigios mayas precolombinos, tiene además tintes políticos e ideológicos, de los que muy probablemente estaba convencido, y en los que pretende encontrar en el pasado civilizatorio del continente una base del presente del mismo, aunque la etnicidad de las poblaciones sea diferente “[...] invocaban el gran pasado indígena como una de las fuentes clave para la especificidad de la identidad y la cultura de la joven república estadounidense, en contraste con los esfuerzos por equipararse con la tradición europea”.²²⁹

En consecuencia, el encontrar en el continente civilizaciones con estructuras sociales que les permitieron alcanzar logros técnicos comparables a los de los pueblos antiguos del llamado Viejo Mundo inflamaba la imaginación del público estadounidense, mismo que además de interesarse por viajes en parajes exóticos y románticos, como muchos lectores decimonónicos, buscaba también y en buena medida, conocer a las civilizaciones del pasado para encontrar símiles con el moderno Estado en el que habitaban, conformado en gran medida por migrantes, pero asentado en un Nuevo Mundo, en donde si bien la civilización podía ser diferente, podía igualmente ser monumental y mostrar, según los estándares de la época, un gran desarrollo.

Por consiguiente, la generalidad de los viajeros y exploradores occidentales, interesados en descubrir civilizaciones antiguas o precolombinas, se sentían identificados en gran medida con las mismas, buscando y elaborando en sus discursos una continuidad cultural que hacía afines las apropiaciones de los vestigios de antiguas culturas americanas, y el interés de algunos norteamericanos por el pasado precolombino no fue la excepción. Así los viajes de Stephens por la América Media

²²⁹ Markéta Krízová, “Retorno de la civilización a Quiriguá: arqueología maya y los juegos de poder y prestigio en Centroamérica en los siglos XIX y XX”, *Entre Diversidades*, Número 13, julio – diciembre 2019, UNACH, México, p.175.

“En palabras de Juan Ortega y Medina, Stephens era uno de los protagonistas del “Monroismo científico” que buscaba sustentar la dominación de los Estados Unidos en el sur del continente dentro del marco del Destino Manifiesto, integrando a la vez el pasado maya al presente de la América del Norte.” En Ídem.

Así, aún las certeras teorías de Stephens sobre el origen americano de la cultura maya, deben de ser contrastadas con el sentido nacionalista que le da a estas, y con su contexto socio – cultural, en el que los Estados Unidos, buscaban diferenciarse de Europa y construir discursos identitarios que representaran esta creencia en las características de lo Americano, y las civilizaciones que ya habían habitado en el continente podían ser casos que ejemplificaran y dieran base a estos conceptos, consecuentemente se muestra pertinente contemplar “[...] la necesidad de considerar siempre el contexto político, social y cultural en el que se producen las “verdades” científicas”, *Ibíd.* p. 172.

fueron, para él, y para muchos de sus lectores, un viaje de investigación y apropiación por las periferias exóticas de su nación americana.

El primer viaje de Stephens y Catherwood, del que se gestaría el libro de *Incidents of travel in Central America, Chiapas, and Yucatán*, publicado en 1841, terminó, como el mismo texto señala en su capítulo final, mostrando una gran atención por la exactitud del tiempo empleado en la exploración, el 31 de julio de 1840 cuando arribaron a Nueva York, nueve meses y veintiocho días después de su partida a bordo del *Mary Ann* en este mismo puerto y, de este tiempo de viaje, Stephens calcula que pasó siete meses y veinticuatro días en su trabajo de exploración.²³⁰

El segundo viaje de Stephens y Catherwood hacia la América Media, emprendido el 9 de octubre de 1841, cuando los dos amigos y exploradores se embarcaron desde Nueva York en la barcaza *Tennessee* rumbo a Sisal, fue dedicado a la exploración de la península de Yucatán, y se extendería hasta el 17 de junio de 1842, siendo esta nueva exploración la base para la obra *Incidents of travel in Yucatán*, publicada en 1843.

Después de 1842, tras el regreso de su segundo viaje, los dos amigos ya no volverían a trabajar juntos, curiosamente, ambos por diferentes circunstancias, terminarían dedicándose a la supervisión y planeación en la construcción de vías férreas. Tras los viajes por la América Media Frederick Catherwood regresó un tiempo a las labores de la arquitectura, mismas que lo llevarían al campo de la ingeniería al encontrar trabajo como supervisor en la construcción de un ferrocarril en la Guyana Inglesa, lo que le tomó: “tres y medio años de frustración, de disputas ociosas y enfermedad del trópico...”²³¹, dificultades y trabas éstas que terminaron convenciéndolo de retirarse del proyecto.

Posteriormente, aprovechando la experiencia adquirida a pesar de todos los contratiempos en la construcción del ferrocarril en la Guyana Inglesa, intentó ir a trabajar con su amigo Stephens en un nuevo proyecto ferrocarrilero, esta vez en Panamá, pero al poco de su llegada cayó enfermo de malaria y su amigo lo envió a California a recuperarse. Una vez recuperado, Catherwood se dedicó en California a la

²³⁰ “Deducting the time passed at sea, we had spent but seven months and twenty four days in the prosecution of our work”, Cfr. John Lloyd Stephens, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, Volume two, Rutgers University Press, New Jersey, 1949.p. 395.

²³¹ Robert L. Brunhouse, “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994, p.104.

construcción de muelles y almacenes, siendo también ingeniero consultor de un ferrocarril local. Tras una estadía en Inglaterra, en 1854 emprende el regreso a los Estados Unidos a bordo del *Artic* para continuar con estas labores, lamentablemente, el impacto con otro barco provocó el hundimiento de este buque y Catherwood falleció en este incidente junto con otros pasajeros.

Por su parte, John Lloyd Stephens, con su buen talante para los negocios, entró a la Ocean Steam Navigation Company y viajó a Europa para establecer el servicio de la compañía en Bremen, después regresó a los Estados Unidos interesado en el Ferrocarril del Río Hudson, sin embargo, la América Media lo llamó una vez más y junto con el superintendente de la Compañía Naviera Postal del Pacífico William H. Aspinwall y el capitalista inversor Henry Chauncey formó la compañía Ferrocarrilera de Panamá.²³²

Encontrándose en estas labores de ingeniería ferroviaria Stephens enfermó gravemente y un día fue encontrado inconsciente, por lo que tras ser atendido regresó lo más prontamente que pudo a Nueva York a recuperarse, y tras pasar todo el verano en su casa de Leroy Place 13, sin lograr recuperar del todo sus fuerzas, murió en octubre de 1852. Tradicionalmente, se dice que la enfermedad de la que falleció fue malaria, sin embargo, al parecer, es más verosímil el que haya muerto por una enfermedad hepática.²³³

Las dos exploraciones por la América Media de Stephens y Catherwood, y las sendas obras literarias que resultaron de estas, constituyeron una parte fundamental en el acervo de las primeras obras de la arqueología americana contemporánea, los textos de Stephens, dejando algo de lado su patriotismo norteamericano, contribuyeron en la época a comenzar a ver los vestigios de la antigua civilización maya como una cultura americana, al dejar de lado teorías trasatlánticas y ubicar su surgimiento y el florecimiento material que presentó en sus grandes sitios arqueológicos en tiempos menos remotos y más cercanos al contacto con los europeos y, aún más, al terminar apuntando que los creadores de estos monumentos eran los antepasados del mismo pueblo maya que conoció en sus viajes. Así, la pluma de Stephens y los registros gráficos de Catherwood, consiguieron no solamente un texto “superventas”, sino también, el

²³² Ídem.

²³³ Cfr. “The late John L. Stephens”, *Putnam’s Monthly Magazine of American Literature, Science, and Art*, January – June, Issue 1 (1853), Online. p.66.

registro de unas exploraciones que ayudarían a resolver las interrogantes sobre quiénes fueron los mayas y el hombre americano en general.

CONCLUSIONES

La forma en la que los europeos y en general el occidente entendieron a los hombres americanos y a las civilizaciones precolombinas que estos constituyeron, depende en gran medida de las concepciones que tenían los primeros acerca del mundo y del ser humano, mismas que se reflejan en sus doctrinas e ideologías, y que constituyeron filtros a través de los cuales miraron a los pobladores de las Américas. También cabe resaltar que el contenido ideológico de lo que podemos llamar civilización occidental, como suele acontecer con todo aspecto del devenir humano, ha variado con el tiempo, para ser más precisos, con los procesos socio-culturales que marcaron el desarrollo de la civilización en occidente.

De esta manera, en el siglo XIX, la percepción que se tuvo de las antiguas civilizaciones precolombinas y los intereses que éstas despertaron en los Estados y/o Monarquías americanas se encontraban marcados por ideologías tales como el pensamiento ilustrado y el romanticismo, debido a esto, a fines del siglo XVIII y durante la primera mitad del XIX, fue común encontrar entre los exploradores y estudiosos del mundo prehispánico el interés por descubrir en éste pistas sobre diversos conceptos importantes en el ideario de los exploradores y estudiosos, como los de raza, nación y civilización y/o cultura, y cómo ésta se había difundido por el mundo (según las teorías difusionistas de la época).²³⁴

Consecuentemente, se puede observar cómo en el interés por entender el pasado prehispánico del Continente Americano, los pobladores de tradición occidental que poco a poco fueron habitando el mismo desde los albores de la era moderna, encontraron en éste un misterio al que sólo pudieron acercarse y comprender (de cierta forma) mediante sus propias concepciones del mundo, incorporándolo a la ecúmene de la cristiandad y a sus tradiciones, a pesar de que éste se les presentara de formas que no eran contempladas en su tradición. Ya desde la última década del siglo XVIII, a consecuencia del ambiente sociopolítico e ideológico en las Américas, este pasado precolombino que en varios aspectos continuaba constituyendo un misterio, se veía

²³⁴ Confróntese con la página 59 del presente trabajo de tesis, sobre Juan Galindo y su interés por ubicar a Centroamérica como el punto de origen de la civilización americana, posteriormente teorizará con un origen americano de la civilización en general.

además como un espejo en el cual observar reflejados estos nuevos conceptos seculares, como el de nación, que la población, en especial la criolla, iba incorporando a su identidad, y que por lo tanto iban cobrando gran importancia en los ya contemporáneos Estados Nacionales que se estaban conformando.

Sin embargo, resultaba prácticamente imposible el que estos nuevos conceptos, muchos de ellos elaboraciones del pensamiento ilustrado, dejaran atrás elementos cristianos o religiosos, pues en buena medida les dieron bases y la población se identificaba con ellos. En este crisol, entra como un ingrediente más el interés por el pasado indígena, mismo que en las Américas se constituye como una base identitaria para la población y los Estados que quiere conformar, por ejemplo, en palabras de Jacques Lafaye:

La convergencia entre la esperanza escatológica de los aztecas, representada por la espera del retorno de Quetzalcóatl y el milenarismo de los evangelizadores católicos, fue una raíz de la mística nacional criolla, que debía tomar los rasgos de la Virgen de Guadalupe antes de laicizarse en la divisa de un pueblo que se creyó a su vez el “pueblo elegido”: “Como México no hay dos.”²³⁵

De esta manera, la búsqueda ideológica por conocer el pasado indígena se volvió un argumento político, esgrimido por la clase política para buscar cierta autonomía con respecto de Europa, pero que, al mismo tiempo, construyó durante este período auténticas bases culturales e identitarias, mismas que incluso reelaboraron ciertos aspectos religiosos propios de la población de los nacientes Estados Nacionales americanos.

Resulta interesante resaltar que con la independencia de las colonias británicas de Norteamérica y hasta la primera mitad del siglo XIX, los estadounidenses en sus intentos por diferenciarse culturalmente de Inglaterra, y en general de Europa, elaboraron ideas políticas similares, que en muchos casos no se separaron de los contenidos religiosos que estas tenían e incluso elaboraron nuevos,²³⁶ en donde el Nuevo Mundo es ya protagonista, además, de que en estas elaboraciones también

²³⁵ Jaques Lafaye, “Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México”, FCE, México, 1977, p. 33.

²³⁶ Véanse las páginas 8 – 9 de la presente tesis.

mostraron interés por el pasado indígena del continente, buscando una apropiación cultural que los diferenciara de Europa. Así, por ejemplo, John L. Stephens en su mal logrado museo, pues se incendió en 1842, buscaba darle un nuevo contexto “panamericano” a las piezas arqueológicas que había conseguido en sus viajes por la América Media, pues estas eran parte de un pasado americano.

In the case of Stephens’ museum, however, the founder’s sole aim was to achieve a continuous – albeit artificial – narrative, in which conflated indigenous groups would serve as the first cultural strata of U.S. cultural history.²³⁷

En este contexto, las exploraciones de los vestigios mayas precolombinos, efectuadas entre 1784 y 1841, además de despertar con frecuencia la imaginación por el misterio que despertaban, se insertaron en este contexto ideológico y sociopolítico, en donde las primeras de ellas, llevadas a cabo durante el virreinato y conducidas por autoridades locales y vecinos de poblaciones aledañas a las zonas arqueológicas, llamaron rápidamente la atención de la Monarquía Hispana, y al poco tiempo la Capitanía General de Guatemala comenzó a realizar las primera exploraciones oficiales de la región. Puede llegarse a la conclusión de que el interés por parte de las autoridades de la Monarquía Hispana por el pasado indígena, se insertaba en el ambiente de exploraciones y de desarrollo de conocimientos propios del período ilustrado, pero además, puede observarse un interés por identificar al virreinato y a su población con el pasado de grandes culturas e imperios.

En esta identificación, se puede decir que las expediciones de Antonio del Río y de Guillermo Dupaix tenían interés por conocer sobre un pasado que se veía ya como algo propio, como parte del pasado de los reinos que conformaban a la Monarquía Hispana, parte del conocimiento sobre sus territorios y, por lo tanto, como algo importante para ser estudiado y comprendido.²³⁸

Algo similar puede observarse en las posteriores exploraciones del entusiasta nacionalista Juan Galindo, de origen irlandés, quien interesado por dar a conocer las

²³⁷ R. Tripp Evans, “Romancing the Maya, Mexican antiquity in the American imagination, 1820 -1915”, University of Texas Press, Austin, 2004, p. 73.

²³⁸ Véanse las páginas 20 – 21 de la presente tesis.

grandes riquezas que había en la República Centroamericana, nación que adopta por convicción propia, se apasiona por el pasado prehispánico de la región y a partir de 1831 comienza la exploración de varias zonas arqueológicas mayas. Sorprendido por lo que encuentra en ellas y llevado por su propio espíritu romántico-nacionalista, llega a ubicar al territorio de la naciente república americana como la cuna de la civilización humana, por lo que la herencia y riquezas culturales de Centroamérica deberían de ser conocidas por todo el mundo, además de ser un indicador del importante papel que podían llegar a tener la naciente república y sus pobladores contemporáneos a nivel mundial.²³⁹

De esta manera, los vestigios de la civilización maya prehispánica que fueron objeto de esta ola de exploraciones y estudios que comienzan con las expediciones mandadas a fines del virreinato estimularon grandemente la imaginación de anticuarios, artistas y entusiastas, y representaron para los nacientes Estados americanos un elemento en la construcción de sus identidades. Y entonces, así como las culturas europeas y en específico sus Estados se identificaban como herederos de Grecia, Roma e incluso Egipto, los Estados y gobernantes de territorios americanos, que podían igualmente reclamar herencias de este pasado del viejo mundo, podían también reclamar e identificarse a ellos mismos y a sus territorios con grandes y antiguas civilizaciones que habitaron en las Américas.

Esta emoción e intriga que despertaron las exploraciones de los vestigios mayas, atrajeron también a estudiosos y académicos de diversa índole, como por ejemplo, con seguridad uno de los más sonados, Jean Frederick Waldeck, dibujante y polímata en diversas áreas de las artes, quien en 1822 tuvo la oportunidad de leer el informe de Antonio del Río mientras se encontraba con su amigo el editor Hery Bertoud, a quien propuso hacer una edición en inglés del mismo.²⁴⁰

Waldeck, intrigado por los descubrimientos y dibujos de Del Río sobre Palenque, se preguntaba si estos vestigios pudieron ser construidos por egipcios o asiáticos, y en una búsqueda por los derroteros de la civilización humana, desde una comprensión difusionista de la cultura, emprendió a partir de 1825 su viaje a México y posteriormente por los vestigios de la antigua civilización maya. Si bien, las exploraciones de Waldeck no estuvieron inspiradas por motivos nacionalistas o

²³⁹ Véanse las páginas 61 – 62 de la presente tesis.

²⁴⁰ Véase página la página 73 del presente trabajo de tesis.

patrimonialistas, es posible percibir en su obra el interés romántico por descubrir el pasado de la humanidad, mismo que, siendo él mismo europeo, tendría una continuidad desde el Viejo Mundo hacia el Nuevo, así, en la misma dirección, en la que él mismo había construido sus intereses culturales y artísticos, dentro del discurso romántico que construyó entorno a su vida.

Finalmente, las exploraciones y estudios sobre los antiguos vestigios mayas que realizaron John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood, introducen de manera particular el interés de la sociedad norteamericana, en especial de sus élites, por identificarse con el pasado del continente, tomando como parte de su pendón político a las antiguas civilizaciones prehispánicas, pues para ellos, estas fueron la muestra de una gran cultura que se desarrolló sin la necesidad de la intervención europea.²⁴¹

Este Monroísmo arqueológico, proveniente en buena medida de las convicciones jacksonianas de Stephens, junto con sus propios intereses económicos, pues era un reconocido escritor de relatos de viaje, además de “una voz norteamericana” que le describía lugares exóticos al público lector de este país, lo llevaron junto con su amigo y artista gráfico Frederick Catherwood, a explorar muchas de las zonas arqueológicas de la zona maya, siendo de entre los exploradores que aborda esta tesis el que más vestigios mayas visitó, y destacando por su defensa del origen autóctono, en última instancia americano, de estos vestigios y de la cultura que los elaboró.

De esta forma, se puede observar en estos exploradores y entusiastas por el antiguo pasado mesoamericano, particularmente el maya, un nuevo interés por desvelar el pasado del continente, pues éste último se comenzaba a ver cada vez más, conforme terminó el siglo XVIII y comenzaba el XIX, como una entidad política con capacidades y tradiciones autónomas, que no tenían por qué depender de los gobiernos europeos. Así, los antiguos pobladores americanos, y en especial, los vestigios materiales que reflejaban su civilización, fueron vistos como una herencia, como una muestra del grado de cultura y de conocimientos técnicos que podían llegar a desarrollar por sí mismos los habitantes de las Américas.

De esta forma, los vestigios mayas precolombinos, tanto por sus características artísticas como por el misterio que creaban en torno a ellos, debido, principalmente, a la falta de registros escritos y/o tradiciones locales que dieran información sobre los

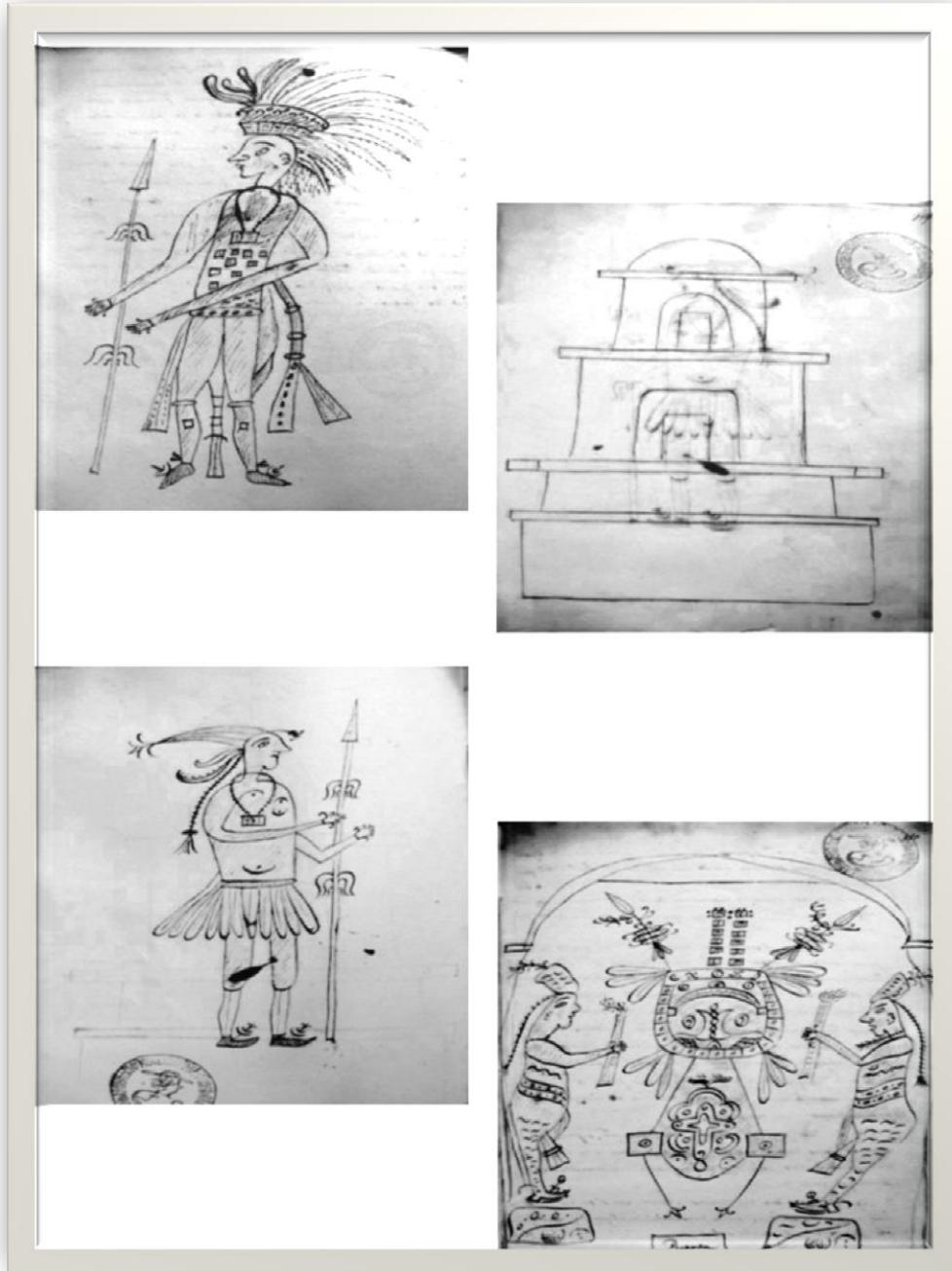
²⁴¹ Véase la página 107 del presente trabajo de tesis.

mismos, fueron un foco de gran interés para estos exploradores interesados por la historia de la civilización y/o del pasado del continente que habitaban, pues hasta el momento éste no resaltaba en los discursos políticos de la Historia Universal de Occidente.

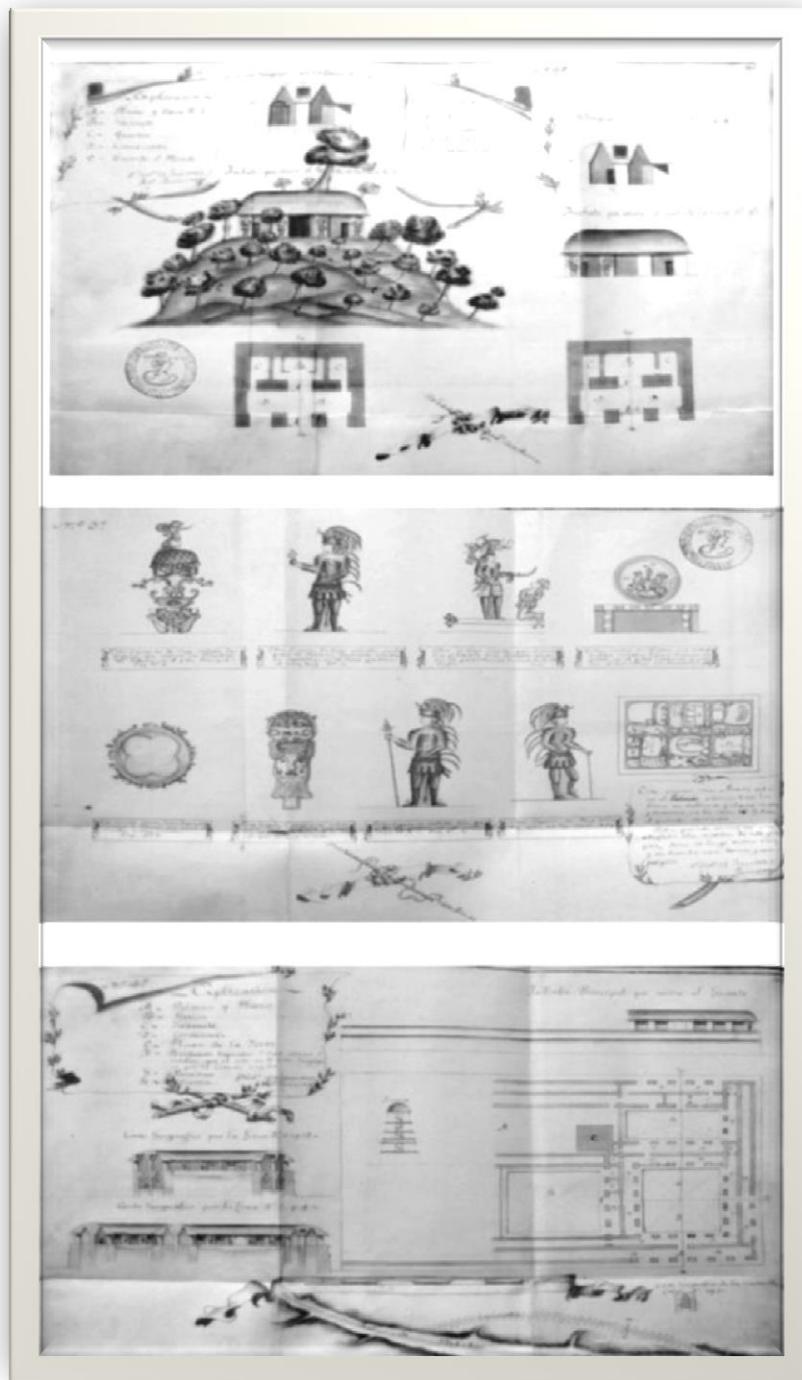
Por ende, aunque en formas algo diversas a las que motivaron a los exploradores de este estudio, podemos ver hasta nuestros días la creencia en este pasado patrimonialista, que define las características de las culturas del pasado entorno a las construcciones nacionales de los Estados modernos, mismos que, frecuentemente, en territorios americanos, exponen el pasado indígena como directamente propio, constituyendo un mito que muestra en muchas ocasiones a los pueblos originarios, especialmente los del pasado, como las figuras ideales o arquetípicas que encarnan la identidad y una supuesta guía para prever el futuro de los Estados contemporáneos, apropiándose así estos últimos de estas características.

En este sentido, la importancia para la arqueología de estos primeros exploradores contemporáneos del mundo maya, es que plantearon teorías que nos muestran un proceso de elaboración y apropiación de conocimientos, surgidos en torno a la comprensión de civilizaciones que les eran extrañas, y que ayudaron a la comprensión de quiénes fueron estas culturas, al mismo tiempo en que plantearían las bases para la comprensión del pasado humano en la América Central, y también, con el tiempo, a la comprensión del pasado humano en general.

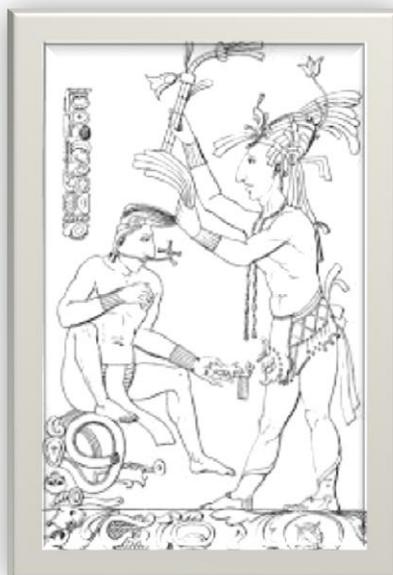
Imágenes



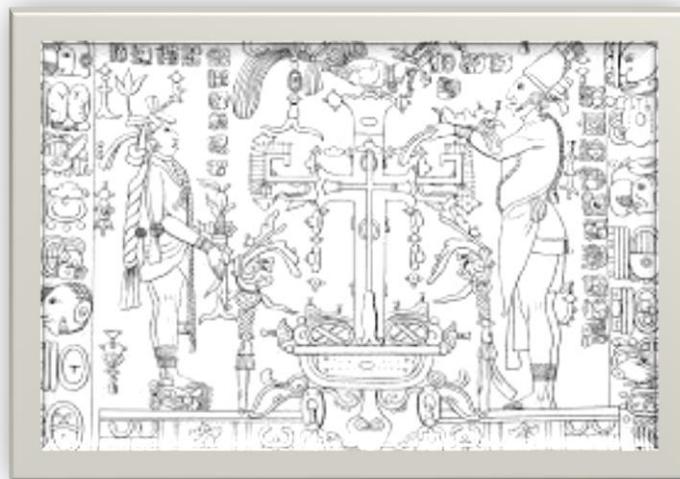
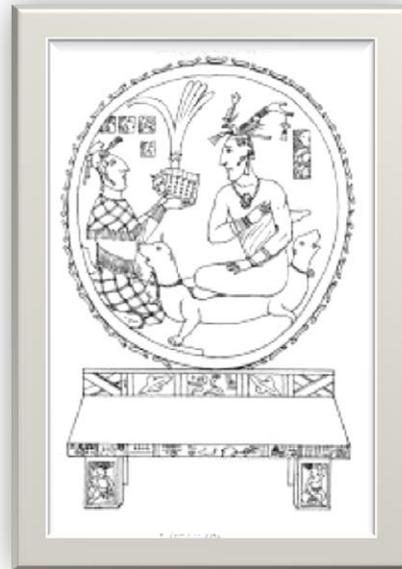
José Antonio Calderón, sus dibujos, elaborados durante su exploración de Palenque en 1784, misma que duró únicamente tres días, se les puede considerar “bocetos” al estilo “arte popular”, elaborados rápidamente para ejemplificar lo que encontró en su exploración.



Antonio Bernasconi, sus ilustraciones, elaboradas un año después que las de Calderón, durante su exploración de 1785, permiten observar que además de contar con una formación de arquitecto, recibió instrucciones más puntuales para elaborar un informe sobre los vestigios de Palenque, de ahí su mayor detalle en los trazos y la elaboración de planos de las estructuras que observó.



Ricardo Almendáriz, ilustrador en la expedición de Del Río en Palenque, elaboró durante la misma en 1787, 25 láminas que detallan principalmente los relieves que observaron en Palenque.



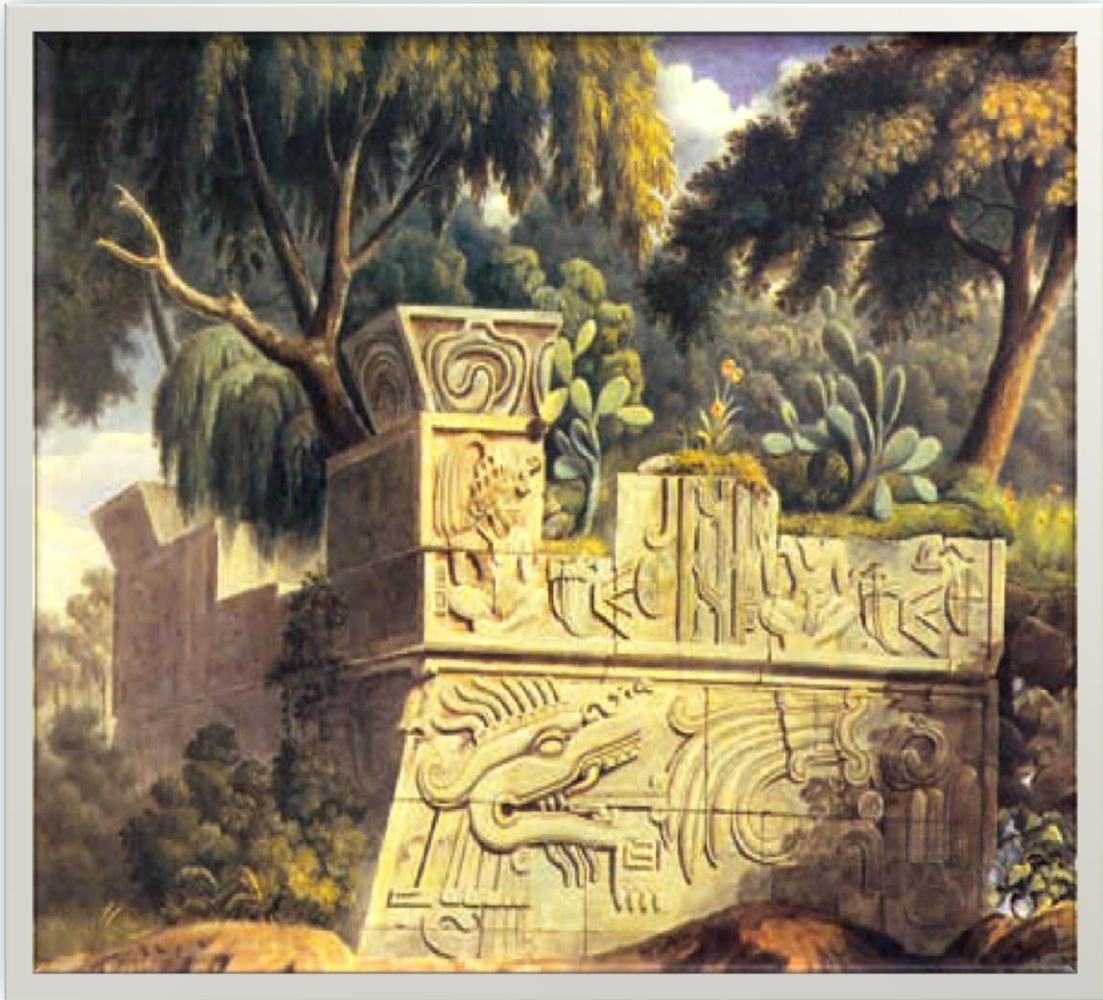
El pintor Ricardo Almendáriz realizó dibujos detallados de los relieves que encontró con una mayor calidad en los trazos y detalles que Calderón, aunque no elaboró planos como sí lo hizo Bernasconi, cabe decir que Del Rio y Almendáriz contaron con más tiempo para la elaboración de las ilustraciones y del reporte que se envió a José de Estachería.



Entre 1805 y 1809 se llevaría a cabo la Real Expedición Anticuaria, encabezada por el Capitán de Dragones en retiro **Guillermo Dupaix**, esta expedición respondía a los intereses de la Corona por conocer el pasado de sus posesiones americanas. Dupaix contaba con la ayuda del oriundo de Toluca, ilustrador, profesor de dibujo y arquitectura **José Luciano Castañeda**, y de **Juan del Castillo** quien fungió como secretario.



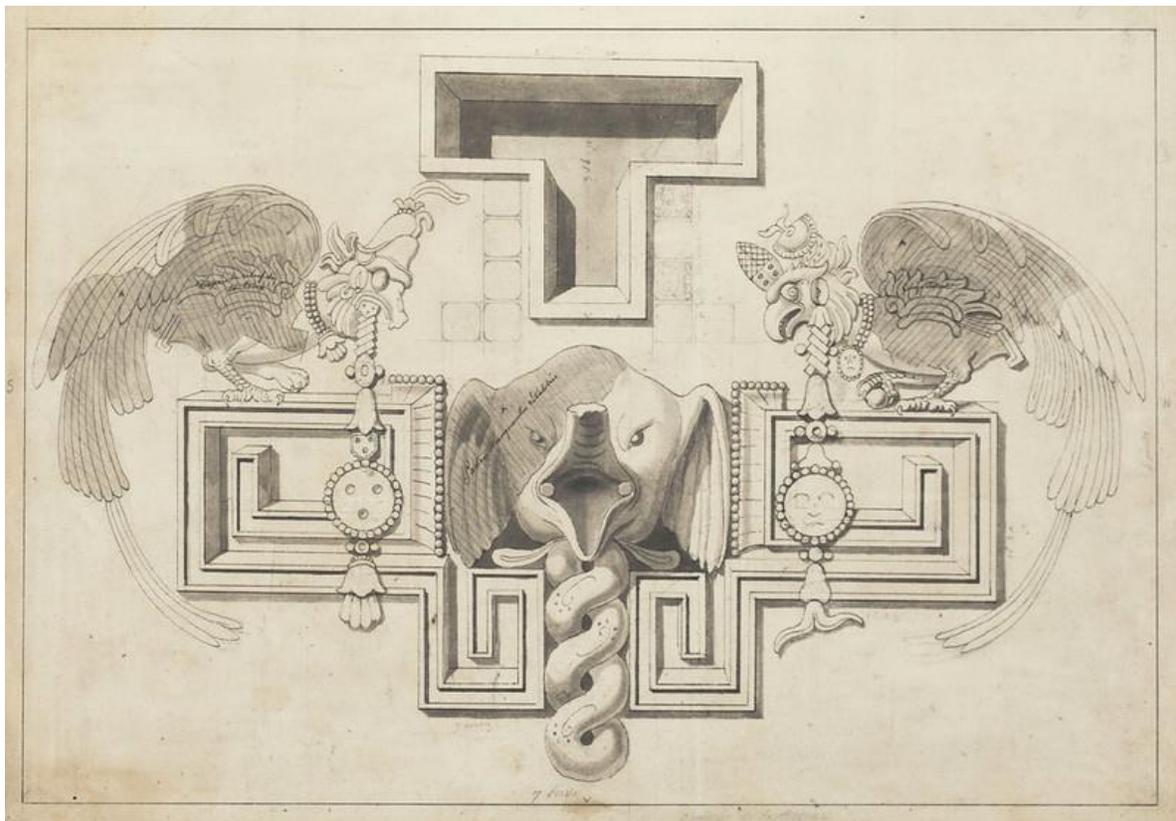
Se puede apreciar la mayor técnica en los dibujos de Castañeda, además, cabe señalar que estos, constituyen la descripción gráfica de lo observado en la expedición. La adición de personas y elemento del ambiente como árboles o cerros pretende servir de referencia al observador de las láminas, para tener una perspectiva del tamaño y algunas otras características de las construcciones y su entorno. Si bien Castañeda no traza planos como Bernasconi, pone también el énfasis en realizar una descripción visual del objeto, pues estos representan un patrimonio que la Corona, promotora de la expedición, buscaba comprender.



Jean Frédéric Maximilien de Waldeck, refleja en las láminas que elaboró durante su expedición arqueológica las dotes en las artes plásticas que tenía. Asimismo, refleja su formación y sus ideales artísticos-pintorescos, por lo que es común encontrar elementos que buscan realzar tanto a la naturaleza como a las ruinas del lugar en cuestión.



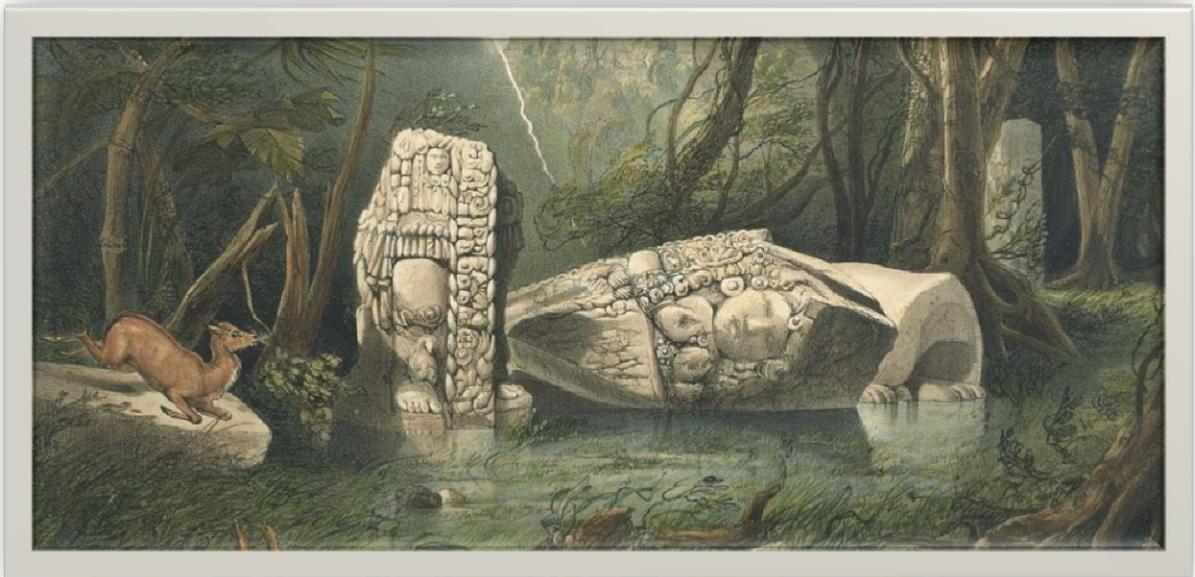
En este mismo sentido, se puede observar cómo la representación del pasado cobra un sentido romántico en las imágenes, en donde la representación de personas u objetos en el entorno ya no está exclusivamente encaminada a ser una referencia estilizada de las proporciones, medidas y distancias entre los objetos observados, sino que busca crear una evocación romántica del pasado americano que pretende representar.

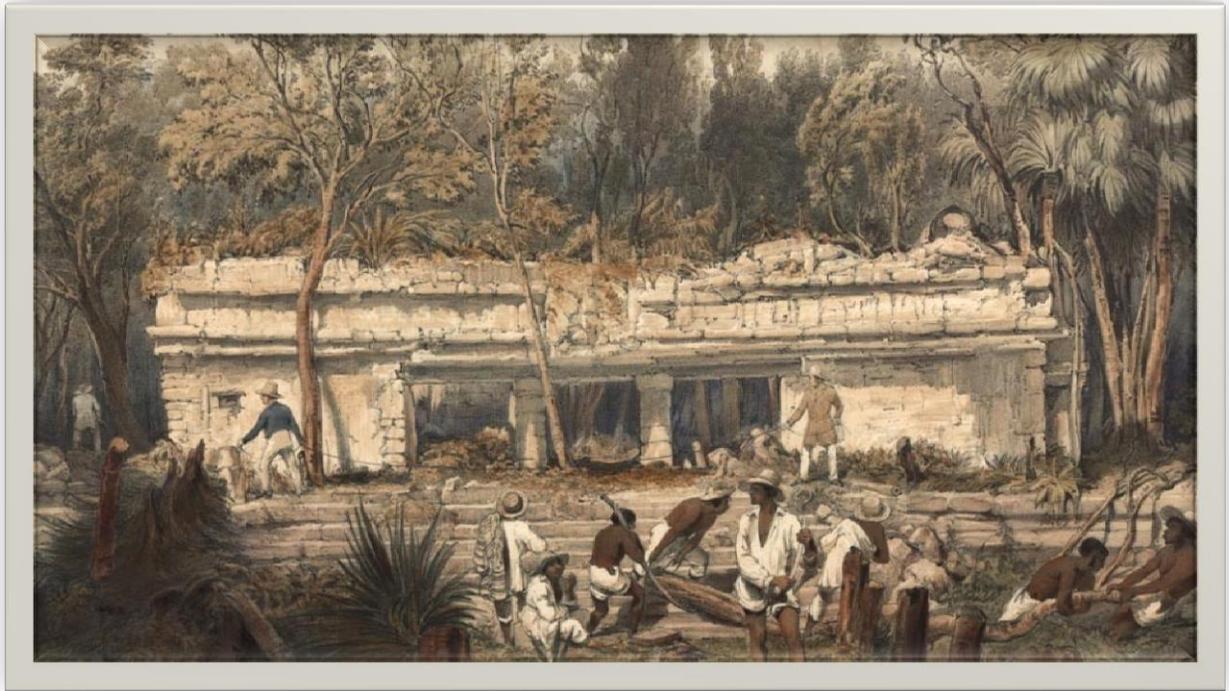


Por otro lado, Waldeck, promotor de una teoría difusionista de la cultura, interpretó de forma bastante personal las esculturas y las imágenes que encontraba en los frisos de los vestigios arqueológicos, de ahí sus famosos elefantes, que fueron una interpretación libre de los mascarones del dios Chaac, mismos que Waldeck utilizó como una prueba más para argumentar el origen oriental de la civilización maya.



John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood, realizaron entre 1839 y 1842, dos viajes a la región maya que tendrían como resultado sendos *best sellers*, mismos que harían populares a la civilización maya y por contigüidad a las civilizaciones indígenas del continente americano.

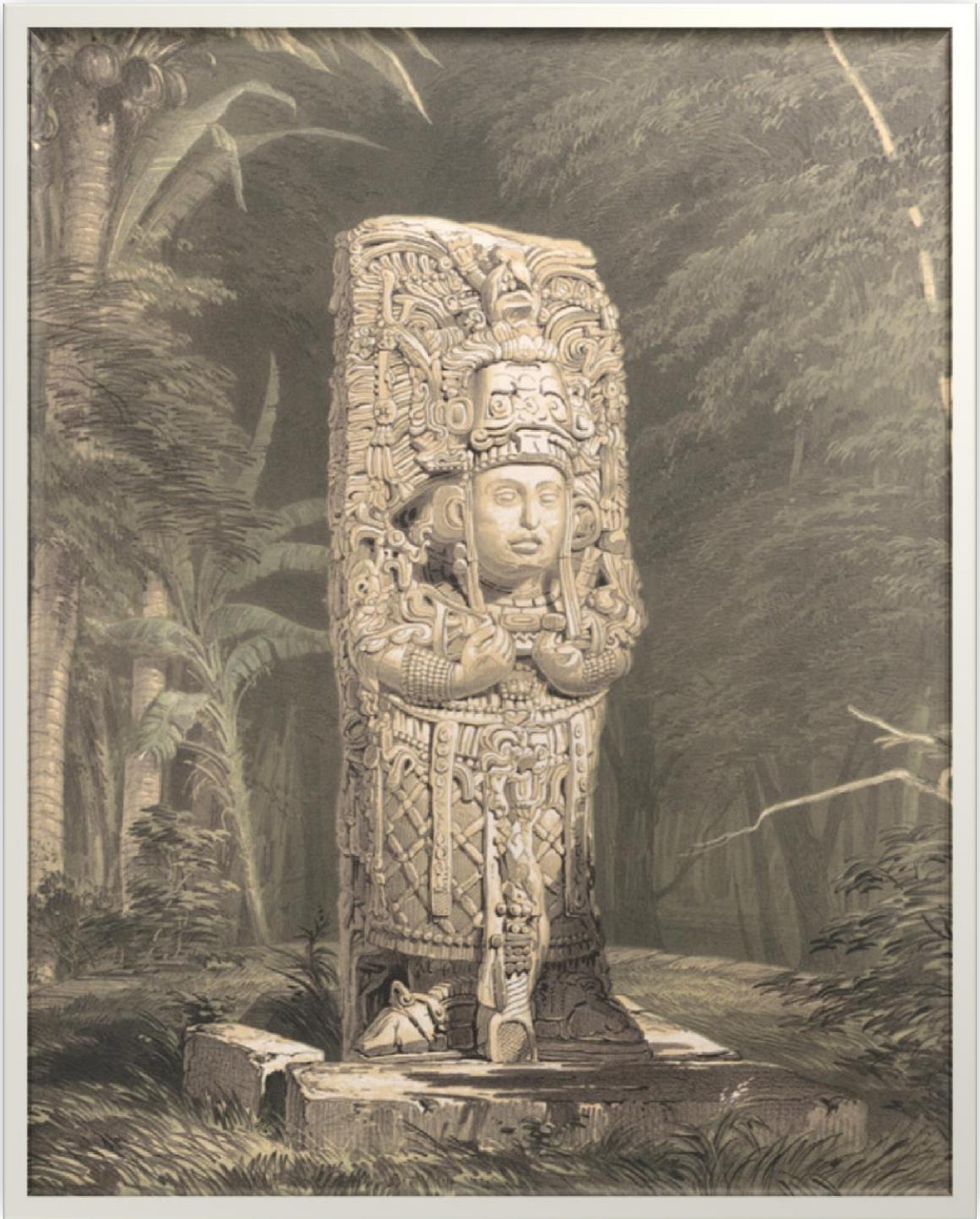




El talento de Frederick Catherwood quedó patente en las láminas que realizó sobre los numerosos sitios arqueológicos mayas que visitó junto a su amigo y compañero explorador John Lloyd Stephens, estas láminas buscaban ser un registro visual lo más exacto posible de lo encontrado en las expediciones. Si bien, igualmente se pueden encontrar en las imágenes algunos elementos románticos propios de la época, como en la representación de los trabajadores que acompañaban a la expedición, Stephens y Catherwood planearon que sus obras impresas fueran un registro de los restos arqueológicos americanos, pues estos constituían un patrimonio que los estadounidenses podían ver como propio.

Las obras de Stephens sobre los vestigios mayas y las ilustraciones de Catherwood, así como con anterioridad había ocurrido con los relatos de Stephens sobre Europa Oriental y Medio Oriente, alcanzaron éxito rápidamente y una amplia difusión entre el público general, particularmente entre los estadounidenses, quienes estaban ávidos de relatos de aventuras y de exploraciones en “su propio continente”.

Así, el relato ameno y entusiasta de Stephens sobre lo encontrado en sus expediciones, junto con las ilustraciones de Catherwood, dieron al público norteamericano muchas de sus primeras nociones y referentes visuales sobre los pueblos mesoamericanos.



Las ilustraciones de Catherwood destacan por detallar los intrincados patrones presentes en monumentos como columnas y estelas. Como en la imagen de esta página sobre el “Ídolo en Copán”, que es parte de las 25 láminas a color que Catherwood publicó en su obra *Views of Ancient Monuments in Central America, Chiapas and Yucatan* de 1844.

BIBLIOGRAFÍA

- “The late John L. Stephens”, *Putnam’s Monthly Magazine of American Literature, Science, and Art*, January – June, Issue 1 (1853), Online. <https://babel.hathitrust.org>.
- Alamán, Lucas, “Historia de México”, 5 volúmenes (1849 – 1852), Tomo primero, Editorial Jus México, México, 1942.
- Anderson, Benedict, “Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo”, FCE, México, 1993.
- Annino, Antonio, Xavier Guerra, François (coordinadores), “Inventando la Nación, Iberoamérica siglo XIX”, FCE, México, 2003.
- Barrera Martínez, Carlos Helver, “La Ilustración: impacto sobre América Latina”, *Heurística, Revista Digital de Historia de la Educación*, Enero – Diciembre 2016, No. 19.
- Bartra, Roger, “El mito del salvaje”, Siglo XXI, México, 2022.
- Bartra, Roger, “El salvaje en el espejo”, Ediciones Era – UNAM, México, 1998.
- Boyer, Marc, “El turismo en Europa, de la edad moderna al siglo XX”, *Historia Contemporánea*, No. 25, p.p.13 – 31. 2002.
- Brading, David A., “La Nueva España, Patria y Religión”, FCE, México, 2015.
- Brunhouse, Robert L., “En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos”, FCE, México, 1994.
- Brunhouse, Robert L., “In Search of the Maya, The First Archeologists”, University of New Mexico Press, Ballantine Books, New York, 1973.
- Bugg, James L., editor, “Jacksonian Democracy: Myth or Reality”, University of Missouri, Holt, Rinehart and Winston, Inc., United States of America, 1962.
- Cabrera, Paul Félix, “Teatro crítico americano”, published by Henry Berthoud, London, 1822.
<https://books.google.com.gt/books?id=WzhjAAAAMAAJ&printsec=frontcover#v=onepage&q&f=false>
- Connor, Walker, “Etnonacionalismo”, Trama Editorial S.L., Madrid, 1998.
- Dávila, Roxanne, “Los primeros pasos de la arqueología maya: exploradores y viajeros en el siglo XIX”, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Guatemala, 2007.

- Dávila, Roxanne, “Los primeros pasos de la arqueología maya: exploradores y viajero en el siglo XIX”, en *XX Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2006*, P.p. 179 – 186, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, Guatemala, 2006.
- De Certeau, Michelle, “La escritura de la Historia”, Universidad Iberoamericana, México, 2006.
- De Landa, Fray Diego, “Relación de las cosas de Yucatán”, Monclém Ediciones, México 2005.
- De Pedro Robles, Antonio E., “La Real Expedición Anticuaria de México (1805 – 1808), y la representación del imaginario indianista en el siglo XIX”, en *Anales del Museo de América*, volumen XVII (2009).
- De Waldeck, Frédéric, “Viaje Pintoresco y Arqueológico a la provincia de Yucatán”, Grupo Condumex, Fernández Cueto Editores, S.A. de C.V., México, 1997.
- Del Río, Antonio, “Description of the Ruins of an Ancient City”, published by Henry Berthoud, London, 1822.
<https://books.google.com.gt/books?id=WzhjAAAAMAAJ&printsec=frontcover#v=onepage&q&f=false>
- Depetris, Carolina (editora), “Viajeros por el mundo maya”, UNAM, Mérida, 2015.
- Depetris, Carolina, “El héroe involuntario Frédéric de Waldeck y su viaje por Yucatán”, UNAM, Mérida, 2014.
- Depetris, Carolina, “El relato de viaje moderno: ¿posmodernidad escondida?”, *Cuadernos del CILHA*, Vol. 14, Número 2 (2013).
- Diener, Pablo, *El diario del artista viajero Jean-Frédéric Waldeck, 1825–1837*, *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 47, 2010.
- Diener, Pablo, *Jean Frédéric Waldeck y sus invenciones de Palenque*, *COLMEX, Historias Mexicana*, Vol. 67, Núm. 2 (266), octubre – diciembre 2017.
- Dupaix, Guillermo, “Antiquités Mexicaines, Relation des trois Expéditions du Capitaine Dupaix. Ordennées en 1805, 1806 et 1807, pour la recherche des antiquités du Pays”, Éd. 1834, Henry Baradère, Hachette, París, 2013.
- Durán, Fray Diego, “Historia de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme”, Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, México, 1867.
https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/historia-de-las-indias-de-nueva-espana-y-islas-de-tierra-firme-tomo-i--0/html/514896e8-f194-46bb-95fc-ff8cca6a87ea_2.htm

- Esponda Jimeno, Víctor Manuel, “El primer informe oficial de los monumentos de la ciudad de Palenque presentado por Joseph Antonio Calderón en 1784”, *Revista LiminaR Estudios sociales y Humanístico*, año 9, volumen IX, número 1, junio de 2011, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México.
- Evans, R. Tripp, “Romancing the Maya, Mexican antiquity in the American imagination, 1820 -1915”, University of Texas Press, Austin, 2004.
- Ferrer Muñoz, Manuel, coordinador, “La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿Un Estado-Nación o un mosaico plurinacional?”, Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM, México, 2002.
- Galindo, Juan, “A description of the ruins of Copan”, Morley, G. Sylvanus, “The Inscriptions at Copan”, The Carnegie Institute of Washington, Washington, 1920.
<https://ia800905.us.archive.org/32/items/inscriptionsatco00morl/inscriptionsatco00morl.pdf>
- Galindo, Samuel to Mrs. Charles Galindo, 28 Feb. 1873, Letter in possession of Mrs. R. H. Shepard, Camberley, Surrey, England. <http://www.englishgalindos.co.uk>.
- González de León, María, “Improbables retratos de Palenque y los mayas, cortesía de un excéntrico conde”, *Más de México*, Revista online, sección Pasado, 4 de octubre 2019.
- Graham, Ian, “Juan Galindo Enthusiast”, *Estudios de cultura maya*, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, Volumen 3, México, 1963.
- Habermas, Jürgen, Baudrillard, Jean, Said, Edward, Jameson, Fredric et al., “La posmodernidad”, Editorial Kairós, México, 2008, p.28.
- Hernández y Dávalos, Juan E. “Colección de documentos para la Historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821”, edición facsimilar, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, volumen 3, México, 1985.
- Krízová, Markéta, “Retorno de la civilización a Quiriguá: arqueología maya y los juegos de poder y prestigio en Centroamérica en los siglos XIX y XX”, *Entre Diversidades*, Número 13, julio – diciembre 2019, UNACH, México.
- L. Roberts, Jennifer, “Landscapes of indifference: Robert Smithson and John Lloyd Stephens in Yucatán”, College Art Association, *The art Bulletin*, Vol. 82, No.3, September 2000.
- Lafaye, Jaques, “Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México”, FCE, México, 1977.

- León – Portilla, Miguel, prólogo, Frédéric de Waldeck, “Viaje Pintoresco y Arqueológico a la provincia de Yucatán”, Grupo Condumex, Fernández Cueto Editores, S.A. de C.V., México, 1997.
- Lévi – Strauss, Claude, “Las tres fuentes de la reflexión etnológica”, en Mauricio F. Boivin, Ana Rosato, Victoria Arribas, “Constructores de otredad. Una introducción a la antropología social y cultural”, Editorial Eudeba, Buenos Aires, 2004.
- López Luján, Leonardo, “El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794”, Ediciones del Museo Nacional de Antropología – Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2015.
- Luqui Lagleyze, Julio Mario, “Fray Servando de Mier y su sermón guadalupano de 1794. La búsqueda de una justificación teológica a la independencia de América” [en línea], *Temas de historia argentina y americana*, No. 15, 2009.
- Maier Allende, Jorge, “La Real expedición anticuaría de México (1805 – 1808): novedades bibliográficas e historiográficas”, *Anales del Museo de América*, Número 24, 2016.
- Mayos, Gonçal, “La Ilustración”, Editorial UOC, Barcelona, 2007.
- Mucher, Christen, “Collecting Native America: John Lloyd Stephens and the Rhetoric of Archaeological Value”, *Journal of Transnational American Studies*, U.C. Santa Bárbara, Volume 9 Issue 1, 2018.
- Plunket Nagoda, Patricia, “Presentación”, *Arqueología Mexicana*, Los viajes de F. Catherwood y J.L. Stephens, edición especial Núm.106, Diciembre de 2022.
- Romero Contreras, Alejandro Tonatiuh, “Mesoamérica: historia y reconsideración del concepto”, *CIENCIA ergo-sum*, Revista Científica Multidisciplinaria de Prospectiva [en línea], 1999, 6(3), [fecha de Consulta 16 de Febrero de 2024].
Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10401602>
- Romero Sandoval, Roberto, “Una rara edición del *informe* de Antonio del Río sobre las ruinas de Palenque”, *Estudios Mesoamericanos*, Nueva época, No. 8, enero – junio 2010.
- Schávelzon, Daniel, “La primera excavación arqueológica de América, Teotihuacán en 1676”, *Anales de Antropología*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, Volumen 20, No. 1 (1983).

- Smith, Anthony D., "The Antiquity of Nations", Polity Press, Cambridge, Great Britain, 2004
- Stephens, John Lloyd, "Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan", Rutgers University Press, New Jersey, 1949
- Stephens, John Lloyd, "Incidents of travel in Yucatan", Editorial Dante, Condensed version, Mérida, 2013
- Stephens, John Lloyd, "Viaje a Yucatán 1841-1842", traducción de Justo Sierra O'Reilly, FCE, México, 2003
- Todorov, Tzvetan, "La conquista de América, el problema del otro", Siglo XXI editores, México, 1998.
- Todorov, Tzvetan, "Nosotros y los otros", Siglo XXI, México, 1991.
- Tucker, George Fox, "The Monroe Doctrine Thoroughly Explained", Rockwell and Churchill Press, Boston, 1903.
<https://archive.org/details/monroedoctrine02tuckgoog/page/n4/mode/2up?view=theater>
- Vivian, Cassandra, "The Dashing John Lloyd Stephens: America's Vagabond on the Nile", 2003.
- Wagner, Peter, "Progreso y modernidad: el problema con la autonomía", Universidad de Murcia, Sociología Histórica, No. 7, diciembre de 2017, p.p. 98-99.
<https://revistas.um.es/sh/article/view/243631>